UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

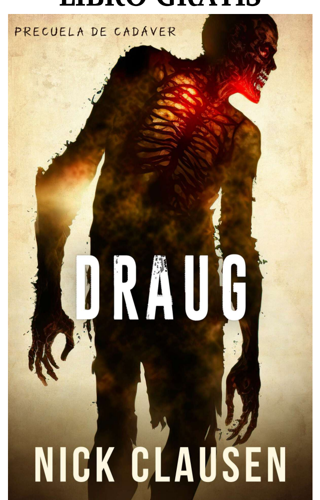
CADÁVER

LIBRO 1

NICK CLAUSEN

CONTENIDO

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?
Todas las respuestas están en la precuela gratuita, Draug, que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:
nick-clausen.com/draug-es

1

Noruega, 7:05 AM

—Eh, ¿Jakob? Creo que hay un muerto ahí dentro…

Jakob gira la cabeza para mirar por encima del hombro a Viggo, quien ha abierto la puerta de la cabaña.

—Sí, claro —se ríe entre dientes—. Casi me lo creo, tío.

Se concentra en lo que estaba haciendo: escribir su nombre en la nieve; pero, ahora, porque Viggo le hizo mirar hacia otro lado, todo está mal hecho y no le queda suficiente para empezar de nuevo.

No importa. Hace demasiado frío para estar aquí de pie en medio del bosque con el pito fuera de todas formas, así que termina y se lo guarda. Luego, se pone rápidamente los guantes de nuevo.

—Joder, qué frío hace hoy, ¿eh? Debe estar muy por debajo de cero.

Viggo no responde.

Cuando Jakob se dirige hacia la cabaña, le sorprende ver a su amigo todavía parado frente a la puerta abierta, mirando hacia el interior. Sostiene la linterna, su aliento es visible en el aire helado de la mañana. Parece genuinamente conmocionado, pero Jakob le conoce demasiado bien, sabe lo ingenioso que puede ser.

—Vamos, ya basta. Te dije que no me lo creo.

Viggo parpadea y, luego, finalmente gira la cabeza para mirar a Jakob.

—Creo… Creo que está realmente muerto. De verdad.

Jakob frunce el ceño.

—¿De qué estás hablando, tío?

Viggo señala hacia la cabaña.

—Ese tipo de ahí dentro.

Algo en la cara de Viggo le dice a Jakob que no está bromeando. Ni siquiera Viggo puede actuar tan convincentemente.

Jakob le arrebata la linterna. Sus ojos automáticamente se dirigen al suelo, ya que es ahí donde esperaría ver a un muerto; pero el suelo está vacío, excepto por montones de hojas secas y polvo. La cabaña no tiene muebles y tiene solo una pequeña ventana diminuta que permite que entre algo del crepúsculo. Un hombre está colgado de una cuerda atada a una de las vigas.

Es un anciano, al menos setenta años, y es alto y delgado. Esta última parte es fácil de deducir porque solo lleva puesta una camisa de leñador roja y unos pantalones cargo, dejando al descubierto sus hombros huesudos y sus rótulas protuberantes. Su piel es gris como el cemento. Sus ojos y su boca están cerrados. El hombre gira lentamente, haciendo que la cuerda emita un chirrido bajo y espeluznante, que parece muy fuerte en la mañana tranquila.

—Está realmente muerto —dice Viggo de nuevo, tragando audiblemente—. Es un cadáver de verdad.

Jakob lo mira.

—¿Un qué?

—Un cuerpo muerto. Un muerto.

—Sí, ya lo sé. ¿Por qué no lo llamaste simplemente así?

Viggo niega con la cabeza.

—No es así como imaginé que comenzaría el día.

Jakob sonríe.

—No, es mucho mejor. Vamos, tío, echemos un vistazo más de cerca.

Viggo le agarra el brazo. Incluso a través de la chaqueta gruesa, Jakob puede sentir que lo aprieta con fuerza. Sus ojos son grandes detrás de las gafas gruesas.

—¿Estás loco? Esto podría ser una escena del crimen. No podemos entrar ahí.

—¿Una escena del crimen? Vamos, es solo un viejo que se ahorcó. Eso no es un crimen, ¿verdad?

—De hecho, lo es. Según la ley, el suicidio…

—Mira, incluso dejó una nota —le interrumpe Jakob, apuntando con la luz al bolsillo trasero del hombre mientras el cadáver gira lentamente. La esquina de un papel amarillento y arrugado sobresale —. Podemos leerla y averiguar por qué lo hizo. ¿No tienes curiosidad?

Viggo se muerde el labio.

—Sí, pero… probablemente sea algo personal. Siento que estaríamos husmeando.

—No le va a importar, te lo aseguro —dice Jakob, entrando en la cabaña antes de que Viggo pueda detenerle.

Tan pronto como lo hace, su valentía flaquea un poco. La atmósfera en la pequeña casa de madera es… extraña: como si hubiera salido del bosque y entrado en una dimensión paralela. El aire es más espeso y hay un olor tenue y pútrido.

«¿Es eso carne podrida? No, hace demasiado frío para eso».

Mirando al hombre, no puede evitar estremecerse, esperando que Viggo no lo note. El rostro es como una máscara de cera, con su expresión congelada en algo entre sorpresa y una mueca siniestra. No significa nada, por supuesto. Son solo las emociones que pasaron por el viejo mientras moría. Aún así, parece inquietante. La forma en que gira lentamente hace que las sombras se desplacen sobre su rostro, haciendo que parezca que su semblante está cambiando.

«Vamos, cálmate. Ya no es una persona. Es solo… carne muerta».

Jakob se obliga a acercarse más. Extendiendo la mano, saca con cuidado el papel del bolsillo del hombre. Está doblado una vez. Jakob abre la carta y encuentra un breve mensaje en caligrafía antigua y

rizada. Escrito en cuatro líneas cortas, casi parece uno de esos poemas estúpidos que tenían que analizar en la escuela.

“A quien me encuentre:
que me queme,
que queme la cabaña,
que queme todo el maldito bosque”.

—Joder, eso es increíble —susurra, sintiendo otra oleada de escalofríos subir por su espalda.

—¿Qué? —pregunta Viggo—. ¿Qué dice?

—Escucha esto… —lee la nota de suicidio en voz alta.

Justo en la última palabra, se escucha un sonido del muerto. Es como un crujido o un gemido, y Jakob apenas puede contenerse para no salir corriendo de allí.

Viggo jadea.

—Mierda, ¿qué fue eso?

Jakob apunta la luz hacia el cadáver. Su corazón está latiendo tan rápido que le hace ver borroso.

—Solo fue la cuerda —suspira—. Solo… hizo un ruido, por cómo está girando.

Viggo dice algo más, pero Jakob no lo escucha; está mirando atentamente el rostro del hombre, mientras regresa para otra rotación.

«¿No parece un poco diferente ahora? Esa arruga en su frente… ¿estaba ahí antes?».

Jakob se da cuenta de que está pensando locuras. Los muertos no cambian su expresión. Incluso si el tipo, por algún milagro, no estuviera realmente muerto —lo cual, claramente, está—, también está congelado. No hay manera de que sus músculos faciales se hayan movido.

«¿Estás siendo un completo miedica, sabes?» Piensa en Aksel. «Él trata con cadáveres todo el día. Se burlaría de ti si te viera ahora».

Aún así, estar rodeado de cadáveres en el entorno limpio y bien iluminado de la morgue del hospital, como lo hace su hermano mayor, debe sentirse muy diferente a tropezarse con un cadáver en medio de un bosque oscuro, a kilómetros de cualquier tipo de civilización.

—¿Jakob?

La voz de Viggo lo llama de vuelta. Jakob parpadea y lo mira.

—¿Qué?

—Mira. Mira esa viga. Está astillada en un tercio.

Jakob mira en la dirección que señala ahora el guante de su amigo. La viga que el hombre usó para atar la cuerda realmente está desgastada. Desplazando la linterna hacia abajo, Jakob nota las astillas de madera mezcladas con el polvo.

—Ajá. Debe haber sido un animal.

Viggo frunce el ceño.

—¿Qué clase de animal roería la madera de esa manera?

—No sé, ¿pájaros carpinteros? ¿Castores?

Viggo toma una bocanada de aire.

—Oh, tío… mira sus dedos, Jakob.

Jakob no puede creer que no lo hubiera notado hasta ahora: hay algo raro en los dedos del hombre. Las puntas son todas blancas y delgadas. A primera vista, Jakob piensa que son sus uñas, que han crecido largas y puntiagudas; pero, con la ayuda de la luz, puede ver que son huesos que sobresalen. La piel y la carne están desgarradas hacia atrás.

—Mierda —susurra—. Así que eso fue lo que hizo con la viga. La arañó hasta que sus dedos, literalmente, quedaron en los huesos.

Viggo sigue moviéndose por la incomodidad, mirando a Jakob y al muerto.

—¿Crees que… se arrepintió de su decisión? Tal vez intentó levantarse, pero no tenía fuerza suficiente.

Jakob reflexiona.

—No. Hacer esas marcas debió llevarle horas, tal vez días.

—¿Así que lo hizo antes de ahorcarse?

Jakob se ríe entre dientes.

—Seguro que no lo hizo después.

—No tiene sentido, Jakob.

—¿Qué no tiene sentido?

Viggo extiende los brazos.

—¿Por qué haría algo así? Si vino aquí para ahorcarse, ¿por qué arañar la viga primero?

—Ni idea. Podría haber estado loco, por lo que sabemos, psicótico o algo así.

Viggo niega con la cabeza.

—No me gusta, Jakob. No me gusta nada de esto.

—Vamos, no te vas a mear ahora.

—Creo que deberíamos llamar al sheriff.

Jakob suspira.

—Te dije que aquí no hay cobertura. A menos que subas a la cima de uno de esos pinos, no hay manera de que consigas señal. Y, aunque pudieras, ¿de verdad crees que Tom vendría hasta aquí? Son las —Jakob mira su reloj— siete de la mañana, es sábado y hace un frío que pela. Ya le conoces, es un vago de mierda.

—Vamos, tío, de verdad. Creo que deberíamos largarnos de aquí. Hay algo raro. ¿No lo sientes?

—Lo único que siento es que me estoy congelando de estar aquí parado. Mira, no podemos simplemente irnos. Tenemos que bajarlo y llevarlo al hospital.

—¿Qué? —la voz de Viggo se vuelve aguda—. ¿Estás loco? ¿Y si…?

¿Por qué querrías…? —Claramente, anda buscando cualquier argumento para cambiar la opinión de Jakob, y continúa—. ¿Qué dirá tu padre si ponemos un muerto en la parte trasera de su coche?

—Lo envolveremos en la manta. Estará bien.

—¿Pero por qué querrías llevarlo al hospital? Es demasiado tarde para eso.

—Tendrán que hacerle la autopsia en la morgue. Es el procedimiento. Lo sé porque Aksel me lo dijo. Siempre lo hacen, incluso con personas que mueren en accidentes de tráfico y esas cosas.

Viggo respira hondo.

—Mira, tío, sé que tu hermano consiguió ese trabajo, pero eso no significa que de repente estés entrenado para manejar cadáveres también. Digo que salgamos de aquí, volvamos al pueblo y, entonces, podremos llamar al sheriff.

Incluso mientras Viggo está hablando, Jakob se da cuenta de que ya ha tomado una decisión. Parte de él quiere salir de aquí, tal como su amigo está sugiriendo; pero la idea de que corran de vuelta al pueblo como un par de cobardes lo retiene. A la gente le gusta hablar y, en cuestión de días, todos sabrán sobre el hombre muerto. Por otro lado, la historia sonará mucho mejor si incluye que Jakob y Viggo llevaron al tipo de vuelta con ellos. No solo lo encontraron, sino que también lo llevaron a casa; casi como un par de héroes.

—Escucha, vamos a hacerlo —dice Jakob, interrumpiendo a Viggo—. Yo lo bajaré mientras tú vas a buscar la manta al coche. Es lo más responsable.

—Pero…

—Solo ve a por la maldita manta, ¿vale? Y deja de ser tan nenaza.

Viggo está a punto de decir algo, pero se calla inmediatamente cuando Jakob lo llama “nenaza”. Esa es la palabra mágica, la que han usado para retarse el uno al otro desde muy pequeños.

—Vale —dice Viggo entre dientes—, pero que conste que creo que esta es una idea muy estúpida.

—Anotado —dice Jakob, cogiendo una funda de cuero de su chaqueta, y sacando su cuchillo de desollar de ella—.

Afiló la hoja la noche anterior, esperando poder despellejar un ciervo. Nunca se imaginó que usaría el cuchillo para cortar a un muerto.

2

En el momento en que Viggo se marcha, Jakob se arrepiente de haberlo enviado de vuelta al coche.

Mirando al hombre muerto, la cabaña de repente se siente claustrofóbica. El cadáver, a pesar de ser muy delgado, parece ocupar la mayor parte del espacio.

Jakob nunca había visto a una persona muerta en la vida real antes. A muchos animales sí, cuando él y Aksel salían de caza; pero esto es muy diferente.

Esto solía ser alguien: un hombre, con un nombre, un pasado; probablemente, una familia. Quizás incluso tuvo hijos. Podría ser el propio abuelo de Jakob colgando ahí.

Siente una punzada inesperada de simpatía por el hombre. Cualquier cosa que le atormentara tanto que decidiera venir aquí, en medio de la nada, para acabar con todo, no debió ser agradable.

«Contrólate, hombre. Viggo solo estará fuera dos minutos. Si sigues aquí de pie cuando vuelva, sabrá que perdiste los nervios», piensa Jakob.

Jakob respira fuerte por la nariz y guarda la linterna en el bolsillo. Es entonces cuando se da cuenta del fallo en su plan: la cuerda está fuera de su alcance. El hombre debe medir casi un metro sesenta, y está suspendido a otros treinta centímetros del suelo.

Mientras Jakob está allí, mirando la cuerda y pensando cómo hacerlo, el muerto gira lentamente y su cara aparece a la vista.

Jakob pone una mano enguantada en el brazo del tipo y lo hace girar suavemente de nuevo.

—Es más fácil si no me miras —murmura, tratando de quitarle hierro a la situación, pero el sonido de su voz revela lo asustado que realmente está. Sus piernas se sienten débiles, e incluso está sudando bajo varias capas de ropa—.

Mira a su alrededor en busca de algo para subirse, pero no encuentra nada. Podría salir a buscar, pero sabe que tampoco tendría suerte fuera. La cuerda parece desgastada y frágil, de todas formas. Es muy quebradiza, solo necesita un corte.

Jakob salta y golpea la cuerda con el cuchillo, fallando por un centímetro. Salta de nuevo y se balancea otra vez, más seguro. La hoja corta sin esfuerzo a través de la tela; es como si la cuerda estuviera esperando a romperse.

Jakob y el hombre muerto caen simultáneamente. El cadáver está realmente congelado, sus articulaciones no ceden ni lo más mínimo. En cambio, el cuerpo se equilibra sobre sus pies por una fracción de segundo como una estatua sin base. Luego, se inclina hacia Jakob.

Él grita y salta a un lado. Apenas logra apartarse cuando el cadáver golpea la cabeza contra la pared y, luego, se desliza al suelo.

Jakob mira al muerto, con el corazón martilleando en sus oídos.

—Vale —respira, dejando escapar una risa nerviosa—. Vale, está bien. No fue muy elegante, pero lo bajé.

Se las arregla para guardar el cuchillo. Tumbado a lo largo de la cabaña, el muerto casi se extiende de pared a pared. Jakob no quiere tocarlo si puede evitarlo, ni siquiera con guantes, así que le pasa por encima y recoge el trozo de cuerda aún atado al cuello del tipo. Tirando de ella, descubre que aguanta. Le da la vuelta al tipo, de modo que su cabeza apunta hacia la puerta. Tirando un poco más fuerte, logra deslizarlo por el suelo de madera.

La cabaña está ligeramente elevada del suelo, y hay un escalón desde la puerta. Jakob se detiene en el punto donde la cabeza calva del hombre apenas se asoma. Suelta la cuerda y da un paso atrás, exhalando.

«Lo hice», piensa, sonriendo. «No fue tan difícil, ¿verdad?»

Mira en la dirección del coche, esperando ver a Viggo de regreso. No hay nada más que árboles y arbustos y oscuridad.

«Está bien, llegará en un minuto. A menos, claro… que se pierda».

Jakob sacude la cabeza. Viggo no puede ser tan tonto. Aparcaron el coche a menos de un kilómetro de aquí, y es una línea recta. Han venido a esta cabaña durante tres años, usándola como punto de referencia. El bosque alrededor de aquí les es familiar.

Aún así, Viggo no está tan entrenado para navegar por aquí como lo está Jakob. Tanto él como Aksel han ido de caza con su padre desde que eran jóvenes. Viggo solo lo aprendió cuando Jakob empezó a traerlo; fue cuando Aksel comenzó a trabajar y perdió interés por la caza. Hoy en día, solo le interesa el salto BASE, lo cual Jakob no puede entender: odia las alturas más que nada.

Jakob se limpia la nariz con el guante. Mira al muerto, que yace de espaldas, su cara vuelta hacia las copas de los árboles y el cielo negro. En esta época del año, el sol no sale hasta las nueve. Aún así, hay un poco menos de oscuridad aquí que dentro de la cabaña, y Jakob nota algo que no vio antes: los ojos del hombre no están completamente cerrados. Además, su piel no es gris como parecía, no exactamente: tiene un tono verdoso.

Jakob saca de nuevo la linterna. Al encenderla, no puede evitar jadear. El hombre está realmente verde. Bajo la piel congelada, las venas son visibles como delgados cables eléctricos oscuros.

Maldita sea. El tipo empezó a descomponerse antes de congelarse. ¿Y qué pasa con sus ojos?

Jakob se inclina más cerca, examinando la cara del hombre. Ambos párpados están medio levantados. Lo que es visible de los globos

oculares es completamente negro, como si las pupilas se hubieran hinchado para cubrir todo. O como si…

Una ráfaga de viento repentina hace que Jakob se sobresalte y mire alrededor. Todavía está solo. No hay grandes depredadores de los que preocuparse en esta parte del bosque; al menos, no durante el invierno. Los osos están hibernando y los lobos rara vez se ven por aquí. Además, tiene el rifle; está apoyado contra la pared de la cabaña donde lo dejó.

Jakob se acerca y lo toma. Está a punto de cargarlo cuando escucha un sonido detrás.

Se da la vuelta rápidamente, esperando ver a Viggo, pero no hay nadie excepto el muerto.

Jakob lo mira. Por un momento, parece que la cabeza del hombre sobresale un poco más. Probablemente, se deslizó debido a la gravedad. El suelo en la cabaña no está nivelado y, dado que el tipo está congelado, la fricción podría haberlo hecho…

Una respiración ronca se escucha justo detrás de él. Jakob grita y se da la vuelta, apuntando con el rifle. Viggo se agacha, levantando una mano.

—¡Eh, soy yo!

Jakob traga grueso para obligar a su corazón a bajar por su garganta.

—Joder, tío. Casi te disparo. ¿Por qué vienes de esa dirección?

Viggo se endereza, empujando las gafas por el puente de su nariz. Tiene la manta bajo el brazo.

—Me perdí por un momento; luego, vi la cabaña.

Viggo nota la cabeza del tipo en la puerta.

—Ah, lo bajaste.

—Por supuesto que lo hice —dice Jakob, colocando el rifle sobre su hombro. Se siente aliviado de que Viggo esté aún más nervioso que él mismo; eso le da más confianza—. Vamos, vamos a envolverlo.

3

Arrastrar el cadáver por el bosque resulta ser más fácil de lo que Jakob pensaba. Ayuda que el suelo esté cubierto con unos centímetros de nieve y que la mayoría del camino hasta el coche sea ligeramente cuesta abajo.

Él y Viggo sostienen cada uno una esquina, y la manta está formando algo que parece una hamaca alrededor del hombre.

Llegan al camión y al camino de tierra en cinco minutos.

—No me gusta esto —dice Viggo mientras Jakob abre el maletero—.

—Sí, ya lo dijiste —responde Jakob, inclinándose sobre el cadáver —. Vamos, échame una mano.

—Me refiero a la nota —dice Viggo, sin moverse—. ¿Qué era lo que había escrito?

—Que quería ser incinerado —Jakob suspira, enderezándose—. ¿Por qué? ¿Importa?

—No, no era eso. Dijo algo sobre quemar todo el bosque. ¿Por qué escribiría algo así?

Jakob extiende los brazos.

—No tengo ni idea. No podemos saber lo que pasó por su cabeza. Probablemente, estaba deprimido. ¿Esperabas que su nota de suicidio fuera alegre?

—No, es solo que… —Viggo se muerde el labio. Su aliento sale por la nariz en bocanadas blancas—. Sonaba casi como una advertencia, ¿no crees? Tal vez estaba tratando de decir algo.

—¿Como qué?

—Como que no deberíamos arrastrarlo al pueblo. No sabemos si este tipo tenía como un… parásito o algo; tal vez, por eso se mató; tal vez no tenía cura. ¿Y si es contagioso?

Jakob frunce el ceño.

—Aunque hubiera atrapado algo que pudiera transferirse a otros, ya está muerto. Los parásitos no pueden vivir en un muerto. Y si quería advertir a otros, ¿por qué no lo dijo claramente? ¿Por qué sería tan críptico?

Viggo mira fijamente al muerto envuelto en la manta.

—Creo que el mensaje era bastante claro.

Jakob toma una profunda respiración.

—Vale, mira: quemaremos nuestros guantes y la manta cuando terminemos. Luego, llamaremos a los CDC; que vengan a echarle un vistazo. Si hay alguna razón para preocuparse, seguro que nos lo dirán. ¿Vale?

Viggo parece un poco menos inquieto.

—Aún así, creo que deberíamos dejarlo aquí.

—Y yo creo que, si nos vamos ahora, todavía podemos volver y cazar un ciervo.

Viggo agarra la manta con dudas una vez más, y los chicos levantan el cadáver del suelo.

—¡Joder, cómo pesa! —gime Viggo—.

—Levanta con las piernas.

—¡Lo estoy haciendo!

Después de algunos esfuerzos y jadeos, logran meter el cadáver en la parte de carga, pero hay un problema.

—Es demasiado largo —murmura Jakob, mirando cómo las piernas del tipo sobresalen—. A menos que lo empujemos completamente entre los asientos delanteros, no podremos cerrar la puerta trasera.

—Ni hablar —dice Viggo firmemente—. No pienso conducir de regreso al pueblo con su maldita cabeza mirándome.

—Entonces lo giramos.

—¿En serio? Mi espalda ya me está matando.

Sacan el cadáver de nuevo, lo giran ciento ochenta grados y lo vuelven a meter, esta vez con los pies por delante.

—Vamos, empuja —gruñe Jakob—. Solo unos centímetros más… Vale, ya está. Perfecto.

Viggo da un paso atrás, jadeando. Jakob se quita el rifle y lo coloca en la caja junto al cadáver; luego, arroja la linterna al coche también.

—¿Qué… estás… haciendo? —pregunta Viggo, todavía sin aliento —.

—Estoy recogiendo. Nos vamos.

—Sí, pero tu arma. ¿No crees que deberíamos…? —Deja la frase en el aire—.

Jakob lo mira.

—¿Qué? ¿Llevarla a mi lado? ¿Mientras conduzco? ¿Por qué demonios haría eso?

Viggo niega con la cabeza, mirando al muerto.

—No sé, solo… por si acaso la necesitamos.

—¿Para qué? —se burla Jakob— ¿De verdad le tienes miedo? Ya está muerto, ¿sabes? Y los muertos no muerden.

—Los zombis sí —Viggo inmediatamente parece avergonzado, como si la palabra se le hubiera escapado.

Jakob suelta una carcajada.

—¿Zombis? Tío, eres un puto friki.

Viggo le lanza una mirada amarga y murmura.

—Solo digo que, si algo malo sale de todo esto, es culpa tuya.

Jakob se apoya en el camión, cruzando los brazos.

—Te diré algo: si se despierta y nos come los sesos antes de llegar al pueblo, te debo una disculpa. ¿Qué te parece?

Viggo parece considerarlo.

—Jódete. Quiero tu bicicleta.
—¿Por qué? Si estás muerto, no la puedes usar de todas formas.
—Es el principio.
—Vale —Jakob se inclina hacia la manta—. ¿Escuchaste eso, tío? Mejor quédate muerto o pierdo mi bicicleta —le da una palmada a lo que supone es la frente del tipo, luego le lanza a Viggo una amplia sonrisa.
Viggo niega con la cabeza.
—Eres un puto lunático.
—Y tú me permites que lo sea. Vámonos.

4

Llevan diez minutos conduciendo cuando salen del bosque y llegan a la carretera principal.

Viggo rompe el silencio con un suspiro de alivio.

—Por fin.

—¿Qué? —pregunta Jakob.

—Ese camino lleno de baches —murmura Viggo, asintiendo hacia los pies del muerto aún cubiertos por la manta, descansando en el espacio entre los asientos—. Sentía como si se estuviera acercando.

—Vamos, tío. ¿Todavía tienes miedo? ¿Qué crees que va a pasar, que se siente como Frankenstein de repente y empiece a dar masajes? Ves demasiadas películas.

—Libros —murmura Viggo.

—¿Qué?

—Leo libros.

—Bueno, eso es aún peor. No me extraña que no puedas ligar.

Viggo resopla.

—Como si tú lo hicieras —saca su móvil—. Aún sin señal.

—No, no la tendremos hasta que crucemos el valle.

Viggo suspira de nuevo, desabrochándose la chaqueta y quitándose el gorro de lana.

—Pensé que nunca volvería a entrar en calor. ¿La calefacción puede subir más?

—Está al máximo.

Jakob fija la mirada en la parte de la carretera iluminada por los faros. Sabe por experiencia que el oscuro y ondulado paisaje a ambos lados no está tan desierto como parece. Los renos, los jabalíes y los alces suelen cruzar la carretera al amanecer y causan más accidentes que los conductores ebrios y las carreteras resbaladizas juntos. El lago aparece a la derecha, su superficie es completamente inmóvil, reflejando el cielo oscuro. Y, más adelante, al otro lado del valle, está el tenue resplandor del pueblo, todavía a unos ocho kilómetros.

—Imagina sus caras cuando se lo contemos —dice Jakob, apenas consciente de que está hablando en voz alta.

—¿Quién?

—Todos ellos: Arvid, Gustaf. ¿Crees que se asustarán? Quizá incluso hagan una historia sobre nosotros en las noticias locales.

Viggo levanta una ceja.

—¿Es por eso que querías traerlo tú mismo? ¿Fama y gloria?

—No, gilipollas. Solo tengo ganas de ver las caras de nuestros amigos cuando se lo contemos, eso es todo. No te preocupes, dejaré fuera la parte en la que te cagaste en los pantalones.

—Hablando de eso —murmura Viggo, arrugando la nariz—. ¿Es a él lo que huelo?

Jakob olfatea y se da cuenta de que también lo huele: un mal olor, pútrido.

—Sí, tiene que ser él. Espero que no apeste demasiado el coche, hace demasiado frío para bajar las ventanas.

Conducen durante un minuto más o menos. Jakob nota que el olor empeora, y deciden abrir las ventanas a pesar del frío.

—¿Hay señal ya? —pregunta Jakob, cuando están a mitad de camino por el valle.

Viggo comprueba.

—¡Sí!

—Genial. Llama a Aksel.

—¿Por qué a Aksel?

—Él sabrá dónde llevarlo. Quizá sea más fácil si lo dejamos en la morgue, que el sheriff venga y lo revise si quiere.

—¿Estás seguro de que no deberíamos...?

—¿Puedes llamar a mi hermano, por favor?

Viggo suspira; luego, hace la llamada.

—Ponlo en altavoz —dice Jakob.

—¿Crees que estará despierto a esta hora?

—Probablemente no, pero siempre duerme con el móvil al lado.

El teléfono suena un par de veces; luego, va al buzón de voz.

—Mierda, no lo ha oído —murmura Jakob—. Oye, Axe, soy yo. Llámame cuando recibas esto. Nos hemos topado con algo muy chulo en la cabaña vieja. Te va a encantar. Llámame.

Viggo termina la llamada.

—Así que por eso estamos haciendo esto —dice, guardando el teléfono en su bolsillo—.

Jakob aparta brevemente la vista de la carretera para mirarle.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Quieres impresionar a tu hermano mayor. Es adorable.

Jakob balbucea.

—Venga ya. Solo sé que a él le parecerá genial.

—Sí, claro.

—¿Qué es eso?

—He dicho que sí, claro.

—No, no eso. Lo otro que has dicho.

Viggo lo mira.

—No he dicho nada más.

—Hmm. Debe haber sido el viento. Es un ruido infernal conducir con la ventana abierta. ¿No está ese olor empeorando de todos modos?

—Sí, es casi como si él estuviera... —Viggo se interrumpe, y Jakob

lo ve mirando hacia los pies del muerto.

—¿Como si estuviera qué? ¿Qué pasa?

Viggo no responde. En cambio, levanta la manta, descubriendo sus pies. En ese momento, suena el teléfono de Jakob y lo saca del bolsillo.

—Es Aksel —dice, contestando—. ¿Oye, estás despierto?

—Ahora sí —dice su hermano. Suena somnoliento y molesto—. Recibí tu mensaje. Esto más vale que sea bueno.

—Oh, lo es. Escucha esto. Hemos encontrado un —Jakob nota algo por el rabillo del ojo—... Oye, Viggo, ¿qué haces, tío? No lo toques...

Viggo sostiene el mocasín derecho del tipo. Moviéndolo de un lado a otro, sacude el tobillo; luego, mira a Jakob con una mezcla de horror, sorpresa y comprensión en sus ojos.

—Creo que se está descongelando, Jakob.

Aksel dice algo que Jakob no registra. Es entonces cuando el sonido vuelve: el que Jakob oyó hace solo un minuto, pero que confundió con Viggo diciendo algo. Esta vez, puede decir que viene de atrás. Es un sonido gorgoteante.

Medio segundo después, la cara del muerto aparece a la vista cuando se incorpora y aparta la manta de un tirón, con párpado aún congelado y el otro ojo negro mirándoles.

Jakob y Viggo gritan. Viggo intenta alejarse del cadáver, pero el cinturón de seguridad lo retiene.

El tipo se lanza hacia Viggo con un gruñido, su mandíbula se abre para revelar una fila de dientes amarillos, mientras lo agarra por el hombro y lo atrae hacia él; luego, muerde con fuerza el lado de la cabeza de Viggo. Con un movimiento rápido, el muerto arranca la oreja de Viggo de un mordisco.

El grito de Viggo pasa de pánico a dolor mientras golpea al cadáver, que se lanza de inmediato para dar un segundo mordisco.

—¡Quítamelo de encima! ¡Quítamelo de encima!

Jakob casi ha olvidado que sigue conduciendo. Instintivamente, agarra el cuello del tipo para alejarlo de Viggo, que está sangrando por donde estaba su oreja hace solo un segundo. La camisa del tipo está tan desgastada que se rasga al momento cuando el cadáver se inclina sobre Viggo, gruñendo y gruñendo mientras trata de atrapar sus brazos que se agitan, con los dientes chasqueando buscando algo que morder.

—¡Ayuda! —grita Viggo—. ¡Ayúdame, Jakob!

—¡Mierda! —grita Jakob, dándose cuenta en el último segundo de que el camión se dirige fuera de la carretera. Gira el volante y conduce hacia el centro de nuevo.

El movimiento repentino hace que el cadáver caiga de lado, aterrizando a medio camino en el regazo de Viggo. Viggo

inmediatamente se dirige al cierre del cinturón, presiona el botón y, ahora, libre del cinturón, abre la puerta.

—¡No! ¡Espera…!

Eso es todo lo que Jakob logra decir antes de que Viggo se lance de cabeza fuera del coche. El cadáver casi lo sigue, pero logra aferrarse al asiento. En cambio, se levanta, gira el cuello y mira directamente a Jakob.

—Oh, mierda —oye decir a Jakob.

Entonces, el muerto se lanza a través del freno de mano y se aferra al brazo de Jakob con dos manos huesudas. Abre la boca de par en par y está a punto de clavar sus dientes amarillos cuando Jakob hace lo único que puede: pisa el freno.

El camión es un modelo antiguo y no tiene tecnología moderna como el ABS, lo que significa que las ruedas se bloquean abruptamente, enviando el cadáver de cabeza contra el salpicadero con un golpe, que libera el airbag.

Luego, el coche pierde el control en la carretera helada, gira de lado y se vuelca. Jakob agarra el volante, grita y siente la gravedad desaparecer cuando el camión sale volando.

5

Aksel está teniendo el mejor sueño de su vida. Sabe que es un sueño y no la vida real porque está haciendo el amor con Frida.

—Axe…

Su voz diciendo su nombre es tan dulce que le hace cosquillas en el estómago. Le sonríe en sueños.

—¿Eh, Axe?

—¿Sí? —murmura—. ¿Qué pasa, Frida?

—Tu hermano acaba de llamar.

Aksel frunce el ceño. Parpadea y abre los ojos. La imagen del rostro de Frida se desvanece, pero es reemplazada por otra casi idéntica, solo que esta parece ser real.

Ella está sentada en el borde de su cama. Su pelo rubio, casi blanco, suelto sobre su hombro. Lleva una camiseta de Motörhead: la camiseta de Motörhead de él. Le está tendiendo su teléfono.

—Pensé que podría ser algo importante, ya que está llamando tan temprano.

—Joder, ¿de verdad estás aquí? —dice Aksel, incorporándose sobre los codos.

Frida se ríe de corazón. El sonido es tan burbujeante que lo hace sonrojar.

—Sí, supongo que sí, a menos que esto sea Matrix o algo así.

—No, solo quiero decir… uf, estaba… soñando, supongo.

—Siento haberte despertado.

—No, no, está bien —su cerebro se ajusta rápidamente mientras se despierta más—. ¿Quién dices que llamó?

—Tu hermano. Acababa de ir al baño y, cuando volví, vi su nombre en tu pantalla.

—Ah. Probablemente no sea nada —coge el teléfono y lo vuelve a poner en la caja de madera que hace de mesita de noche.

—¿No dijiste algo sobre que iba de caza hoy? ¿Y si tuvo un accidente? ¿No quieres llamarlo y lo compruebas?

Mientras Frida habla, Aksel simplemente mira sus labios moverse. Recuerda que estaba masticando un chicle rosa; aún puede saborear la fresa. También puede saborear algo más. Algo aún más dulce.

«Joder. Esto realmente pasó».

—¿Axe? —pregunta ella, al ver que no responde—. ¿Estás bien?

—Sí, claro —dice, incorporándose—. Es solo que te queda genial esa camiseta.

Ella se ríe y se echa el pelo hacia el otro lado.

—Sí, lo sé. El heavy metal me sienta bien.

Él la agarra suavemente por el cuello de la camiseta y la atrae para

darle un beso.

—Hmm —dice ella, terminando el beso antes de lo que él quería—. No funciona como en las películas: nos cepillamos los dientes y, luego, nos damos el beso de buenos días.

—Perdón —resopla él.

—En serio, ¿no quieres devolverle la llamada? —hace un gesto hacia su teléfono—. Me preocuparía mucho si fuera mi hermano pequeño el que estuviera allí solo en el bosque.

—Tiene quince años, seguro que puede cuidarse solo —dice Aksel, pero, de todas formas, toma el teléfono—. Eh, dejó un mensaje.

—¿Sabes qué? Tú le devuelves la llamada y yo voy a cepillarme los dientes. ¿Te parece bien?

—Trato —dice él, sonriendo mientras ella se levanta. Su camiseta le queda demasiado larga, casi le llega a las rodillas. No puede decir si lleva algo más puesto.

Después de mirarla hasta la puerta, Aksel finalmente dirige su atención al teléfono. Llama a su buzón de voz y escucha el mensaje que le dejó Jakob. Le sorprende que Jakob haya conseguido señal allá arriba. Aksel nota enseguida lo agitado que suena su hermano.

—Oye, Axe, soy yo. Llámame cuando escuches esto. Nos hemos topado con algo muy chulo en la cabaña vieja. Te va a encantar. Llámame.

Aksel llama a Jakob, preguntándose qué ha encontrado. No es que esté ansioso por saberlo, pero Jakob probablemente no lo habría llamado si no fuera algo fuera de lo común, y Aksel no puede negar que siente curiosidad.

Jakob contesta casi de inmediato.

—Oye, tío. ¿Estás despierto?

—Ahora sí —dice Aksel, frotándose el ojo—. Recibí tu mensaje. Esto más vale que sea bueno.

—Oh, lo es. Escucha esto. Hemos encontrado un… —Jakob nota algo por el rabillo del ojo—. Oye, Viggo, ¿qué haces, tío? No lo toques…

Aksel frunce el ceño.

—¿A quién? ¿Quién está contigo?

Jakob no responde. Aksel se da cuenta de que están conduciendo, lo que explica por qué hay señal. Está a punto de preguntar si están de camino a casa, cuando Viggo dice algo de fondo. Aksel solo capta la palabra "descongelando". Luego, oye un sonido raro, como un gruñido. Es casi como un animal. Los chicos gritan al mismo tiempo, haciendo que Aksel casi deje caer el teléfono.

—¿Qué demonios pasa? ¿Qué está ocurriendo?

Jakob no responde. Aksel se da cuenta de que, probablemente, ya no está escuchando. Parece que ha dejado caer el teléfono. Se oyen ruidos

de forcejeo; luego, otro grito. Aksel no puede decir cuál de los dos es, pero esta vez hay dolor en él.

—¡Quítamelo de encima! ¡Quítamelo de encima!

La voz chillona suena a Viggo, pero es difícil de saber, ya que las palabras están distorsionadas por el pánico.

—¡Ayuda! ¡Ayúdame, Jakob!

—¡Mierda!

Más forcejeos. Aksel escucha, presionando el teléfono contra su oído, conteniendo la respiración. A lo largo de la llamada, capta más gruñidos y gemidos de lo que sea que esté atacando a los chicos.

La voz de Jakob vuelve a aparecer.

—¡No! ¡Espera…! —Luego, un par de segundos después, vuelve a hablar—. Oh, mierda.

El sonido de los neumáticos chillando se escucha cuando el camión frena bruscamente. Seguido de eso, puede oír un golpe. Luego, por un momento, no hay sonidos. Le sigue un violento choque, y la conexión se corta abruptamente.

Aksel baja el teléfono, mirando al suelo. Siente que alguien está de pie allí y gira la cabeza para ver a Frida. Ella está cepillándose los dientes, con espuma blanca en los labios.

—¿Qué pasa? —pregunta, sacando el cepillo de dientes—. ¿Algo malo?

—Sí, creo que sí —oye a Aksel decir. Luego, llama al 112.

6

Todo ocurre en cámara lenta.

El mundo se pone patas arriba. El tipo muerto se eleva, queda suspendido en el aire por un segundo y, luego, golpea el techo como un muñeco de trapo en una secadora. Jakob puede sentir un dolor intenso en el hombro, ya que el cinturón de seguridad lo sujeta con fuerza. El coche cae con el techo abajo y el parabrisas se rompe en pedazos. El tipo muerto sale volando. Algo duro golpea la parte posterior del cráneo de Jakob, lo que casi le hace perder el conocimiento. El mundo gira alrededor de su eje unas cuantas veces más y, luego, se detiene. El motor del camión se apaga y, de repente, todo queda en silencio.

Jakob parpadea, escuchando solo su propio pulso. Se encuentra colgando boca abajo, con la sangre fluyendo hacia su cabeza, que ya palpita por el golpe que recibió. Sus manos siguen agarrando el volante; sus piernas, colgando.

«Estoy bien», piensa, sintiéndose mareado. «No estoy herido. El cinturón de seguridad me salvó la vida».

Se oye un ruido de raspado en algún lugar. Va y viene. Jakob intenta abrir la puerta, pero no cede. En su lugar, busca a tientas para desabrocharse. Al desplomarse hacia el techo, lo invaden náuseas y vértigo. Su cuerpo se siente como si pesara diez veces más de lo normal.

«Me estoy desmayando. Tengo que luchar contra ello».

Sus pensamientos están extrañamente distantes, como si alguien más los estuviera pensando. Entiende que ha tenido un accidente, pero solo recuerda vagamente lo que lo causó. No estaba solo. Había alguien con él. Era… Viggo.

El pensamiento de su amigo lo hace ponerse a cuatro patas. Viggo se cayó del coche; debe estar gravemente herido.

«Tengo que ayudarlo».

El ruido de raspado se vuelve más fuerte, se acerca. Suena como tela arrastrándose por el asfalto.

Jakob se gira hacia donde solía estar el parabrisas. Ve la carretera, ve los cristales rotos esparcidos por todas partes; y también ve el cadáver acercándose. La vista de ello sacude su memoria, y todo vuelve a él.

El tipo muerto todavía no está muerto; pero, al parecer, ya no puede caminar. En su lugar, se arrastra hacia adelante. Ahora, ambos ojos están abiertos, ambos negros como la noche. Su cráneo ha recibido un golpe fuerte, aplastándole el pómulo izquierdo. Esto hace que la boca del tipo quede abierta y le dé una expresión aterradora de angustia. A

Jakob le recuerda a ese cuadro feo y famoso de un tipo en un puente, gritando.

Jakob no puede salir del coche por el parabrisas: el cadáver está demasiado cerca y lo alcanzará en segundos. En su lugar, se gira y se arrastra por los asientos hacia atrás. Entonces, agarra el asa e intenta abrir la puerta trasera. Está atascada. Se sienta y le da una patada fuerte. No se abre.

—¡Joder!

Volviendo a girarse, ve al tipo muerto atravesando el parabrisas. Sus manos y antebrazos, ya destrozados, ahora están llenos de cristales rotos. Su rostro es aún más horripilante de cerca y su expresión, ferozmente decidida. Su mandíbula empieza a moverse, como comprobando que aún puede morder.

La mente de Jakob lucha por mantenerse al día con los acontecimientos. Sin embargo, se da cuenta de que está atrapado, y que tendrá que pelear con el tipo muerto que viene hacia él. Entonces la ve, justo delante de él: la funda del rifle.

«Debe de haber sido lo que me golpeó la cabeza», piensa Jakob distraídamente.

La abre y saca el rifle. Buscando las balas, logra sacar una, pero sus manos tiemblan tanto que la deja caer. Recogiéndola, la introduce en la recámara y, cuando está a punto de amartillarla, el tipo muerto lo alcanza.

En lugar de disparar, Jakob no tiene más remedio que usar el rifle como un arma contundente, así que lo balancea hacia la cabeza del cadáver. El tipo debe verlo venir, pero no hace nada para impedirlo. El golpe conecta con la cabeza calva. Debido a la forma incómoda en la que Jakob está sentado, no puede darle mucha fuerza. Esperaba reventarle el cráneo al tipo, pero solo lo hace caer, intentando levantarse de inmediato.

Jakob deja caer el rifle y opta por escapar. Aprovechando los pocos segundos que el tipo tarda en recuperar la orientación, Jakob logra pasar a su lado y se dirige hacia la parte delantera del coche.

Justo cuando piensa que está a punto de lograrlo, el tipo muerto se aferra a su bota.

—¡No! ¡Déjame en paz! —gruñe Jakob, sacudiendo la pierna.

Pero el cadáver tiene un agarre sorprendentemente fuerte, y tira de Jakob hacia atrás. Antes de que pueda hacer algo, siente un pinchazo agudo en la pantorrilla cuando el tipo muerto le muerde. Jakob grita y se da la vuelta. Enrolla su otra pierna y golpea con fuerza la cabeza del tipo. Falla el rostro, pero lo golpea debajo de la barbilla, inmovilizándolo contra el techo que, en realidad, es el suelo.

El tipo muerto emite un sonido gutural y araña la pierna de Jakob. Por suerte, lleva tanto sus pantalones cargo de trabajo como unas

mallas térmicas debajo, así que el cadáver no puede alcanzar su piel.

Jakob intenta alcanzar el rifle, pero está demasiado lejos. En su lugar, recuerda el cuchillo.

Aún sujetando el cadáver que se retuerce, aunque su pie empieza a resbalar, Jakob saca el cuchillo de desollar de su bolsillo. Casi logra sacarlo de la funda cuando el cadáver da un tirón y la pierna de Jakob cede. El tipo muerto cae sobre él. Comienzan una feroz pelea cuerpo a cuerpo. El tipo gruñe en su oído, sus dientes chasqueando cerca del rostro de Jakob, y su aliento putrefacto llena la nariz de su ahora presa.

Jakob ruge y trata de empujar al tipo, de quitárselo de encima, pero el cadáver lucha ahora como un animal salvaje.

«Esto es todo. Me va a devorar vivo».

Ese pensamiento envía una última ráfaga de adrenalina a través del sistema de Jakob, y logra levantar el brazo izquierdo, atrapando la barbilla del tipo y permitiéndole empujar la cabeza del cadáver hacia arriba y hacia atrás. La piel del tipo está increíblemente fría, casi aún congelada, y se siente toda tensa y curtida contra la palma de Jakob.

Con el cadáver levantado unos centímetros, Jakob logra liberar su otro brazo, descubriendo que aún sostiene el cuchillo, y que ahora está fuera de la funda.

El tipo muerde con fuerza, y Jakob siente un dolor agudo en los dedos.

—¡Ay! —ruge, clavando el cuchillo en la cabeza del tipo desde un costado.

La hoja atraviesa el pómulo aplastado con sorprendente facilidad, hundiéndose por completo. Aparentemente, corta algo vital en su camino, porque el cadáver se sacude violentamente y, luego, deja de moverse.

Jakob saca el cuchillo y está a punto de lanzar otro golpe cuando el tipo se desploma, quedando inmóvil en el suelo.

Jakob se sienta, sintiendo que su cabeza da vueltas, alejándose del cadáver, que no hace ningún intento de levantarse. Está realmente muerto.

Jakob se da la vuelta y sale por el parabrisas. Apenas puede mantenerse en pie. Su aliento forma nubes blancas frente a su rostro.

Está completamente solo en medio de la nada. Bueno, completamente solo no: a unos cincuenta metros por la carretera, alguien yace al borde del camino, alguien con el pelo rubio y rizado.

Jakob mira hacia abajo y ve su teléfono tirado allí. La pantalla está rota. Lo recoge e intenta activarlo, pero está estropeado.

No hay forma de pedir ayuda. Jakob deja caer el teléfono y se dirige hacia Viggo.

Ha caído de lado. Sus ojos están cerrados, y parece que solo

estuviera durmiendo; pero Jakob puede ver de inmediato que su amigo está muerto.

—Oh, no —grazna, arrodillándose—. Vamos, hombre... —coloca dos dedos en la piel suave del cuello de Viggo. Ya está enfriándose. No hay pulso.

Jakob lucha por contener el impulso de llorar. Se pone de pie de nuevo, casi perdiendo el equilibrio. No puede asimilarlo. Viggo es uno de sus primeros amigos. Siempre han estado el uno para el otro. No puede, simplemente, haberse ido de repente.

—¡Ayúdame, Jakob!

La voz de Viggo aparece en su mente, gritándole mientras el tipo muerto ataca, el tipo muerto que Jakob insistió en que trajeran con ellos.

«Todo esto es culpa mía. La cagué pero bien».

Un sollozo se escapa de él. Entonces, justo cuando está a punto de derrumbarse, se da cuenta de un dolor punzante en su mano izquierda. Baja la mirada y ve que su dedo meñique está sangrando. Hay un corte justo por encima de la uña. Uno de los dientes del cadáver ha perforado la piel. Una oleada de frío recorre su estómago.

«Joder. Esto no puede ser bueno».

Ciertas palabras atraviesan su memoria, palabras que él y Viggo pronunciaron hace apenas unos minutos. “Parásito”. “Contagioso”. “Zombi”.

Jakob se queda mirando su mano.

«Está en mi sangre. Me matará y me convertirá en… lo que sea que ese tipo era».

Entonces, le viene otro pensamiento: «quizás no sea demasiado tarde».

Jakob nunca fue el chico inteligente, ese era el papel de Viggo; pero Jakob es bueno tomando decisiones rápidas. Es capaz de actuar sin pensar demasiado, que es exactamente lo que hace ahora.

Escupiendo en la hoja del cuchillo, la limpia en su manga. Luego, la coloca en el interior de la segunda articulación de su dedo meñique.

«Tengo que asegurarme de hacerlo en la articulación, o no servirá».

Toma una larga bocanada de aire. Luego, aprieta los dientes y se corta el dedo.

7

Alguien gruñe, y Jakob mira a su alrededor.

No hay nadie. Está solo en la carretera desierta. Debe haber pasado algún tiempo, porque, aunque todavía es temprano, hay un poco más de luz a su alrededor. Una densa niebla blanca ha descendido, ocultando gran parte del valle yermo, los árboles sin hojas, las rocas brillando con escarcha.

—¿Viggo? ¿Eres tú?

Su voz suena extraña en sus propios oídos, como si tuviera un resfriado o algo.

—Claro —la voz de Viggo llega desde detrás.

Jakob se da la vuelta bruscamente. Lo ve allí, de pie, a su viejo amigo, sonriéndole.

—¿A quién más esperabas?

Algo va mal. La ropa de Viggo está rasgada. Su piel, abierta en varios lugares. Le falta un zapato, y una de sus piernas está claramente rota, con el pie apuntando en la dirección incorrecta. Por la forma en que está inclinado, su hombro parece estar dislocado. Sin embargo, nada de esto parece molestar a Viggo. Da unos pasos más cerca, arrastrando la pierna destrozada.

Mientras se acerca, Jakob entrecierra los ojos para distinguir el rostro de Viggo. También ha recibido una paliza. Un arañazo desagradable recorre su mandíbula, un pedazo de piel cuelga de su sien. Una esquina de su boca está caída, como si los músculos estuvieran dañados. El otro lado de la boca sonríe, y esa sonrisa le da escalofríos a Jakob.

—Hola, amigo. ¿Estás bien?

—No —dice Viggo, encogiéndose de hombros mientras sigue acercándose—. No estoy bien. Ninguno de nosotros lo está. Que la verdad sea dicha, estamos todos jodidos.

—¿Quién? —pregunta Jakob. Quiere retroceder, quiere poner distancia entre ellos. Siente que sus piernas se mueven, pero, por alguna razón, permanece en su lugar. En vez de eso, intenta mantener a Viggo distraído hablando—. ¿De quién hablas, amigo?

Viggo extiende su brazo sano, señalando a su alrededor.

—Todos nosotros. ¡Mira!

Jakob mira hacia la niebla, y ve muchas caras: ciervos, zorros, osos, gatos y perros; todos ellos con ojos negros, parados hombro a hombro, mirándolo de vuelta.

«Debe haberse propagado», piensa Jakob, comenzando a recordar. «Sea lo que sea que tenía el tipo muerto en la cabaña, tengo suerte de no haberlo contraído también».

—Oh, pero sí lo hiciste —dice Viggo.

Jakob gira la cabeza para mirar a su amigo, y un grito se le atasca en la garganta. Viggo está justo frente a él ahora. Sus ojos son como dos canicas negras, tan oscuros que ni siquiera reflejan la luz.

Jakob se llena de terror al ver a su amigo que, claramente, está muerto; pero también siente ganas de llorar.

—Lo siento, amigo —llora—. Lo siento mucho por lo que te pasó. Es mi culpa.

—Sí, lo es —concede Viggo—. Pero, al menos, ambos vamos en la misma dirección.

—No estoy infectado.

—¿No?

—No, me lo corté.

—Sí, pero llegaste demasiado tarde, amigo. Mira más de cerca.

Es en este momento que Jakob se da cuenta del dolor que ha estado sintiendo todo este tiempo: una presión cálida y palpitante en su dedo. Levanta la mano. Pensó que solo se había cortado el dedo meñique, pero todos están ausentes. Solo quedan muñones ensangrentados. Sin embargo, la piel de su mano está toda verde. Se da cuenta, para su horror, de que está desnudo, y todo su cuerpo se está descomponiendo. Su piel está descolorida y pelándose como pintura vieja, revelando la carne podrida debajo.

—¿Ves? —Viggo sonríe—. Te lo dije. Estamos todos jodidos. Nadie se escapa de esto.

Jakob niega con la cabeza e intenta desesperadamente correr, pero mover su cuerpo solo hace que se desmorone más. Trozos de carne caen al asfalto y huesos rompiéndose se escuchan.

Viggo se inclina más cerca. Su rostro llena la visión de Jakob, y puede oler el hedor putrefacto que sale de su boca mientras susurra.

—Es el fin del mundo, Jakob. Y apenas ha comenzado.

—¡No! —grita Jakob y…

8

…se sobresalta tan violentamente que casi se cae de la cama.

—¡Eh, eh! —dice una voz familiar. Unas manos le agarran los hombros, y Jakob se estremece.

Entonces, ve el rostro de Aksel, y el resto del mundo se transforma en realidad. No está fuera: está en una habitación mayormente blanca, y es mediodía, a juzgar por la luz pálida que entra por la ventana.

—Está bien, amigo —le dice Aksel—. Estás a salvo.

Su hermano le sonríe, algo que rara vez hace. La sonrisa está destinada a ser reconfortante, pero también muestra preocupación.

—¿Dónde estoy…? ¿Dónde está…? Yo no… —las palabras se atascan en su garganta. Tiene la boca terriblemente seca.

—Estás en el hospital —le dice Aksel, alcanzando un vaso de agua con una pajita y acercándoselo a la boca de Jakob.

Jakob toma un sorbo, disfrutando del fresco líquido que baja por su garganta. Intenta tomar el vaso de Aksel, pero ve un vendaje grueso y blanco cubriendo su dedo meñique.

—Usa la otra mano si quieres sostenerlo tú mismo —le instruye Aksel.

—Mierda —murmura Jakob, volteando su mano—. De verdad lo hice…

—Sí, lo hiciste —dice Aksel, colocando el vaso de nuevo en la mesa —. Te saliste de la carretera y, de alguna manera, solo terminaste perdiendo medio dedo. Eres un suertudo, ¿lo sabías?

Recuerda la hoja atravesando su dedo. El dolor fue increíble, lo más intenso que jamás había sentido. Debió ser lo que lo hizo desmayarse. No recuerda esa parte. Su dedo no duele ahora. De hecho, realmente no lo siente en absoluto. Probablemente lo adormecieron bien antes de coserlo.

—También tienes suerte de que estuviera helando fuera, o te habrías desangrado —continúa Aksel—. Eras como una paleta helada cuando te encontraron.

—¿Quién? ¿Alguien pasó por ahí?

—Llamé a una ambulancia. Escuché el choque. ¿Recuerdas que estábamos hablando por teléfono?

—Oh, claro.

—Así que escucha: tal vez, la próxima vez que encuentres a un tipo que haya muerto de alguna enfermedad desagradable, no lo toques, ¿vale?

Jakob frunce el ceño.

—No lo hice. Llevaba guantes.

—Sí, y eso puede haberte salvado la vida. Tuvieron que aislarte

hasta que llegaron los resultados de las pruebas. Estás limpio como una patena.

Jakob siente una oleada de alivio. Luego recuerda.

—¿Y qué hay de… Viggo?

Tiene miedo de la respuesta, y la ve inmediatamente en el rostro de Aksel.

—Quizás no deberías preocuparte por él ahora —dice en voz baja.

Jakob aprieta los labios. No quiere llorar, especialmente no frente a Aksel. Su hermano capta la situación y se levanta de la silla. Se pasea casualmente hasta la ventana y mira hacia fuera, fingiendo contemplar la vista.

Jakob solloza en silencio, secándose las lágrimas que le ruedan por las mejillas.

—Entonces —dice Aksel después de un par de minutos, aclarando la garganta—, supongo que tendrás que hacerte las pajas con la mano izquierda por un tiempo.

Jakob no puede evitar soltar una carcajada.

—Ah, y llamé a papá.

Jakob se tensa de inmediato.

—¿Estaba… enfadado?

—¿Por lo del camión? —Aksel se da la vuelta y levanta las cejas—. Puedes apostar que sí. Se suavizó un poco cuando le dije que te habían golpeado. Creo que logré que te libraras de una paliza.

—Gracias. ¿Cuándo volverá?

—Dijo que la próxima semana. Hubo algunos retrasos con los permisos o lo que sea, así que ni siquiera han empezado aún.

Trabajando como contratista, su padre viaja por toda Escandinavia y, a menudo, deja a los chicos solos durante semanas, incluso desde que eran muy jóvenes. Jakob nunca conoció a su madre. Aksel la recuerda vagamente, pero nunca habla de ella. Murió cuando Jakob tenía dos años.

—¿Y qué hay de los padres de Viggo? —pregunta Jakob—. ¿Alguien les ha dicho?

—Por supuesto —responde Aksel—. Pero te dije que no te preocuparas por eso, ¿vale? Tienes tus propios problemas.

Jakob asiente y mira su mano.

—Sí, lo sé.

—No, no creo que lo sepas —Aksel le lanza una mirada seria—. Tom pasó por aquí. Quiere hablar contigo. Dijo que volvería a las tres para ver si estabas despierto. Quiere saber qué demonios pasó ahí fuera.

Jakob se encoge de hombros.

—Como dijiste, nos salimos de la carretera.

—Sí, justo después de recoger a un viejo que parece que lleva muerto diez años.

Jakob se remueve inquieto.

—¿Lo viste…?

—Sí, lo trajeron justo después de que llegaras tú. Estabas inconsciente, así que me escabullí para echar un vistazo —Aksel resopla—. He visto muchos cadáveres, pero, hombre, ese se lleva el premio. Todavía no saben qué le pasa. Parece que se estaba pudriendo mientras aún estaba vivo.

—¿Está muerto? —pregunta Jakob.

—Sí —gruñe Aksel.

—No, quiero decir… ¿No se ha… movido ni nada?

Aksel frunce el ceño.

—Los muertos, generalmente, no hacen eso.

—Los zombis sí —susurra Jakob, sintiendo una punzada en el corazón al repetir las palabras de Viggo.

—¿Zombis? —Aksel lo mira de cerca—. ¿Te golpeaste la cabeza?

—Sí, creo que sí —responde Jakob, llevando la mano a la parte trasera de su cráneo. Hay una zona bastante sensible donde el rifle le golpeó—, bastante fuerte también; pero no es por eso… Creo… Axe, creo que algo anda muy mal con ese tipo.

—No me digas. Os escuché a los dos volviéndoos locos antes de que chocarais. ¿Qué pasó?

Jakob abre la boca para contarlo, pero se da cuenta de que su memoria es como una casa vacía: puede ir allí, pero no hay nada que encontrar.

—Yo… tengo dificultades para, ya sabes, recordar los detalles.

Aksel adopta una expresión preocupada.

—Está bien. Dijeron que era muy común tener confusión temporal y pérdida de memoria. Algo sobre el choque —se dirige a la puerta—. Voy a llamar a la enfermera ahora. El doctor querrá revisarte.

—De acuerdo —murmura Jakob, todavía tratando de recordar.

Un torrente de emociones diferentes gira en su interior: dolor, miedo, incredulidad… y un pánico extraño justo debajo de la superficie. Es como si su sistema estuviera tratando desesperadamente de enviar un mensaje. Algo que necesita ver. Está conectado con el sueño que acaba de tener, está casi seguro de eso, porque la sensación se vuelve más fuerte cuando piensa en la extraña escena de pesadilla en la que estaba parado en medio de la carretera, rodeado de animales muertos.

Y Viggo… Viggo muerto también estaba allí. Dijo algo siniestro. Algo como «nadie se escapa de esto…».

Murmurando las palabras, Jakob se siente un poco más cerca de lo que está tratando de recordar, pero todavía no puede entenderlo del todo. Sus pensamientos están extrañamente distorsionados, desconectados, disparando como chispas al azar: el tipo muerto, Viggo

gritando, el cuchillo deslizándose por su dedo, el coche girando, el dolor, el miedo.

Siente náuseas cuando la habitación comienza a inclinarse. Cierra los ojos y fuerza todos los recuerdos a un lado. «No puedo pensar en eso, no ahora. Solo descansaré un poco. Estoy seguro de que me sentiré mejor cuando…». Jakob se desvanece antes de poder terminar el pensamiento.

9

Aksel se dirige al puesto de enfermería y se apoya en el mostrador.

Frida está allí sentada, sola, escribiendo en un ordenador, de lado hacia él. Su cabello está recogido en un moño, dejando al descubierto su largo cuello. Incluso con el uniforme, la visión de ella le hace cosquillear las pelotas. Carraspea y habla con su voz más inocente.

—Perdona, enfermera. Estoy listo para mi baño de esponja.

Ella lo mira con el rostro impasible y luego verifica que no haya nadie más cerca.

—La última vez que lo comprobé, usted no era un paciente aquí, señor.

—Debería serlo. Tengo una dolencia seria. Mi corazón late demasiado rápido cada vez que te veo.

No puede evitar sonreír.

—Oh, qué romántico. ¿Cómo está tu hermano?

—Está despierto.

—¿En serio? Eso es genial. Llamaré al doctor —saca su buscapersonas—.

—¿Quién está de guardia?

—Olsen, creo. ¿Por qué?

—Solo cuidando a mi hermano pequeño. No quiero que cualquier matasanos lo atienda.

Ella vuelve a sonreír; luego, se levanta y se acerca al mostrador. Se inclina y le da un beso rápido en los labios.

—Eres sexy cuando te pones en plan protector.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Tan sexy que podré verte esta noche de nuevo?

Está a punto de responder cuando su expresión cambia. Aksel nota la presencia de un anciano con un andador y un aparato para respirar pasando junto a ellos. Una vez que está fuera del alcance del oído, Frida susurra.

—Es una posibilidad.

—Suena genial. Haré la cena.

—¿Con eso quieres decir pedir pizza?

—Exactamente —sonríe. Su teléfono vibra. Lo saca—. Es mi padre —lo guarda de nuevo en su bolsillo.

—¿No vas a contestar?

—No ahora.

Frida frunce el ceño.

—Pero debe estar preocupado por tu hermano.

Aksel se burla.

—Conociéndolo, probablemente esté más preocupado por su coche. Está bien, de verdad. Le pondré al día más tarde.

Frida se encoge de hombros.

—Si tú lo dices… Hablando de eso, ¿tu hermano te contó qué pasó?

Aksel niega con la cabeza.

—Estaba un poco confundido. Pobre chico, parecía que todavía le tenía miedo al tipo que recogieron. Creo que los atacó de alguna manera.

Frida parece recordar algo.

—Eso me recuerda… ¿No se suponía que tenías que estar en la autopsia ahora?

—No, es mi día libre, ¿recuerdas?

—Sí, pero dijiste que lo querías ver, ¿recuerdas? ¿El viejo?

—No lo harán hasta las seis.

Ella se da vuelta y mira la pantalla del ordenador.

—Aquí dice que está programado para las dos. Supongo que lo adelantaron.

—Oh, mierda. Realmente quería estar allí. Tal vez, todavía pueda echar un vistazo. Nos vemos luego, ¿vale?

Se inclina para darle otro beso rápido; luego, corre hacia el ascensor.

10

La sala de autopsias está situada junto a la morgue propiamente dicha, en el sótano del hospital. Para llegar siquiera a esa planta, Aksel tiene que pasar su tarjeta de identificación. Siempre se siente como un agente federal cuando lo hace.

Cuando el ascensor se detiene y las puertas se abren, Aksel se encuentra con un cartel en un soporte que bloquea el pasillo. Es una de esas advertencias de "peligro biológico". Aksel aprendió sobre ellas en su formación para convertirse en aprendiz de forense, pero nunca había visto una en uso hasta ahora. Es naranja y tiene el texto “BSL-3”, que significa, si recuerda bien, “segundo nivel más alto de riesgo de microbios”. El único nivel de riesgo superior al tres es el cuatro. En ese nivel, se evacuarían partes del hospital.

«Vaya, se lo están tomando muy en serio...».

Es entonces cuando ve a un tipo alto y delgado sentado en una silla, apoyado contra la pared. Lleva un traje de protección con la pieza de la cabeza bajada. En sus oídos, tiene auriculares inalámbricos y está absorto en su teléfono. Es Mikkel Ranfelt, uno de los celadores. Hay un rumor de que es gay. Lleva zapatillas rosas, lo que no desmiente exactamente esos rumores. Junto a él hay un carro con ruedas con tres o cuatro trajes adicionales listos para ser usados, completos con botas, guantes, respiradores y todo.

Aksel sale del ascensor y Ranfelt, finalmente, lo nota. El chico se pone de pie de un tirón, arrancándose la música de los oídos.

—Oye, no puedes... oh, eres tú, Axe. ¿Qué haces aquí abajo? Me dijeron que no venías hoy.

—No, no estoy trabajando —dice Aksel, mirando a Ranfelt de arriba abajo. El traje es dos pulgadas, demasiado corto para sus largos brazos y piernas—. ¿Te dijeron que te pusieras eso?

Ranfelt mira hacia abajo, sonriendo con vergüenza.

—Sí, sé que parece ridículo. Dijeron que era solo por precaución. Creen que esto podría salir en las noticias nacionales una vez que se sepa, así que quieren cubrir todos los frentes, ya sabes.

—¿Por eso te pusieron de guardia aquí fuera?

Ranfelt asiente.

—No debería dejar entrar a nadie que no deba estar aquí.

—¿Eso me incluye a mí? Trabajo aquí abajo, ya sabes.

Los ojos de Ranfelt parpadean.

—No estoy... seguro. ¿Tal vez debería llamar a Dahl? —lo dice como si fuera una pregunta, como si decidir molestar o no al jefe de Aksel fuera decisión suya—.

Aksel se encoge de hombros.

—Claro, puedes hacerlo, pero ya lo conoces. Probablemente no esté de humor para preguntas ahora mismo —Aksel asiente hacia el final del pasillo. Al final están las puertas dobles que conducen a la sala de autopsias—. ¿Está allí ahora mismo?

—Sí. Comenzaron hace diez minutos.

—¿Ellos?

—Hay otros dos tipos ahí dentro: otro forense y un especialista de algún tipo. No los había visto antes. Deben haberlos traído del hospital regional.

—Ah, ya veo. ¿Puedo echar un vistazo?

Ranfelt se mueve con incomodidad.

—Realmente, no lo sé, Axe. Dahl estaba muy serio sobre no dejar entrar a nadie no autorizado.

Aksel se muerde el labio.

—Te propongo algo: me pondré un traje y le diré a Dahl que alguien de arriba me dijo que viniera a echarle una mano. Lo haré pasar por un malentendido. Si se enoja, será conmigo. ¿Qué te parece?

Ranfelt lo considera, mirando hacia las puertas dobles.

—¿Prometes que no me meterás en problemas?

—No, hombre. Ya me conoces. Nunca haría eso.

—Está bien —Ranfelt le señala con un dedo delgado—. Confío en ti.

—Lo juro por mi vida —dice Aksel, tomando uno de los trajes del carro.

11

Jakob está ahí de nuevo, en el bosque. De pie, frente a la cabaña. Es de noche y hace un frío helado. Todo está anormalmente silencioso. Ni siquiera puede oír sus propios pasos mientras se acerca a la puerta.

«Hay algo que necesito ver. Algo que me ayudará a recordar».

Justo cuando estira la mano, la puerta se abre por sí sola. Es como si hubiera una brisa imperceptible empujándola. Jakob entra.

La cabaña es mucho más grande de lo que recuerda. Mientras camina sobre el suelo de madera polvorienta, se da cuenta de que, por alguna razón, no lleva zapatos. Los sonidos se repiten de un lado a otro, lo que le hace mirar a su alrededor y asegurarse de que realmente está solo.

Al llegar al centro de la cabaña, se detiene. Hay un sonido agudo de crujido desde arriba. Mira hacia arriba, esperando ver al muerto colgando allí. Pero solo está el trozo de cuerda todavía envuelto alrededor de la viga. Se balancea suavemente de un lado a otro. A cada lado de la cuerda, la madera ha sido desgarrada hasta hacerse jirones.

«Es cierto», recuerda Jakob. «Pensamos que fue un animal el que hizo eso, hasta que vimos sus dedos...».

Algo intenta encajar en su mente. Algo grande y obvio. Está ahí, pero aún no puede verlo con claridad.

Jakob cambia de posición, y es entonces cuando pisa algo frío y blando.

Mirando hacia abajo, ve una oreja humana tirada allí. Todavía está sangrienta por cómo fue arrancada. «Es de Viggo», piensa con una sensación de hundimiento. «El muerto se la arrancó de un mordisco».

¿Cómo pudo olvidarlo? La escena del coche, de repente, vuelve a ser vívida en su memoria: el muerto, sentado erguido, lanzándose sobre Viggo; su amigo, tratando desesperadamente de escapar, arrojándose del coche en movimiento, matándose: luego, el accidente. Jakob no tuvo más remedio que bloquear los frenos, lo que provocó que el coche se volcara. Pero eso no fue el final: el muerto vino a por él, y Jakob tuvo que usar el cuchillo.

«Lo apuñalé, justo antes de cortarme mi propio dedo. Madre mía...».

Ahora que todo está volviendo a él, la cosa en su mente que intenta salir a la luz se siente aún más grande y pesada. Aún así, está borrosa. «Maldita sea, ¿por qué no puedo conectar los puntos?».

Jakob detecta un movimiento desde el costado y gira la cabeza. La ventana está abierta, y Viggo está justo ahí fuera. Parece normal. No hay pedazos de piel que cuelgan, ni ojos completamente negros. De hecho, está sonriendo. Detrás de él, de repente, es verano. Todo es

verde, el sol brilla, los pájaros cantan.

—Hola, amigo. ¿Podrías pasarme eso? —Viggo señala la oreja en el suelo—. Parece que la he dejado caer.

Girando ligeramente la cabeza, Jakob puede ver que a Viggo le falta la oreja derecha. Jakob se agacha y la recoge. Se acerca y se la entrega a Viggo.

—Gracias, hombre —dice. Como si fuera lo más natural del mundo, se mete toda la oreja en la boca, mastica ruidosamente y se la traga—. Hmm. Deliciosa —dice, sonriendo. Luego, se da la vuelta y desaparece de la vista.

Y, finalmente, lo asimila. Con un clic casi audible, la realización llega a la mente de Jakob: «zombi. El muerto era un zombi».

Mientras sigue mirando por la ventana abierta, el paisaje cambia en cuestión de segundos. El verano se convierte en invierno; el día, en noche; las hojas caen de las ramas; el cielo pasa de azul a gris.

«No permaneció muerto, a pesar de que se ahorcó, porque ya estaba infectado. La enfermedad lo trajo de vuelta. Y eso significa que Viggo…».

Un sonido detrás de él. Una mano se posa sobre su hombro.

Jakob grita.

12

Las puertas de la sala de autopsias tienen ventanas de plástico a la altura de los ojos, pero ambas están cubiertas con algo que parece cartón.

Aksel duda brevemente si debe llamar o no, pero decide no hacerlo y, simplemente, empuja una de las puertas suavemente.

Ha pasado muchos días y noches en esta sala; la mayoría de las veces, con Dahl a su lado. El hecho de que haya una sala un poco más arriba en el pasillo que contiene a varias personas muertas nunca le molestó realmente. Por lo general, aquí abajo el ambiente es muy tranquilo, con un mínimo de conversación y actividad.

Por eso, es extraño ver a Dahl y a otros dos médicos apiñados alrededor de una de las mesas, con trajes de materiales peligrosos, discutiendo entre ellos en tono tenso. Incluso con los trajes puestos, Aksel reconoce inmediatamente a Dahl: es un tipo grande y robusto, lo que hace que los otros dos parezcan adolescentes en comparación.

Sobre la mesa está el muerto. Aksel puede distinguir sus pies. Dahl es el que está cortando, inclinado sobre el torso del hombre.

—Definitivamente, no es zoonótico —dice uno de los otros, su voz distorsionada a través de la máscara—. Mira sus pulmones: están prácticamente intactos.

—Bueno, aparte del hecho de que están casi deshaciéndose —comenta Dahl, levantando la mano que sostiene las pinzas.

Atrapado en ellas, hay un trozo de tejido del tamaño de un sello postal. Incluso con su conocimiento médico aún limitado, Aksel puede decir de inmediato que el tejido pulmonar no está sano. El color lo delata: oscuro, casi negro; como algo de un anuncio contra el tabaco.

—Sí, ciertamente hay necrosis en todas las regiones —continúa el otro médico—; pero lo que quiero decir es que no veo ningún otro daño. No hay signos de bacterias, ni parásitos ni hongos. Si hubiera contraído esto de un animal, el sistema respiratorio sin duda lo mostraría.

—Dejemos que el laboratorio nos diga qué es qué —gruñe Dahl, metiendo la muestra en una bolsa con cierre de seguridad y colocándola cuidadosamente junto a una docena más en una bandeja de acero— antes de sacar conclusiones.

—Entiendo por qué quieres ser cauteloso aquí, Dahl, pero tienes que admitir que esto es lo más extraño; quiero decir, tanta contradicción. Claramente, ha estado clínicamente muerto durante un período prolongado. Básicamente, se está descomponiendo, por el amor de Dios. Si no fuera por el frío, se estaría desmoronando por completo... Y, sin embargo, los músculos esqueléticos parecen haber estado

funcionando hasta hace muy poco. ¿Cómo es eso posible?

—Es más que posible que las fibras musculares reciban y reaccionen a impulsos eléctricos del sistema nervioso, incluso después de la muerte cerebral —dice Dahl—. Lo sabes tan bien como yo, Goran.

—De eso no estamos hablando aquí, sin embargo —interviene el tercer médico. Solo ahora Aksel se da cuenta de que es una mujer—. El tipo ha sido capaz de moverse, caminar, incluso. Y lo hizo sin absolutamente ninguna circulación. El sistema respiratorio falló hace mucho tiempo.

—Exactamente —dice el otro médico, Goran, extendiendo los brazos —. ¡Y lo único que parece relativamente intacto hasta ahora es, irónicamente, el cerebro! —Le sale una risa aguda—. Quiero decir, esto no tiene sentido. Esto... esto es algo sin precedentes. ¡Vamos a reescribir la historia médica aquí!

Dahl se da la vuelta y lo señala con las pinzas.

—Escucha, Goran, no te pedí que vinieras para esto. Esperaba que fueras más profesional. Si alguno de nosotros habla de esto con alguien fuera de esta sala, habrá aún más…

—Dahl, aparentemente, percibe a Aksel parado ahí, porque de repente gira la cabeza. Aksel puede distinguir los ojos de Dahl a través del visor—. ¡Dios, Larsen! ¿Qué demonios haces aquí?

—Lo siento —dice Aksel, fingiendo que acaba de entrar en la sala—. No sabía que ya tenías asistencia. Me dijeron que me necesitabas.

—Si te necesitara, te habría llamado directamente.

—Lo siento. ¿Quieres que me vaya?

—Está bien —dice la doctora de manera despreocupada—. Ya está vestido, y podemos usar a alguien para llevar estas muestras al laboratorio. Yo, ciertamente, no voy a salir de esta sala hasta que sepamos qué está pasando con este tipo.

Aksel se acerca. Incluso abstraído del hecho de que el cráneo del tipo ha sido abierto y su cerebro es visible, ya era un espectáculo horrible de contemplar: ojos negros, dientes amarillos, labios retraídos, piel verdosa.

«Mierda, ¿cómo pudo Jakob pensar que era una buena idea arrastrar a este tipo?».

Aksel toma la bandeja que la doctora le entrega. Las bolsas contienen de todo, desde dientes hasta tendones, uñas de los pies y lo que parece un trozo de lengua. Es la colección más extensa de muestras que Aksel haya visto jamás.

—Entonces, es un parásito, ¿verdad? —pregunta, aclarando la garganta. Goran resopla.

—Si esto es un parásito, entonces yo soy el rey.

—Yo sigo apostando por una infección —dice la mujer—. Alguna nueva variación de la peste septicémica, tal vez.

—No estamos formulando teorías todavía —gruñe Dahl—; no hasta que tengamos todos los datos. Ahora, por favor…

Se oye un grito proveniente de algún lugar cercano. Es corto y abrupto, pero lo suficientemente fuerte como para que los tres médicos se detengan y se miren entre sí.

—¿Quién ha sido ahora? —pregunta Goran, mirando hacia las puertas.

—Parecía como si alguien se hubiera dejado caer un ladrillo en el pie —dice la mujer.

—Larsen, ve a comprobar con el que está de guardía ahí fuera —dice Dahl—. Deja las muestras.

13

—Tranquilo, cálmate, está bien.

Jakob abre los ojos y ve a una joven con uniforme de enfermera. La ha visto antes en algún lugar, pero no recuerda su nombre. Ella sonríe de una forma que lo tranquiliza.

—Tuviste una pesadilla. Pasaba por tu habitación y te oí hablar en sueños.

Jakob traga con dificultad y mira a su alrededor. Está de nuevo en el hospital. El mensaje del sueño sigue muy vivo en su mente.

—¿Dónde está Viggo? —pregunta con voz ronca.

—¿Quién es? —pregunta la enfermera.

—Mi amigo. El que... murió.

El rostro de la chica cambia.

—Oh. Lo siento mucho. ¿Soñaste con él?

—¿Dónde está? —insiste Jakob, agarrando la muñeca de la enfermera—. ¡Es realmente importante que me lo digas!

La chica se sorprende un poco.

—Escucha, deberías calmarte. Has pasado por mucho, y...

—¿Dónde está? —Jakob casi está gritando ahora.

—Está aquí —le dice la enfermera, soltando suavemente su agarre —. No necesitas preocuparte por él. Ahora está en paz.

Jakob respira rápido por la nariz.

—¿Dónde está Aksel? Necesito hablar con mi hermano.

Realmente, no espera que la enfermera tenga idea de dónde está Aksel, pero, para su sorpresa, ella le responde.

—Axe bajó a la morgue.

Una oleada de miedo recorre el vientre de Jakob.

—La morgue... ¿Es ahí donde está Viggo?

—Así es. Puedo llamar a tu hermano si quieres...

—¡Sí, llámalo! ¡Llámalo ahora mismo y dile que salga de ahí!

14

Debido a la música en sus oídos, a Mikkel le lleva unos minutos darse cuenta del sonido de los golpes.

Su turno terminó hace dos horas, y no está particularmente felíz de seguir aquí: no es que las horas extra se paguen bien. Y se suponía que iba a tener una videollamada con un chico de Suecia que conoció a través de un juego. Ya le ha enviado un mensaje, diciéndole que llegará tarde.

No es fácil encontrar chicos con los que tengas química, y Mikkel siente que realmente conectan. Espera de verdad que esto no signifique que ha quemado su oportunidad de ligar. Tal vez, si se lo compensa de alguna manera, todavía puedan…

Cuando termina una canción, hay una pausa de unos segundos y finalmente Mikkel escucha los golpes. Se saca los auriculares y escucha. El sonido vuelve. No proviene de la sala de autopsias, sino de algún lugar más cercano.

Mikkel se pone de pie, dejando el teléfono en la silla. Se dirige hacia la puerta de la morgue. Se detiene y escucha. Otro golpe. Definitivamente viene de la morgue.

¿Qué demonios? ¿Quién es? Ni siquiera vi a nadie entrar en la sala…

Mikkel ha estado aquí abajo desde que trajeron los dos cadáveres, y eso fue… ¿qué, hace cuatro horas? ¿Había alguien ya en la morgue? ¿Qué han estado haciendo ahí todo este tiempo?

La explicación lógica, por supuesto, es que uno de los médicos de la sala de autopsias bajó aquí sin que Mikkel se diera cuenta. Estaba algo absorto en su teléfono, así que no es imposible que, simplemente, no los viera o escuchara.

Aún así… ¿qué están haciendo ahí dentro? ¿Qué está produciendo esos golpes sordos?

—¿Hola? —pregunta, aclarando su garganta—. ¿Qué está… pasando ahí dentro?

La persona debe poder oírlo a través de la puerta, pero no responden. Solo sigue golpeando.

Mikkel mira el ascensor y luego a la sala de autopsias, inseguro de qué hacer. Es un caso de estar condenado si lo haces y, si no lo haces, también. Puede ir a contarle a Dahl sobre esto, pero no solo significaría abandonar su puesto, sino que también interrumpiría al malhumorado forense en su trabajo, lo cual nunca es una buena idea. Además, Dahl probablemente le pediría que fuera a comprobar el sonido de todos modos. Así que Mikkel respira hondo y empuja la puerta para abrirla.

La sala parece como siempre. Bien iluminada, limpia y vacía. Acero y linóleo. La pared este tiene tres filas de armarios rectangulares, todos claramente numerados del 1 al 12; pero, aparte de eso, la sala está vacía.

Mikkel se detiene, perplejo. Estaba seguro de que encontraría a alguien aquí. Estaba seguro de que el sonido… Ahora vuelve a sonar, más fuerte, y Mikkel salta. Mira los armarios de acero.

Cuando era niño, Mikkel solía tener una pesadilla en la que lo enterraban vivo. Incapaz de moverse o hablar, estaría completamente despierto y consciente mientras su familia se reunía a su alrededor para despedirse. Luego, cerraban el ataúd y lo bajaban a la tierra. El sonido de la tierra cayendo encima lo haría entrar en pánico y despertarse. Ahora, se siente como si estuviera de vuelta en esa pesadilla.

Mierda, alguien no está realmente muerto. Mikkel no tiene idea de cómo ha sucedido, pero sabe que los errores ocurren en todas las áreas, también en el campo médico. Y algún médico obviamente diagnosticó erróneamente a algún pobre paciente como muerto cuando no lo estaba.

—Está bien —se oye decir Mikkel, corriendo hacia los congeladores —. Te sacaré de ahí. ¿En cuál estás?

Se da cuenta de inmediato de que es una pregunta estúpida. ¿Cómo lo sabría la persona, si estaban inconscientes cuando los trajeron aquí? Además, si pudieran hablar, ya habrían pedido ayuda. En cambio, solo están golpeando la puerta desde dentro.

Como si sus pensamientos lo hubieran causado, se oye un gemido bajo y miserable proveniente de uno de los armarios. El tipo está sufriendo. Probablemente se esté asfixiando ahí dentro. Tengo que darme prisa.

Acerca su oído al número 1 cuando suena otro golpe, claramente del otro extremo de la pared. Mikkel va al número 4 y escucha. Otro golpe. Desde abajo. Se agacha y coloca ambas manos sobre el número 8. Y siente el siguiente sonido. Su corazón, que ya late rápido, da un salto.

—Está aquí —murmura, hurgando con la manija.

Tiene una cerradura, Mikkel no sabe por qué, y no puede averiguar de inmediato cómo abrirla. Finalmente, lo consigue y gira la manija. No está seguro de qué esperaba ver. Solo ha visto abrir un armario de morgue en la televisión, en programas de crímenes y cosas por el estilo. En las películas, la persona muerta suele estar acostada boca arriba, desnuda, con una etiqueta de papel atada al dedo gordo del pie.

Lo que se encuentra ahora es muy diferente. La persona está viva, desde luego. Al menos, se está moviendo. Ha logrado voltearse sobre

su estómago, y sus pies están sacudiéndose espasmódicamente. A la brillante luz del techo, Mikkel puede decir de inmediato que la piel es verde, con las venas visibles por debajo.

Entonces, aparecen un par de manos y, por un momento, Mikkel tiene dificultades para procesar lo que está viendo: parece que hay dos tipos ahí dentro. Sin embargo, se da cuenta de que el tipo ha logrado doblarse en lo que parece un ángulo terriblemente doloroso. Sin embargo, no parece molestarle mientras agarra el marco y se arrastra fuera. La parte inferior del armario le sigue y, cuando aparece la cara, el cerebro de Mikkel se desconecta. En un instante, se da cuenta de que ha metido la pata gravemente. Grita, pero solo logra llegar a la mitad del grito antes de desmayarse y caer al suelo.

15

Aksel vuelve al pasillo y encuentra la silla de Ranfelt vacía. Por lo que puede ver, no se han retirado trajes del perchero, lo que significa que nadie más ha bajado hasta aquí.

Curiosamente, ve el teléfono y los auriculares de Ranfelt sobre la silla. ¿Se fue a mear? Solo hay un baño aquí abajo, y está al final del pasillo este, lo que significa que…

El teléfono de Aksel vibra en su bolsillo. Con el traje puesto, no puede alcanzarlo fácilmente. Probablemente sea solo papá llamando de nuevo. Así que lo deja sonar y está a punto de girarse e irse cuando se oye un sonido desde dentro de la morgue. Es casi como un gruñido.

Aksel duda, mira la puerta. Es una puerta normal, de madera, sin ventanas. No se puede cerrar con llave, y la manija es una barra ancha y horizontal. Todo lo que necesitas hacer para abrirla es empujar; o, si estás dentro, tirar.

Otro sonido. Este es diferente. Húmedo. Como si alguien se relamiera. ¿Qué demonios?

—¿Mikkel? —pregunta Aksel—. ¿Eres tú ahí dentro?

Ninguna respuesta.

Escuchando con atención, Aksel puede oír más de esos ruidos húmedos. Le recuerda a algo que oyó la noche anterior: el gato de Frida, comiendo la comida enlatada que le sirvió.

La primera idea lógica de Aksel es que algún animal ha bajado aquí de alguna manera: un zorro o un perro callejero, tal vez, pero eso no tiene sentido en absoluto. Un animal salvaje nunca llegaría a un hospital sin ser visto, mucho menos usaría el ascensor hasta el sótano.

Entonces, otra idea se le presenta en la mente. Algo que tiene aún menos sentido, pero que de alguna manera parece más probable.

Esa palabra. La que usó su hermano: “zombi”.

Vamos, hombre, se dice Aksel, sonriendo. ¿Qué eres, un niño de ocho años? Los zombis no existen.

Para convencerse a sí mismo, da un paso adelante y está a punto de empujar la puerta para abrirla, justo cuando su teléfono vuelve a vibrar. Aksel mete su brazo en la manga y alcanza su bolsillo. Saca el teléfono y ve el nombre de Frida en la pantalla. Contesta.

—¿Sí?

—Creo que deberías volver aquí arriba —puede notar que está algo angustiada.

Su estómago se hunde de inmediato—. ¿Por qué? ¿Está Jakob bien?

—Está bien, solo que está muy alterado. Dice que no deberías acercarte a Viggo. Que es… peligroso o algo así.

Entonces, se oye otro gemido desde la morgue y, esta vez, Aksel

puede decir que no es un animal el que hace el sonido. Es humano, aunque no usa palabras.

—¿Aksel? —pregunta Frida en su oído—. ¿Sigues ahí?

—Sí —murmura Aksel, empujando la puerta para abrirla—. Sí, todavía… oh, joder.

Lo que ve es una escena de una película de terror.

Mikkel está allí, en el suelo. Son sus estúpidas zapatillas las que lo delatan. Aparte de eso, Aksel no tiene otra manera de identificarlo, porque su cara ya no está. La persona que está allí, agachada, inclinada sobre Mikkel, se la ha comido, y ahora está ocupado con su hombro.

—¿Viggo? —pregunta Aksel, estúpidamente—. ¿Eres tú?

Puede decir que es Viggo. Tanto por su cabello rizado como por la oreja que le falta. Viggo está desnudo. Su piel ha adquirido un tono desagradable, verde pálido, igual que el tipo en la sala de autopsias.

Viggo no responde ni se da la vuelta. Está demasiado ocupado arrancando tendones y músculos con los dientes, masticando y tragando con avidez, mostrando el entusiasmo de un niño hambriento devorando pollo frito.

Aksel se fija en el armario abierto. Mikkel lo abrió, lo dejó salir.

Desde algún lugar lejano, Frida sigue diciendo su nombre. Aksel logra levantar el teléfono de nuevo hasta su oído, y gime unas palabras.

—Frida, escúchame. Lo que sea que Jakob esté diciendo, tiene razón. Creo que deberías llamar a la policía. Que cierren el hospital.

Frida dice algo, pero Aksel no lo oye porque, en ese momento, algo sucede. Viggo deja de masticar. Levanta la cabeza y parece escuchar. Sus movimientos son inciertos, espasmódicos.

No es que Aksel haya hecho algún ruido fuerte; es, más bien, como si Viggo simplemente hubiera perdido interés en Mikkel y, de repente, volviera a prestar atención a su entorno inmediato; y, cuando gira la cabeza, sus ojos negros se fijan en Aksel, lo que hace a este sentir que su interior se convierte en agua.

La mitad inferior de la cara de Viggo brilla con sangre fresca, trozos de piel están atrapados en sus dientes mientras los enseña en un gruñido dirigido a Aksel. Entonces, Mikkel se pone de pie y va hacia él.

16

Tom apenas finge escuchar la charla incesante de su compañero. Si tuviera que hacer una lista de formas en las que le gustaría pasar su sábado, esto estaría en el último lugar: subiendo una colina, congelándose bajo el abrigo con las pantorrillas ardiendo. Añádele a eso la perspectiva de que tendrá que lidiar con lo que, muy probablemente, se convierta en una tormenta de mierda antes del anochecer.

—¿Por qué tuvo que aparecer ese cabrón muerto en mi distrito?

Tom ha sido el sheriff del condado de Torik durante casi diez años, sirviendo como ayudante cinco años antes de eso. Nació y se crió aquí, y nunca le había pasado nada parecido. Lo más loco con lo que había lidiado era con aquel tipo que casi mató a su esposa a golpes. Ah, y aquella pareja que fue asesinada por un oso durante un picnic. Eso ya fue bastante malo, pero no era algo que despertara la curiosidad nacional como esto. Un tipo congelado encontrado en el bosque, despertando para causar estragos, portando alguna enfermedad desconocida. Ahora eso era material de primera plana. Tom ya ha recibido tres llamadas de periodistas.

—Así que, cuando finalmente instalé la rueda… Así es como la llaman, ¿sabes? Esa mesa redonda que gira, debí haber hecho algo mal con el cableado, porque giraba demasiado rápido —Jungersen, que tiene diez años menos que Tom y, obviamente, muchos menos problemas para subir la colina, se ríe a carcajadas—. La primera vez que ella trató de lanzar una maceta, ¡la cosa entera salió volando, directamente contra la pared! ¡Plop! El sonido que hizo, te digo, fue hilarante.

—Seguro que lo fue —murmura Tom, deteniéndose para mirar alrededor, fingiendo no estar sin aliento—. ¿Ves la cabaña por algún lado?

Jungersen, finalmente, deja de hablar y echa un vistazo alrededor. Pasan un poco de las dos y el día está en su punto más brillante; aunque el cielo se ha despejado y el sol brilla sobre el bosque, todo aún reluce con escarcha.

—¡Sí! —dice Jungersen, señalando—. ¡Creo que la veo!

Tom mira en la dirección en la que su compañero está gesticulando, sin verla al principio. Luego, mirando más de cerca, distingue un cuadrado marrón medio escondido detrás de un enorme pino.

—Ah, claro —murmura, pensando: «¿cómo demonios la vio desde aquí? Tengo que hacerme un chequeo de la vista. Hombre, envejecer apesta».

Caminan los últimos pocos cientos de metros. Cuando llegan a la

cabaña, Jungersen finalmente deja de balbucear sobre las aventuras de cerámica de su esposa. En su lugar, mira a Tom.

—Entonces, ¿tratamos esto como una escena del crimen?

—Si con eso quieres decir que no hacemos demasiado lío, entonces sí. Pero no te emociones demasiado ahora. Realmente, no espero encontrar nada.

—Entendido. Dime qué necesitas que haga.

—Por ahora, solo necesito que te quedes callado —dice Tom, acercándose a mirar por la puerta abierta.

Es una vieja cabaña de cazadores. Una de esas construidas a principios de siglo con nada más que roble y excelente artesanía, del tipo que ya no se ve. No hay nada que ver, excepto cinco cosas que Tom nota de inmediato: la cuerda aún atada a la viga, las marcas de garras en la misma, el serrín y la suciedad en el suelo, la silla volcada y las botas del tipo.

Tom saca su teléfono y trata torpemente de activar la cámara.

—¿Por qué demonios no funciona esta maldita cosa?

—Eh, no puedes hacerlo con los guantes puestos, Tom.

—Ah, claro. Lo sabía.

Con desgana, se muerde el guante y consigue sacar algunas fotos.

—Eso es extraño, ¿verdad? —pregunta Jungersen, señalando por encima del hombro de Tom hacia la viga—. Esas marcas en la madera. ¿No decían algo sobre que al tipo le faltaban las puntas de los dedos?

—Sí, eso dicen —dice Tom, irritado porque Jungersen también lo ha entendido—. Supongo que ya sabemos qué pasó con ellos ahora —señala hacia el suelo—. Por lo que puedo decir, esas son uñas.

La expresión en el rostro de Jungersen al distinguir las uñas rotas entre las virutas de madera tiene un cierto grado de satisfacción para Tom.

—Joder. ¿Por qué haría eso?

—Eso es lo que debemos averiguar —sintiendo que Jungersen lo quema desde atrás, Tom continúa—. ¿Por qué no revisas los alrededores? Mira a ver si encuentras algo interesante.

—Claro —el deleite en la voz de Jungersen hace que Tom quiera patearlo; pero, al menos, el tipo se aleja y comienza a buscar alrededor de la cabaña.

—Muy bien —murmura Tom, agachándose—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Se sienta allí durante medio minuto, cavilando. Trata de imaginar al tipo colgando allí, balanceándose de un lado a otro, azul en su cara.

Tom se inclina y recoge un trozo de madera de la viga. No está podrida ni siquiera muy desgastada, y tampoco ha sido comida por gusanos o termitas, lo que significa que la viga es tan fuerte como parece. ¿Cómo demonios logró el tipo arañar hasta la mitad de ella?

Algo no cuadra aquí. Le molesta aún más. Realmente, esperaba que no hubiera más giros en este caso, que sería algo fácil; pero esto solo añadió más misterio.

Primero lo primero: ¿cómo rastreamos dónde vivía este tipo? No había sido posible identificar el cadáver, y no era muy probable que alguna vez lo hicieran. El tipo no había sido reportado como desaparecido, lo que significa que probablemente era un ermitaño que vivía solo por aquí. Si nunca había hecho nada ilegal, ni siquiera tendrían su ADN registrado.

Tom mira la silla. Es un modelo antiguo, nada realmente especial en ella. Podría haber venido de cualquier casa antigua de estos lares. Lo único que revela es que el tipo sabía lo que iba a hacer cuando vino aquí. ¿Por qué si no traería una cuerda y una silla?

Tom coge un palo e, inclinándose hacia adelante, consigue arrastrar una de las botas. La gira y mira la suela, sin estar realmente seguro de lo que espera encontrar. Lo que encuentra lo hace detenerse.

—Oye, Jungersen.

Su compañero regresa en cuestión de segundos.

—¿Sí, Tom?

—Mira esto, ¿quieres? Lo que hay en las ranuras aquí.

Jungersen se agacha junto a él.

—Vaya. Eso es curioso.

—Sí, también lo pensé. Eso es arcilla seca, ¿no?

—Diría que, definitivamente, lo es.

—¿Y qué color te parece?

—Es turquesa.

Tom le lanza una mirada.

—Esa es una palabra elegante para decir “azul”, ¿verdad? ¿No dijiste que tu esposa consiguió un poco de arcilla azul recientemente?

Jungersen asiente, frunciendo el ceño.

—Lo hizo.

—¿Entonces?

Jungersen parpadea.

—¿Entonces, qué?

—Entonces, ¿de dónde la sacó?

Jungersen piensa por un momento.

—Fue una mujer mayor quien se la vendió. La había sacado de su propio jardín, según recuerdo. No estoy seguro de dónde vivía, pero no era en la ciudad. Era de algún lugar al otro lado de la colina.

Tom siente que algo se afloja en su interior. Por primera vez en el día, sonríe.

—¿Sabes lo que eso significa, verdad?

—¿Que tenemos que encontrar a la mujer?

—Eso también. Pero también significa que esto podría ser el

problema de otro.

—¿A qué te refieres?

Tom se endereza, dando un gruñido mientras sus rodillas crujen.

—El otro lado de la colina no es el condado de Torik. Si el tipo vivía allí, no importa que se haya matado en nuestro territorio. Será el sheriff de allí quien tenga que encargarse del caso —la perspectiva de lavarse las manos de todo esto en cuestión de horas le llena de una energía repentina.

—Oh. Bueno, eso es casi una pena —dice Jungersen, encogiéndose de hombros—. Pensé que era muy interesante, ¿sabes? Finalmente, algo fascinante.

—¿Fascinante? —repite Tom, levantando una ceja—. ¿Comparado con qué, la cerámica casera? —Antes de que Jungersen pueda responder, Tom se da la vuelta y comienza a bajar la colina de nuevo —. Venga, nos vamos.

17

Aksel se encuentra retrocediendo, sus piernas moviéndose por sí solas. Aparentemente, están decididas a sacarlo de aquí, aunque no puede apartar los ojos de Viggo; o, más bien, de lo que solía ser Viggo, porque el pobre chico está muerto; eso es dolorosamente obvio.

Aksel ha visto suficientes cadáveres para saberlo, incluso si este se está moviendo.

Aksel también ha visto muchas películas de zombis. Estuvo algo obsesionado con los monstruos no muertos durante un tiempo, así que está familiarizado con los diferentes tipos de zombis: los arrastradores, los veloces, los gritones, los gemidores.

Viggo es, definitivamente, del tipo más lento. Sus movimientos son torpes, tambaleantes, pesados; y los sonidos que salen de su garganta son apagados, guturales, tal como uno esperaría que se moviera y sonara un cadáver, lo cual es una suerte porque, si hubiera sido más rápido, Aksel podría no haber tenido tiempo de apartarse.

Choca contra la pared. Viggo emite un gruñido y aumenta su velocidad, extendiendo los brazos, ansioso por cerrar la distancia entre ellos.

—¡Aléjate de mí! —suelta Aksel, saltando de lado y tropezando al salir por la puerta hacia el pasillo.

Durante medio segundo, considera correr hacia el ascensor. Lo ve todo claramente: cómo puede escapar sin problemas. Simplemente, dejar a Dahl y a los otros dos doctores para que tengan una desagradable sorpresa. Podría subir corriendo, encontrar a Jakob y Frida y salir del hospital antes de que la cosa empeore, excepto que no puede hacer eso. Así que, en lugar de eso, corre hacia la sala de autopsias, irrumpiendo por las puertas.

—¡Dahl!

—¿Qué demonios, Larsen? —Dahl se da la vuelta para mirarlo, incrédulo—. ¿Por qué estás…?

—¡Escúchame! —dice Aksel, respirando rápido—. ¡Todos ustedes!

Dahl, no acostumbrado a ser interrumpido, parpadea sorprendido. De repente, Aksel tiene toda la atención de los tres doctores. Es entonces cuando se da cuenta de que tiene unos veinte segundos para explicar la situación, para hacerles entender el tipo de peligro en el que están.

—Esto es muy serio —empieza—. El chico que murió en el accidente... se ha reanimado, pero no realmente. Es un zombi; eso significa que sigue muerto, pero se mueve. Es muy, muy peligroso. No podéis tocarlo. Os atacará. Su único impulso es comer carne, y él...

—¿Qué demonios estás diciendo? —interrumpe Goran, negando con

la cabeza con incredulidad—. ¿El paciente despertó?
—Sí, pero no es lo que piensas. Como dije…
—¿Dónde está ahora? —pregunta Dahl, frunciendo el ceño.
—Está viniendo —dice Aksel—. Está viniendo a por nosotros.
Como si hubiera sido impulsado por la introducción, Viggo empuja las puertas detrás de él. Aksel ya se ha apartado, y retrocede aún más mientras el cadáver entra tambaleándose en la sala.
—Jesucristo —exclama Goran—. Realmente, no está muerto...
—¡Sí, lo está! —insiste Aksel—. ¡Escuchadme! Esto no es una especie de enfermedad. Está muerto, y va a…
—Cállate, Larsen —gruñe Dahl, dando un paso adelante—. Tenemos que ayudarlo. Goran, el segundo cajón. Busca el lorazepam. Yo lo sujetaré.
Viggo se dirige hacia Dahl, extendiendo los brazos.
—¡No, Dahl, no! —grita Aksel, pero es demasiado tarde.
Dahl y Viggo se encuentran en lo que parece un abrazo torpe. Dahl agarra a Viggo por los hombros, tratando de forzarlo de lado y al suelo. Viggo, sin embargo, se aferra a los brazos de Dahl, estirando el cuello hacia adelante, alcanzando con la boca la cabeza y el pecho de Dahl, sus dientes chasqueando audiblemente.
—Está completamente delirante —dice Dahl, logrando arrodillar a Viggo, inclinándose para ayudar al chico a caer al suelo lo más suavemente posible—. ¿Dónde está esa inyección, Goran?
El otro doctor, finalmente, entra en acción, hurgando en el armario de acero. Saca una jeringa y un frasco. Aksel, simplemente, se queda allí, arrinconado en la esquina, viendo cómo se desarrolla la escena. Lo mismo hace la doctora, solo que en el extremo opuesto.
Aksel ve su propia incredulidad reflejada en el rostro de ella también.
Mientras el doctor se acerca con la jeringa ya llena, Dahl ha logrado inmovilizar a Viggo de una manera más o menos humana, cruzando sus brazos sobre su pecho y apoyándose en sus caderas con una pierna. La cabeza de Viggo aún está libre y puede moverse, y lucha por alcanzar a Dahl. Parece que el traje, a pesar de los intentos de Viggo de rasgarlo, no tiene desgarros, y Dahl no ha sido arañado ni mordido. Sin embargo, no aguantará para siempre. Claramente, no es una tela resistente; está pensada solo para mantener alejadas las bacterias, no para defenderse de ataques de uñas y dientes.
—Sujétale la cabeza —instruye Dahl, mientras Goran se agacha junto a él—. Se va a hacer daño.
Aksel está a punto de estallar en una risa aguda. La situación ya era surrealista. Ahora, con los doctores intentando sedar lo más suavemente posible a un hombre ya muerto cuyo único interés es comerles la cara, está volviéndose una locura.

«Son doctores», piensa. «Tienen décadas de formación médica. Solo ven a un paciente. ¿Cómo demonios los convenzo de lo contrario?»

—Realmente, no creo que eso funcione —se oye decir.

Goran está intentando meter su mano enguantada debajo de la cabeza de Viggo para evitar que se golpee la cabeza contra el suelo, mientras Dahl sigue ocupado manteniendo al chico bajo control.

—Cuidado —gime Dahl—. Tenemos que asumir que es contagioso. No dejes que…

—¡Ay! —grita Goran, mientras Viggo hace exactamente lo que Dahl intentaba advertirle.

El doctor retira la mano, y hay un sonido de desgarramiento cuando la manga se rompe. Viggo ha conseguido morder con fuerza la parte blanda del interior de la muñeca de Goran. Al apartar el brazo, la arteria radial debe haberse roto, porque un chorro de sangre salpica el rostro de Viggo. Goran da un grito de dolor y de sorpresa. Dahl también ruge. La doctora se queda sin aliento, llevándose las manos a la mascarilla.

Viggo, por otro lado, parece ser el único que disfruta de la experiencia. Está lamiendo con ansia la sangre que le cae encima.

—Santo cielo —gime Dahl entre dientes apretados—. ¡Te dije que tuvieras cuidado, maldita sea!

—Hostias, me ha pillado bien —respira Goran, apretando su mano sobre la muñeca, tratando de detener la sangre—. Necesito... necesito desinfectar esto...

—Dame la aguja, Goran.

Goran, distraído, le entrega la jeringa a Dahl; luego, se pone de pie y se tambalea hacia el armario.

—Ayúdame aquí, Annemarie.

La doctora parpadea, gira la cabeza y mueve los brazos, pero no se aparta de su lugar contra la pared. A Aksel le parece un robot que intenta recuperar el control de su propio sistema, pero sin éxito.

Goran comienza a hurgar de nuevo en los cajones, mientras Dahl logra quitar el tapón protector de la aguja usando el hueco de su otro brazo, que aún sostiene los brazos de Viggo. Dahl ha ganado una ventaja momentánea, ya que Viggo está ocupado intentando lamerse la cara.

—¿Dónde demonios está el etanol? —grita Goran, abriendo el siguiente cajón—.

Para poder buscar en el armario, no puede sostener correctamente la herida, y está sangrando mucho, formándose un charco alrededor de sus botas.

«Todo esto se está yendo al carajo», piensa Aksel. «Debería haber salido corriendo».

Aún puede hacerlo. Excepto que no puede dejar de ver cómo se

desarrolla la situación.

Goran encuentra una botella de plástico y quita la tapa. Vierte el líquido en abundancia directamente sobre la herida, resoplando de dolor. Luego, agarra un rollo de vendaje y comienza a cubrir la muñeca.

Dahl clava la aguja en el cuello de Viggo, administrando toda la dosis. Y, para sorpresa de Aksel, Viggo realmente deja de luchar. Sigue moviéndose por unos segundos, su mandíbula abriéndose y cerrándose; sus ojos parpadean, se abren, vuelven a parpadear y luego se cierran. Un largo y prolongado gemido escapa de él.

Dahl mantiene la sujeción durante un momento más, asegurándose de que sea seguro antes de soltarlo. Los brazos de Viggo caen a sus costados.

—Dios mío —murmura Dahl, apoyándose sobre sus talones, negando con la cabeza—. Nunca había visto algo así —parece que está hablando consigo mismo.

—Creo que... creo que estoy bien —dice Goran, mostrando su brazo recién vendado—. Necesitaré algunos antibióticos, solo para estar seguro.

Empieza a dirigirse hacia las puertas, pero luego tambalea y casi se cae.

—Siéntate —le ordena Dahl—. Has perdido mucha sangre, Goran. Llamaré a alguien para que te ingresen; pero, por ahora, necesitas seguir aislado. Lo que significa…

En ese momento, la situación pasa de estar relativamente tranquila a ser un caos total. Viggo se incorpora tan bruscamente que parece haber sido despertado por una descarga de adrenalina. Sucede tan rápido que nadie más que Aksel lo ve. Dahl, todavía arrodillado junto al chico, tiene su atención puesta en su colega, así que no ve cuando Viggo abre la boca de par en par y se inclina hacia adelante. Solo cuando sus dientes rasgan la tela y se clavan en su cuello es que Dahl ruge de dolor.

18

—¡Aléjate de mí!

Hay algo en la voz de Aksel que Frida nunca ha oído antes: miedo. Ya no parece prestar atención a su teléfono; parece que lo ha vuelto a guardar en su bolsillo, los sonidos amortiguados y distantes. Ella puede escuchar pasos, a alguien gimiendo.

—¿Qué ha dicho? ¿Está bien?

Frida se gira para mirar a Jakob. Él está sentado ahora y su expresión es de preocupación, casi de pánico.

—Yo... yo creo que sí —murmura Frida, tratando de no dejar que su propio miedo se note. Ella desconecta la llamada y cruza los brazos.

—Bueno, ¿qué ha dicho? —exige Jakob.

—Dijo que... —Frida traga con esfuerzo, no quiere preocuparlo.

Ha pasado por mucho y lo último que necesita es alterarse aún más; pero lo que sea que esté pasando en el sótano es obviamente serio, y todos podrían estar en peligro. No quiere mentirle.

—Que cierren el hospital —había dicho Aksel.

Cuando ella le preguntó qué estaba sucediendo exactamente, él no respondió. Pero ella le conoce lo suficiente como para saber que nunca diría algo así a la ligera. Generalmente, es relajado, sensato. Si sentía que había una razón real para hacer algo tan drástico...

—¿Qué ha dicho? —pregunta Jakob de nuevo—. ¡Dímelo!

—Dijo que... que tenías razón —ella lo mira directamente a la cara —, que deberíamos hacer que... que entren en un confinamiento de emergencia.

Jakob toma una bocanada de aire aguda; luego, empieza a hiperventilar —lo sabía... lo sabía... Viggo tenía razón... Esto va... esto va a terminar mal...

—Está bien —dice Frida, tratando de tranquilizarse a sí misma también—. Iré a hablar con alguien.

—No, no hay tiempo —dice Jakob, quitándose la manta y balanceando sus piernas por el borde de la cama—. Tenemos que salir de aquí, ahora mismo...

—Espera —dice Frida. Ella da un paso adelante y logra atraparlo justo cuando está a punto de desplomarse al suelo—. No vas a ir a ninguna parte. Necesitas quedarte aquí y dejarme a mí...

—¡No puedo! ¡No podemos quedarnos! ¿No lo entiendes? ¡Se propagará a todos en este edificio! ¡Podría ser cuestión de minutos! ¡Si no salimos ahora mismo, será demasiado tarde!

—¡Vale, vale! —Frida sube la voz, casi gritándole, y finalmente él se calla—. Escucha. Nos iremos, ¿vale? Si esto es tan serio como ha dicho Aksel, te sacaré de aquí.

Jakob parece un poco menos inquieto, pero aún respira con rapidez.

—Sin embargo —continúa ella—, hay cientos de personas más en este hospital. También tengo que pensar en ellos, lo que significa que primero tendré que hablar con alguien; luego, tal vez, llamar a las autoridades.

Jakob empieza a sacudir la cabeza.

—No te creerán. No lo entenderán.

—Haré lo mejor que pueda para hacerles entender —dice ella—; pero, primero, necesitas ayudarme a entender a mí. Así que dime... ¿qué demonios es esto?

19

Las carreteras son horribles por aquí. Como tan poca gente las usa, apenas se mantienen transitables.

Tom conduce tan rápido como se atreve, evitando los baches en el asfalto. Aún así, el trayecto alrededor de la colina lleva casi una hora.

—No puedo creer que notaras el color de la arcilla —dice Jungersen —; quiero decir, es casi como en *Miami Vice*.

Tom resopla.

—Excepto por el clima.

—Pero imagina si esta pista da resultado —continúa Jungersen—. Si encontramos a este tipo basándonos en unos pocos gramos de arcilla bajo su bota, eso sería increíble.

—Sí, bueno, no nos hagamos ilusiones todavía.

A pesar de eso, Tom no puede evitar tener esperanzas. Nada le gustaría más que llamar al sheriff del condado vecino y decirle: «te toca», y luego volver a casa. Incluso podría llegar a tiempo para ver una película antes de que Susanne llegue. Estos días, unas pocas horas solo en su sillón La-Z-Boy, bebiendo whisky y viendo la televisión es realmente todo lo que pide. La vida se vuelve más simple a medida que envejeces, y todos esos sueños y ambiciones agotadoras, finalmente, mueren.

—Ahí está Bodum —dice Tom mientras aparecen las primeras casas en la carretera—. ¿Tienes ya esa dirección?

Jungersen revisa su teléfono.

—Sí, ella acaba de enviarla. Gamlagata, número once.

Al entrar en el pueblo, Tom reduce la velocidad y presta atención a los carteles de cada calle lateral. Bodum es como un vertedero triste: casas viejas con gente mayor viviendo en ellas, esperando morir; ni una tienda, ni una escuela, ni siquiera una parada de autobús a la vista.

—Ahí —dice Jungersen, señalando—. Gamlagata.

Giran a la izquierda, conduciendo aún más cuesta arriba. La carretera estrecha los lleva de nuevo hacia el borde del pueblo. La última casa tiene el número 11 pintado en una piedra cubierta de musgo.

—¿Es aquí? —pregunta Tom, aparcando el coche.

—Supongo que sí —dice Jungersen, encogiéndose de hombros—. Yo nunca vine aquí, ella lo recogió sola.

—Entonces, vamos a averiguarlo.

Salen del coche. Tom nunca lleva uniforme si puede evitarlo y, la mayoría de los días, puede. Su coche también parece civil, lo único que lo delata son las matrículas. Aún así, está seguro de que, al menos,

algunos de los vecinos han notado el vehículo desconocido y, probablemente, los están observando desde sus ventanas ahora mismo. El número 11 está bastante bien ubicado, con setos altos enmarcando la propiedad y un par de viejos abedules inclinándose sobre el tejado.

El nombre en el buzón dice "H & H Petersen". Una pareja mayor, sin duda.

—¿Simplemente llamamos? —pregunta Jungersen, deteniéndose frente a la puerta. Es una de esas puertas antiguas de caoba, maciza e imposible de derribar con algo menos que una excavadora.

—Bueno, ¿qué otras sugerencias tienes? ¿Deberíamos empezar a cantar un villancico y esperar que nos escuchen?

Jungersen no parece registrar el comentario sarcástico.

—Es solo que, si se presentan dos policías, podrían asustarse y no querer hablar con nosotros. Tienen derecho a no decir nada.

—Pero ellos no lo saben. Confía en mí, estarán encantados de ayudar a la policía.

Tom llama a la puerta. No pasa nada. Una brisa fría se desliza, haciéndolos temblar a ambos y haciendo que las ramas se muevan encima.

—No creo que usen esta puerta —murmura Tom.

—¿No?

—No. ¿Ves ese montón de hojas? —señala una pirámide de hojas apoyada contra la esquina de la puerta—. Eso me dice que esta puerta no se ha abierto en semanas.

—Supongo que tienes razón. ¿Deberíamos buscar otra entrada?

Tom mira alrededor del jardín y se da cuenta de que parece abandonado. Normalmente, los ancianos se enorgullecen de mantener sus jardines presentables, pero este parece que nadie lo ha tocado desde principios de otoño. La hierba es alta y amarilla, las hojas están por todas partes y el musgo crece entre las baldosas del camino que lleva a la calle.

—No estoy seguro de que eso ayude —dice—. No creo que nadie viva aquí ya; pero, vaya, no hace daño echar un vistazo.

Caminan alrededor de la casa. Tom revisa cada ventana en el camino, pero las persianas están bajadas. El jardín trasero es más grande de lo que Tom esperaba: tiene parterres de flores, una terraza de madera, una hamaca, dos manzanos y una pequeña colina al fondo. Es bastante obvio que, quien viviera aquí, pasaba mucho tiempo en el jardín. También es obvio que hace tiempo que no pasan por aquí.

Hay una puerta que da a la terraza, pero está cerrada. Tom no pierde tiempo en llamar; en cambio, se da la vuelta y mira por el jardín.

—Entonces, esa arcilla azul... ¿crees que la sacó de allí abajo?

Jungersen mira hacia la colina. Incluso desde aquí arriba, pueden

ver que alguien ha estado cavando a su lado. Caminan a través del césped para encontrar una carretilla, una pala y una pila de ladrillos, todo tirado junto a la abertura que alguien excavó en la colina, a la altura de una persona. El césped está pisoteado alrededor del agujero y hay huellas visibles de color azul.

—Bingo —dice Jungersen, sonriendo—. Supongo que este es el lugar.

—Y esas bien podrían ser las huellas de nuestro tipo —dice Tom, apartando a su asistente mientras está a punto de acercarse más—. No las arruines.

—Oh, lo siento.

Mientras Tom se agacha para tomar una foto, Jungersen mira dentro de la colina.

—Es realmente profundo. ¿Para qué crees que estaba cavando?

—Mi suposición es que quería hacer una chimenea. ¿Ves ese cuenco de hierro allí? Es como el que usas para una hoguera.

—Pero esto es demasiado profundo para ese tipo de cosas —continúa Jungersen—. Es como si intentara cavar hasta el fondo. Vaya, debe haberle llevado semanas.

Tom enciende la luz de su teléfono y la ilumina en el agujero. Jungersen tiene razón: realmente, es profundo; parece más un túnel que un agujero, en realidad. Los lados están compuestos de tierra y arcilla, en su mayoría azulada.

—Oye, mira —dice Jungersen, señalando—. ¿Qué es eso ahí dentro?

Antes de que Tom pueda decir algo, Jungersen entra. El túnel es lo suficientemente alto como para que él pueda estar de pie. Camina unos metros, se arrodilla y recoge algo. Al girarse para mostrarlo, Tom puede ver que es un trozo de tela de cuadros rojos, como la camisa del muerto.

—Buena evidencia —murmura Tom, a regañadientes—. Creo que podemos asumir que este es el lugar correcto.

Jungersen mira más de cerca la pared mientras algo llama su atención.

—Dios. Tienes que ver esto, Tom.

Tom está a punto de entrar cuando, de repente, siente algo raro: otra ráfaga de viento helado pasa, y los pequeños pelos en la nuca se le erizan.

Algo está completamente mal aquí. No está seguro en absoluto de lo que significa ese pensamiento, pero tiene este sexto sentido que le ha ayudado más de una vez, a lo largo de su vida, cuando ha estado a punto de entrar en una situación peligrosa.

—Mira —insiste Jungersen, haciéndole señas—. Esto es una locura.

—¿Qué es? —pregunta Tom, mirando alrededor del jardín. Todavía están solos, pero ya no se siente así. Se siente como si alguien

estuviera cerca, observándolos.

—Son runas, creo.

—¿Runas?

—Sí, mira. Están por todas partes.

Tom se inclina por la abertura lo suficiente como para distinguir los garabatos en la pared. Jungersen tiene razón: parecen runas. No es que Tom sea un experto en el tema, pero las ha visto en películas y en algún museo una o dos veces.

—Sí, eso es genial —murmura—. Creo que deberíamos irnos ahora, Jungersen.

—Espera, hay más —dice Jungersen, adentrándose más—. Estas son más difíciles de distinguir. No parecen talladas recientemente. Parecen muy antiguas.

—Jungersen —dice Tom, sintiéndose cada vez más tenso—. Nos vamos.

Su compañero, obviamente sin sentir la alarma que Tom siente, se adentra aún más.

—Joder —dice, su voz causando ahora un eco—. Este lugar es... ¡es enorme! Él no lo cavó, Tom. Lo encontró. Creo que es... es una especie de tumba.

Tom se siente mareado con un creciente pánico ahora.

—Jungersen, no te lo voy a repetir. ¡Saca tu trasero de aquí!

Finalmente, Jungersen capta la seriedad en la voz de Tom. Se da la vuelta y lo mira, su expresión es confusa.

—¿Qué pasa, Tom? ¿Qué ocurre?

Tom nunca llega a decírselo. En ese momento, una figura se materializa de la oscuridad detrás de Jungersen. A la luz del teléfono de Jungersen, Tom ve un rostro demacrado y esquelético. Es, en su mayoría, piel y huesos, con cuencas vacías donde deberían haber estado los ojos y una barba desaliñada pegada alrededor de la mandíbula. Se da cuenta en un vistazo de que el rostro pertenece a algo antiguo y siniestro, algo que una vez pudo haber sido humano. Es algo salido directamente de una pesadilla. Es lo más aterrador que Tom ha visto jamás.

Luego, la criatura abre la boca de par en par para revelar filas de dientes rotos y amarillos, justo antes de morder el hombro de Jungersen. La expresión del joven se transforma en una de dolor y shock. Está a punto de gritar cuando una mano enorme, en su mayoría hecha de huesos, le agarra la cara. Otro brazo se enrolla alrededor de su pecho, y es entonces cuando suelta el teléfono.

Lo último que ve Tom es a su compañero siendo arrastrado a la oscuridad, su grito ahogado siendo tragado por la tierra. Entonces, Tom se da la vuelta y corre.

20

Si la herida de Goran estaba sangrando mucho, lo que sale del cuello de Dahl es como una cascada. Esta vez, sin embargo, Viggo no se contenta solo con morder: se aferra a él como un rottweiler, envuelve sus brazos alrededor del cuello de Dahl y se hunde en su carne. Aksel, finalmente, puede moverse y corre hacia la doctora.

—¡Ven conmigo, tenemos que salir de aquí!

Ella ni siquiera lo mira; sus ojos están pegados en Dahl, que está luchando con Viggo.

—¡Eh! —grita Aksel, agarrándole el brazo—. ¡Tú serás la siguiente a menos que vengas conmigo!

Ella parpadea y lo mira, pero aún no hace ningún esfuerzo por moverse, así que Aksel, simplemente, la arrastra. Ella se resiste un poco al principio. Luego, al parecer, se da cuenta de que se están alejando del espectáculo del horror, y empieza a seguirle. Aksel la lleva por el pasillo, mirando fijamente el ascensor y su salida. Detrás de ellos, los gritos de Dahl y Goran resuenan por el sótano.

Están a seis metros cuando la puerta de la sala de autopsias se abre de golpe y Ranfelt sale tambaleándose delante de ellos.

«¡Mierda! Pensé que tendríamos más tiempo antes de que se despertara...».

Comparado con Viggo, Ranfelt es mucho peor de ver. La piel de su rostro ha sido arrancada, su nariz roída hasta dejarla en un muñón, y le falta un ojo. Al ver al recién fallecido, la doctora se detiene abruptamente y se libera del agarre de Aksel.

—¡No, espera! —le dice Aksel—. No vuelvas... no hay otras salidas.

La mujer no escucha, y Aksel tiene que correr para alcanzarla. Esta vez ella lucha contra él, y él la sacude con fuerza.

—¡Escúchame! ¡Vas a morir si no haces lo que te digo!

¡Ding! Aksel se da la vuelta y ve que el ascensor se abre. Dos hombres, uno con bata de médico, el otro con ropa normal, salen del ascensor. El médico está ocupado mirando una tableta, y el otro tipo le está hablando. Solo cuando oyen un grito de muerte amortiguado proveniente de la sala de autopsias, levantan la vista. Ranfelt se gira hacia ellos con un gruñido ansioso.

—¡Dios mío! —grita el civil.

—¡Vuelvan al ascensor! —grita Aksel—. ¡Entren, entren, ahora! Luego, recordando lo que dijo Dahl, añade algo que supone que se tomarán en serio—. ¡Es contagioso!

Los hombres no necesitan más instrucciones y, prácticamente, se caen unos sobre otros para volver al ascensor. El médico presiona los botones, y las puertas comienzan a cerrarse.

Aksel y la doctora observan con la respiración contenida mientras Ranfelt corre hacia el ascensor, pero es demasiado lento. Aksel puede ver que el muerto no lo logrará. Entonces, tropieza con sus propios pies y cae de bruces; sus brazos alcanzan el interior del ascensor, y las puertas se cierran sobre ellos, apretando por un segundo; pero, al encontrar resistencia, se vuelven a abrir.

—¡No, oh, no! —grita el civil, presionándose contra la esquina—. ¡Quítenmelo de encima!

El médico sigue golpeando los botones y las puertas comienzan a cerrarse por segunda vez; pero Ranfelt sigue en medio, y está lentamente reincorporándose. Las puertas aprietan sus hombros brevemente, luego se vuelven a abrir.

El hombre civil grita mientras Ranfelt entra en el ascensor, empujando tanto como puede al médico hacia adelante. El médico, obviamente horrorizado por el rostro de Ranfelt, levanta la tableta como un escudo, presionándola contra el pecho de Ranfelt, tratando de alejarlo. Ranfelt, inmediatamente, muerde la parte trasera de su mano, y el médico grita de dolor.

El otro hombre aprovecha la oportunidad para huir. Corre por el pasillo, pasando junto a Aksel y la doctora sin una segunda mirada.

—No, espera —comienza Aksel, pero el tipo ya está demasiado lejos —.

«Quedará atrapado como una rata aquí abajo».

Aksel no ha estado en todas las habitaciones del sótano, pero sabe que no hay ascensores, ni escaleras, ni ventanas. Dahl le dijo eso cuando empezó a trabajar aquí abajo.

«Es una trampa mortal. Desde que cerraron la parte este del sótano, también clausuraron las escaleras. Te lo digo, es altamente ilegal. Se suponía que solo duraría una semana, pero luego llegaron los recortes presupuestarios, y la construcción quedó suspendida»; lo que significa que la única forma de subir desde aquí es el ascensor frente a ellos.

El médico está tratando de luchar contra Ranfelt, ahora usando la tableta como un arma contundente, golpeándole la cabeza. Ranfelt no le presta mucha atención. Simplemente, se agacha y ataca el pecho del médico, arañándolo.

«Él también está perdido», piensa Aksel. «Necesitamos…».

Cuando se da la vuelta, las puertas de la sala de autopsias se abren de golpe y sale Viggo. Su cara y su cuello están manchados de sangre fresca, y sus ojos negros se fijan inmediatamente en ellos. Aksel ya no puede oír ningún grito o llanto desde dentro de la sala de autopsias.

«Están ambos muertos. Se despertarán en un minuto, más o menos».

Por una fracción de segundo, siente una oleada de pánico. Está atrapado. Completamente acorralado. Lo van a devorar vivo. Entonces, se da cuenta de que hay una última salida.

—Ven conmigo —dice, tirando de la doctora, dirigiéndose a la morgue.

21

¡Hostias! ¿Qué fue eso? ¿¡Qué fue eso!?

La mente de Tom da vueltas mientras corre de vuelta por el jardín, tropezando varias veces con la hierba alta y escarchada.

El grito de muerte de Jungersen aún resuena en sus oídos. La imagen de la criatura al acecho sobre él está grabada en su memoria. Jungersen no es un tipo bajo, mide alrededor de un metro noventa, y, sin embargo, la cosa que lo atacó era al menos treinta centímetros más alta.

Tom no se considera un cobarde. Tampoco puede que sea valiente, pero nunca ha dejado a nadie en la estacada… hasta ahora.

En el momento en que esa cosa arrastró a su compañero hacia la colina, Tom no sintió la más mínima inclinación de ayudarlo. Aunque llevaba su arma bajo el abrigo, nunca la usó en servicio activo, y ni se le ocurrió la idea de abrir fuego en la oscuridad. Todo lo que podía pensar era en alejarse de allí lo más rápido posible.

Llega al coche, busca las llaves con torpeza, lo abre y se lanza al volante. Enciende el motor y, luego, duda. Finalmente, un pensamiento racional se abre paso: «no puedo, simplemente, largarme. Perderé la placa».

Abandonar una escena del crimen y a un compañero... No hay manera de que pueda defender eso. Si, por algún milagro, Jungersen sale vivo de esa colina, testificará que Tom no hizo nada más que meter el rabo entre las piernas y huir sin siquiera intentar ayudar.

Pero, incluso si Jungersen está muerto, como Tom sospecha firmemente, no quedará bien que él regrese ileso, con una pistola sin disparar, cagado de miedo, sin tener idea de quién o qué hizo esto.

«No hay manera de que vuelva allí». Si la situación se considera inusualmente peligrosa o la oposición es abrumadora, como en un motín o una pandilla de atacantes, un oficial está completamente justificado en retirarse a un lugar seguro, incluso si eso significa abandonar a colegas o civiles; pero, tan pronto como pueda, se espera que llame a refuerzos y, luego, mantenga su posición hasta que lleguen.

A Tom, aunque generalmente desencantado con la vida, todavía le gusta demasiado su trabajo como para recibir una baja deshonrosa. No solo perdería su pensión, que está a solo siete años de obtenerla, sino que también tendría muchas dificultades para encontrar un nuevo trabajo por aquí, lo que significa que tendrían que mudarse. ¿Y qué diría Susanne?

—Maldita sea —gruñe Tom, dándose cuenta de que no hay forma de evitarlo.

Entonces, saca su teléfono y llama a la estación. Tarda una eternidad en comenzar a sonar. Revisa la pantalla y descubre que el teléfono no tiene servicio.

—¡Mierda! No hay señal aquí.

Muerde su labio y mira hacia la casa. Es obvio que nadie ha estado allí durante meses. El riesgo de encontrarse con una desagradable sorpresa es bastante bajo. Encontrar una línea fija allí, sin embargo, es muy probable. Sospecha que todos en este agujero infernal todavía usan teléfonos y conexiones a internet de la vieja escuela para obtener señal.

Tom apaga el motor. Girar la llave y sacarla del encendido le cuesta toda su fuerza de voluntad. Revisa la calle en ambas direcciones antes de salir del coche. Todavía está solo. Con suerte, ninguno de los vecinos lo vio correr como un idiota.

Se endereza, ajusta su abrigo, intenta parecer normal y, luego, camina hacia la puerta principal. Como no tiene sentido volver a llamar, simplemente prueba la manija, esperando no abrir la puerta, pero se abre con facilidad.

Tom está tan sorprendido que se queda allí unos segundos, mirando al pasillo. El aire en el interior es rancio y cargado, lo cual solo le confirma que la casa ha estado vacía durante bastante tiempo.

—¿Hola? —dice, sin querer hablar demasiado alto, pero teniendo que anunciar su entrada para que, técnicamente, no sea una entrada ilegal—. Policía. Necesito un teléfono. Voy a entrar.

Da un paso dentro y cierra suavemente la pesada puerta principal detrás de él. Después de pensarlo un momento, decide cerrar con llave. El recuerdo de la criatura en el jardín trasero todavía es demasiado vívido, y si decide buscar una forma de entrar a la casa, no tiene sentido ponérselo fácil.

Hay una fila de zapatos y chaquetas de ancianos junto con un espejo en la pared. Al verse en el espejo, se da cuenta de lo pálido que está. Puede ver gotitas de sudor en su frente y labio superior. Respira hondo por la nariz y abre la puerta de la casa.

El olor se vuelve un poco más intrusivo, rozando lo pútrido. «Probablemente sea comida de la cocina. Todo debe estar mohoso y podrido a estas alturas».

Entra en una sala de estar que luce exactamente como esperaba. Todo es tan antiguo como las personas que vivían aquí: muebles pesados, suelo alfombrado, un reloj de pie que aún está en marcha, decoraciones en las paredes, una chimenea, estanterías con porcelana, una pequeña televisión. Lo único que no esperaba es lo desordenada que está la habitación. Hay cosas tiradas en el suelo: un par de velas, el mantel, algunas figuritas. Las cortinas que cubren la ventana están desordenadas, como si alguien las hubiera tirado. Algunos muebles

han sido movidos, una silla está volcada.

«¿Alguien hizo un registro aquí? ¿Un ladrón, tal vez? ¿Alguien que se dio cuenta de que la casa estaba vacía y esperaba encontrar una bolsa de diamantes?»

No piensa más en ello porque, en la pared junto a la ventana, ve lo que buscaba: un teléfono. El auricular ha sido arrancado del soporte y cuelga del cable; pero, aparte de eso, no parece roto.

Tom se toma un segundo para escuchar, asegurándose de que no haya nadie aquí. Si hay alguien, se está quedando absolutamente callado, porque la casa es como una tumba.

«Mala elección de palabras», piensa Tom, tragando con dificultad mientras recuerda la colina en el jardín trasero.

Corre hacia el teléfono fijo y toma el auricular. Al presionar el botón del conector varias veces, se siente aliviado al escuchar el tono de marcado. ¡Gracias a Dios!

Marca el número de la estación, preparándose mentalmente para lo que va a decir. Cuando la llamada pasa, Tom se gira hacia la ventana. Las cortinas son blancas y ligeramente transparentes. Puede distinguir la terraza y el césped. Con un dedo, levanta cuidadosamente la tela a un lado.

Sus ojos se dirigen automáticamente al agujero de la colina. Desde aquí, no es más que algo negro. La luz pálida del día no tiene ninguna oportunidad contra la profunda oscuridad del túnel.

Mientras el teléfono hace clic y trata de establecer una conexión, Tom se da cuenta de que está mirando un libro abierto allí en el alféizar de la ventana. Es como el que los ancianos mantienen para anotar números de teléfono importantes, excepto que parece estar lleno de notas personales: una especie de diario. Algunas frases saltan a su vista: «pesadilla terrible, surrealista», «criatura antigua con poderes sobrenaturales»

—¿Qué demonios? —murmura Tom, recogiendo el libro—. ¿Qué sucedió por aquí?

—Ha llamado a la Policía de Torik —le dice la voz de Eriksen—. No podemos atender su llamada en este momento, pero, por favor, deje un mensaje o contacte directamente con el Sheriff Tom Nilsen en el siguiente número…

—No me jodas —gruñe Tom, golpeando el teléfono contra el receptor.

Sin pensarlo mucho, mete el libro en su bolsillo para leerlo más tarde; servirá como evidencia. Eriksen probablemente esté en el baño. Ese idiota gordo tiene la costumbre de comer comida china a pesar de que su estómago no la tolera, así que debe estar ocupado…

Los pensamientos enfurecidos de Tom se cortan cuando ve un movimiento a través de la ventana. Un jadeo se atora en su garganta.

Una figura sale del agujero en la colina.

22

—Vale —oye a Frida decir mientras Jakob, finalmente, deja de hablar.

Él la mira fijamente, esperando su reacción. Su explicación llegó rápido, desordenada, a trompicones; pero la entendió: gente muerta volviendo a la vida… zombis.

Conoce la palabra, por supuesto. Vio esa película de Brad Pitt hace unos años.

—Vale —dice de nuevo—. Solo… déjame pensar.

—No me crees.

—No, sí te creo. Solo que…

«…no sé cómo hacer que los demás lo crean».

Frida se recompone.

—No te preocupes, Jakob. Vuelvo en cinco minutos. Aunque no me crean, nos vamos.

Jakob exhala largamente.

—Está bien. Vale.

Ella aprieta su brazo, y luego sale de su habitación, cerrando la puerta detrás de ella. Mira a lo largo del pasillo. No hay nada fuera de lo común. De hecho, es un día tranquilo.

Se siente completamente surrealista. Por un momento, se pregunta si esto es real o un sueño muy vívido.

Va al ascensor al final del pasillo, pasando junto a algunos pacientes en el camino. Un enfermero le guiña un ojo y un cirujano pasa silbando. Frida se siente como una espía o alguien con un secreto. Con lo que sabe, ¿no debería contárselo a todos? ¿Corriendo y gritando por todo el lugar?

Pero eso solo causaría pánico, lo que significaría que muchas más personas salieran perjudicadas. Y, además, la infección, o lo que sea, podría propagarse.

En cambio, simplemente entra en el ascensor y baja al primer piso. Al salir al vestíbulo de entrada, se detiene y mira a un grupo de personas que acaban de entrar por las puertas de cristal. Parece una familia entera. Todos llevan chaquetas, guantes y gorros. Se están riendo de algo gracioso que uno de ellos acaba de decir.

Frida mira hacia el puesto de enfermeras. Greta, la enfermera mayor de cabello gris, está sentada frente a la computadora.

«Tú puedes hacerlo. Ve a decirle que llame a seguridad. Una vez que lleguen…».

—¡Hey, ahí estás!

Frida se gira y ve a Olivia acercarse a su ritmo habitual, rápido. Lleva una bandeja con muestras de orina.

—Has estado esquivándome, ¿verdad? —Olivia sonríe y se detiene

—. Me lo cuentas todo o se lo digo a todos.
El cerebro de Frida tarda unos segundos en entender.
—Ah —dice, riéndose torpemente—. Eso.
—Sí, eso —dice Olivia, enviándole una mirada significativa—. Entonces, ¿cómo fue?
Frida se sonroja, mirando instintivamente alrededor para asegurarse de que nadie esté al alcance del oído.
—No tienes que contármelo aquí. Mira, voy a llevar estas muestras al laboratorio. ¿Tienes un descanso? Puedes venir conmigo y contármelo todo.
Olivia se dirige al ascensor del fondo, el que está marcado con la palabra “PERSONAL”. Es el único que baja al sótano.
—¿El laboratorio? —repite Frida tontamente, caminando con ella.
—Sí, en el sótano. Ahí es donde manejan estas cosas, ¿recuerdas?
—No, sé dónde está.
Olivia se ríe.
—Estás un poco distraída hoy, ¿verdad? ¿Fue tan bueno? ¿O tan malo?
—Escucha, Olivia. ¿Podrías... podrías esperar para bajar?
Olivia se detiene y la mira.
—Claro. ¿Necesitas hablar?
—No exactamente. Es solo que... —Frida lo considera por un momento.
Olivia es casi diez años mayor que ella, y ha sido enfermera aquí por mucho más tiempo. Tal vez, confiar en ella sería una jugada inteligente. Que informe a las personas a cargo de lo que está pasando. Es más probable que la escuchen a ella. El problema es… ¿la creerá Olivia? Frida ha confiado en ella antes con cosas personales, pero es muy pragmática y también del tipo escéptico; alguien que culpa ya sea a la industria farmacéutica o al gobierno de cada cosa mala que ocurre.
Y con cada minuto que pasa, Aksel podría estar ahí abajo, en peligro. «Podría estar ya infectado mientras yo estoy aquí parada...».
—¿Seguro que estás bien? —pregunta Olivia, su sonrisa desaparecida ahora—. Pareces fuera de ti.
Frida toma su decisión. Si quiere que cierren el hospital, tendrá que contárselo a alguien, y Olivia podría ser su mejor opción.
—Escucha —dice, apartando a Olivia a un lado mientras pasa una anciana empujando un soporte de suero con ruedas—. ¿Oíste hablar de los dos tipos muertos que trajeron antes, verdad?
Olivia resopla.
—¿Cómo no iba a haberlo oído? Todos hablaron de eso en el almuerzo.
—Lo sé. Bueno, algo está muy mal con ellos. Lo que tienen... es una

enfermedad muy… poco común. Les permite moverse aunque estén clínicamente muertos.

Olivia levanta las cejas, pero no dice nada.

—Sé que suena completamente loco —continúa Frida—, pero tienes que creerme. Es algo nuevo, como un virus que nadie ha visto antes. Es muy contagioso.

—Y tú sabes esto… ¿cómo?

—Aksel me llamó desde la sala de autopsias hace cinco minutos.

—¿Estás segura de que no te estaba gastando una broma?

—No haría eso —dice Frida, firmemente—. Además, podía oír peleas de fondo. Creo que la situación podría estar fuera de control ahí abajo. Creo que deberíamos pedir un cierre de emergencia.

Al dejar salir las palabras de su boca, se siente instantáneamente más ligera. Pero la forma en que Olivia la está mirando ahora le hace cuestionar su decisión de confiar en ella.

—¿Quién está haciendo la autopsia? —pregunta Olivia—. ¿Dahl?

—Creo que sí.

Olivia pone la bandeja en una silla de ruedas vacía; luego, saca su teléfono de trabajo de su cinturón y hace una llamada. Espera veinte segundos. Luego dice:

—No contesta.

—Podría intentar con Aksel de nuevo, pero…

—Sí, hazlo.

Frida le llama. Él tampoco responde, lo que la pone muy ansiosa.

—No tiene por qué significar nada —murmura Olivia, mordiéndose la lengua—. Tal vez solo están ocupados.

—No, no es eso —dice Frida—. Por favor, Olivia, tienes que creerme. Esto realmente está sucediendo. Necesitamos pedir ese cierre. Yo lo haría, pero creo que es mucho más probable que te crean a ti.

Olivia la mira intensamente.

—¿De verdad crees que está pasando algo tan serio ahí abajo? ¿Tan serio que necesitamos cerrar todo el hospital?

Frida respira profundo, recordando la voz de Aksel en el teléfono: «oh, mierda… ¿Viggo? ¿Eres tú?».

—Sí —le dice a Olivia, sin parpadear—. Creo que es así de grave.

23

—¡Estamos atrapados! —grita la mujer al entrar en la morgue, finalmente encontrando su voz—. ¡No hay salida! ¡Estamos atrapados! —Mira a su alrededor con el pánico pintado en su rostro.

—No, no lo estamos —le asegura Aksel, comenzando a quitarse el traje—. Hay una salida, solo tenemos que darnos prisa.

Está agradecido de recuperar algo de libertad de movimiento. Luego, envuelve el traje alrededor de las manijas de las puertas, atándolas.

Justo cuando aprieta el nudo, Viggo choca contra las puertas desde el otro lado. Aksel retrocede, su corazón está latiendo con fuerza mientras ve cómo las puertas se abren casi diez centímetros, y luego se detienen debido al traje que las mantiene en su lugar. Viggo mete un brazo y trata de agarrarlo, intentando pasar su cara ensangrentada.

—¡Dios, no aguantará! —dice la mujer, retrocediendo hasta el fondo de la sala.

—Aguantará —dice Aksel, corriendo hacia los armarios.

Elige el armario ya abierto en el que el cuerpo de Viggo yacía hasta hace unos minutos. Empuja el estante hacia el fondo; luego, sube dentro, con los pies primero.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta la doctora con voz chillona—. ¡No me esconderé en uno de esos!

—No nos estamos escondiendo —gruñe Aksel, trabajando su camino hacia adentro—. Solo confía en mí…

Su cabeza desaparece en la oscuridad fría y sus pies llegan al final del armario. Patea con fuerza y escucha las bisagras traquetear. Patea de nuevo, tratando de ejercer la mayor fuerza posible. Mira hacia fuera, echando un vistazo hacia la puerta: Viggo sigue agarrando el aire, sin hacer ningún esfuerzo por desatar el traje, lo cual sería bastante fácil de hacer para alguien con medio cerebro. Ha logrado abrir un poco más las puertas y, ahora, su torso está dentro.

«Está bien. Aguantará. Solo necesito diez segundos más…».

Aksel reanuda las patadas al fondo del armario. La mujer grita algo, pero Aksel lo filtra. Se concentra en la tarea: lo único que puede salvarles la vida. Se siente claustrofóbico y, en general, incómodo acostado en este espacio cerrado donde Dios sabe cuántos cadáveres han yacido a lo largo de los años. Solo hace que patee más fuerte. Nota periféricamente que su teléfono vibra en su bolsillo, pero no hay forma de que lo saque aunque quisiera, así que sigue pateando. En el sexto o séptimo intento, el fondo cede de repente.

—¡Sí! —grita Aksel, tratando de mirar, pero no hay más que oscuridad ahí abajo. ¡Funcionó! ¡Vamos! ¡Podemos pasar!

Mirando hacia fuera, ve que la mujer sigue acorralada en la esquina. Su atención está completamente en las puertas. Cuando Aksel gira la cabeza para mirar en esa dirección, entiende por qué.

Viggo todavía no ha descubierto cómo desatar el traje, pero ha logrado, simplemente apoyarse en él, lo que lo ha aflojado. De hecho, ha pasado por las puertas, pero está siendo retenido a nivel de la cintura por el traje. Detrás de él, ha aparecido Goran y está empujando para entrar en acción. Su muñeca todavía está vendada, pero ha sufrido una herida mucho peor en el cuello.

«Mierda, cederá en cualquier momento y ellos...».

El traje no cede, no exactamente, pero Viggo se inclina, medio cayendo, aterrizando torpemente en el suelo. Cuando comienza a levantarse, la mujer empieza a gritar.

—¡Hey! —grita Aksel—. ¡Por aquí! ¡Rápido!

No parece que ella lo escuche, pero se mueve de lado en su dirección, bordeando la pared. Viggo se ha levantado y está tambaleándose detrás de ella, cerrando la distancia, mientras Goran se aprieta por la puerta detrás de él, quedando atrapado por el traje de casi la misma manera.

«No lo logrará», piensa Aksel, incluso mientras sigue gritando a la mujer, esperando que alguna parte inconsciente e instintiva de su cerebro todavía sea capaz de funcionar y le permita seguir su voz. Cuando ella llega a su alcance, Aksel extiende una mano para ayudarla a entrar, pero ella no la toma. Entonces, Aksel la agarra por los hombros y la empuja hacia adentro. Ella grita y lo pelea por un segundo. Su voz es terriblemente aguda dentro del armario. Luego, aparentemente, se da cuenta de que él está tratando de ayudarla, y comienza a abrirse paso hacia adentro.

Aksel retrocede tan rápido como puede, saliendo del armario y aterrizando de pie al otro lado. Es oscuridad total lo que hay aquí, la única luz proviene del armario. Puede oler polvo, madera y yeso.

La mujer casi ha pasado cuando su expresión cambia y vuelve a gritar.

—¡Nooo! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Ella comienza a retorcerse y patear, pero, a pesar de sus esfuerzos, está siendo arrastrada de nuevo hacia atrás. Aksel se lanza hacia adelante y logra agarrar su muñeca en el último segundo. Ella clava las uñas como si él fuera una balsa salvavidas. Sus ojos a través del visor son enormes y aterrorizados, suplicantes.

Aksel tira con fuerza, sorprendido por lo fuerte que es el agarre de Viggo sobre ella.

Por un momento, está estancada. Solo cuando Aksel coloca su pie en la pared y tira con todas sus fuerzas, la mujer se acerca. Sus palmas están sudorosas y siente que ella comienza a resbalar. Entonces, de

repente, Viggo pierde su agarre, y Aksel retrocede mientras la mujer cae.

Aksel no puede verla en la oscuridad, pero la oye caer al suelo, emitiendo sonidos de dolor y esfuerzo. Sin embargo, puede ver a Viggo, que ya ha comenzado a meterse en el armario, arrastrándose.

Aksel cierra la puerta y apoya su hombro contra ella. La mujer se apresura a ponerse de pie, gritando de dolor mientras Aksel, aparentemente, pisa su brazo o pierna.

—Lo siento —dice—. Por favor, muévete. Necesito asegurarme de que no puedan pasar.

Encuentra la manija y la gira, pero no se siente bien. Viggo está gimiendo y moviéndose dentro. Aksel saca su teléfono y activa la pantalla, permitiéndole ver la puerta del armario. El marco está todo destrozado desde cuando lo pateó para abrirlo. Cuando mueve la manija, puede ver que el pestillo ya no tiene de dónde agarrarse.

«Oh, joder...».

Todavía apoyando su hombro en la puerta, siente que Viggo comienza a forcejear por dentro.

—Escúchame —dice Aksel—. Oye, ¿dónde te has ido?

Ha estado tan ocupado con la puerta del armario que ni siquiera se ha dado cuenta de que la mujer ha dejado de gritar. Ni siquiera puede oír su respiración en la oscuridad. Mientras mueve la luz, no la ve por ningún lado. La habitación es muy similar a la que acaban de dejar, excepto que, claramente, no ha sido utilizada durante algún tiempo. El polvo cubre el suelo y las mesas de acero a lo largo de la pared. Hay un trozo de tubería oxidada en el suelo y otro colgando del techo. Una gota cae de él y aterriza en el charco de agua que se ha formado en el suelo de baldosas.

Esta sala se usaba antes de que la tubería de agua se rompiera y la fontanería resultara necesitar un mantenimiento pesado. Se decidió que, hasta que estuviera lista, necesitaban una solución temporal, por lo cual simplemente comenzaron a usar la sala del otro lado. Los armarios siempre estuvieron destinados a abrirse desde ambos lados, con la sala de autopsias a un lado y la morgue al otro.

Dahl le había explicado todo esto a Aksel de pasada y, si Aksel no lo hubiera recordado en el último momento, estaría muerto; literalmente.

—¿Hola? —llama de nuevo, su voz resonando entre las paredes desnudas—. ¿Señora? Está bien, estamos a salvo. ¿Podría venir a ayudarme aquí, por favor?

No hay respuesta. Aksel no puede ver a la mujer en ninguna parte. No hay puerta en esta habitación, solo una abertura que conduce a la vuelta de la esquina. Aparentemente, la mujer logró encontrar su camino hasta allí en la oscuridad, porque Aksel nota huellas de

zapatos mojados desde el charco hasta la esquina.

—Maldita sea —gruñe—. Gracias por salvarte el culo...

Aprieta los dientes y empuja fuerte mientras Viggo da un empujón desde el otro lado y casi logra abrir la puerta unos tres centímetros.

Aksel no tiene idea de dónde podría haber ido la mujer, porque no conoce esta parte del sótano. Todo lo que sabe es que hay una escalera en algún lugar, que sube. Si la mujer la encontró, probablemente se fue sin pensarlo dos veces. Lo que significa que Aksel, probablemente, está solo en la oscuridad, con un zombi al otro lado de la puerta del armario.

24

Tom mira fijamente a la persona que, lentamente, está saliendo de la oscuridad.

Solo cuando sale completamente del agujero, Tom reconoce a su compañero. Y, aún así, no es fácil. Por un lado, Jungersen camina de manera torpe, como una marioneta con cuerdas; sus movimientos son bruscos e inseguros. También está el hecho de que está en mal estado. Su ropa está rasgada en varios lugares, y hay un cráter enorme en su hombro donde la criatura lo mordió.

—Mierda, ha salido —susurra Tom, apartando la vista de la ventana y dirigiéndose a la puerta de la terraza. Aparta las persianas, se pelea con la manija, la abre y hace señas a Jungersen, que ha salido al césped, pareciendo indeciso sobre a dónde ir—. ¡Eh! —llama Tom en un susurro, sin querer que la cosa en la colina lo oiga—. ¡Eh, Jungersen! ¡Aquí arriba!

Su compañero parece captar su voz, girándose hacia la casa como una antena parabólica. Solo entonces Tom tiene una visión clara de su rostro y, al instante, se arrepiente de haberlo llamado.

Jungersen ya no es él mismo. Ni siquiera es humano. Tom no es supersticioso; y, sin embargo, en ese momento, está seguro de que lo que viene a través del césped es algún tipo de demonio.

¿Qué le hizo esa cosa? Jungersen está incluso más herido de lo que Tom inicialmente podría ver. Parece como si hubiera pasado por una picadora de carne. Tiene mordeduras por todas partes, su piel cuelga en jirones ensangrentados, y varios de sus huesos parecen estar rotos. Además, tiene un tono gris, casi verdoso, que lo hace parecer más un cadáver que otra cosa.

Pero lo peor son sus ojos: negros, vacíos, brillantes. Como un par de bolas de billar negras. Nada de Jungersen queda en ellos.

Tom ha dado un paso hacia fuera, pero ahora retrocede. Jungersen, aparentemente, lo nota, porque acelera el paso, tambaleándose sobre piernas rígidas, extendiendo ambos brazos y abriendo la boca para gemir a Tom.

Tom agarra la puerta de la terraza, la cierra de golpe y gira la cerradura. Luego, da otro paso atrás cuando Jungersen llega a la puerta. Tom espera que agarre la manija o, tal vez, golpee el vidrio. Jungersen no hace ninguna de esas cosas. Simplemente, se choca contra la puerta de la terraza, como si ni siquiera sintiera que está ahí. Luego, procede a palpar el vidrio y a empujar contra él, chasqueando los dientes hacia Tom.

«Dios santo. No le queda ninguna función cerebral. Ni siquiera puede recordar cómo abrir una puerta...».

Mientras está allí, mirando a su antiguo compañero, sus oídos de repente captan un ruido que no proviene de Jungersen, sino de cerca, detrás de él. Apenas logra girarse antes de que una mujer caiga sobre él.

—¡No! ¡Aléjate!

Vislumbra sus ojos negros, que se ven exactamente como los de Jungersen, mientras ella clava su cara en su pecho, mordiéndole el abrigo.

Tom retrocede, tambaleándose y chocando contra la puerta de la terraza, tratando de apartar a la mujer, pero ella se ha agarrado a él y ataca como un depredador que ha atrapado a una presa. Sus manos flaquean, sus uñas largas están rasgando el abrigo mientras suelta la mordida y, en su lugar, gira su cara hacia arriba, apuntando a su cuello.

Tom agarra su cabeza con ambas manos, deteniéndola en el último segundo, sus dientes crujiendo a un centímetro de su piel. Empuja su cabeza hacia atrás, torciendo su cuello en lo que debe ser un ángulo doloroso. Ella emite un gruñido de molestia; luego, gira la cabeza hacia un lado y muerde su pulgar izquierdo. Usando sus molares, la mordida es lo suficientemente fuerte como para que Tom sienta y oiga el hueso romperse.

Él ruge de dolor, retrocede su brazo derecho y golpea a la mujer en el costado de la cabeza. Debería ser suficiente para dejarla inconsciente, pero ella solo se tambalea y suelta su pulgar; inmediatamente después, se lanza hacia adelante para darle otro mordisco. Tom la aparta con fuerza, ganando unos pocos centímetros de distancia. Es el primer instante en que tiene una visión clara de ella: es vieja y frágil, con cabello gris y arrugas. Mientras se acerca de nuevo, es capaz de dar un golpe oportuno, esta vez usando su puño.

Conecta con su mandíbula y hace volar un par de dientes. La mujer da un gemido y se inclina de lado, cayendo pesadamente sobre la alfombra. Sin embargo, no se queda abajo, sino que se apresura a levantarse.

Tom aprieta su pulgar sangrante, apretando sus dientes por el dolor. Está sangrando demasiado. «Maldita sea, me ha mordido bien...».

La mujer ya ha logrado ponerse de pie, y sus ojos negros se fijan en él de nuevo.

—¡No te acerques! —demanda Tom, sacando su arma—. ¡Detente ahí mismo, o disparo!

Realmente, no espera que ella escuche, y no lo hace. Por primera vez en sus muchos años de servicio activo, Tom dispara su arma; dos veces; luego, una tercera vez. El sonido elimina su audición, dejando un timbre agudo.

Las tres balas encuentran su objetivo. Las tres van al pecho de la

mujer, dejando agujeros visibles. La fuerza del impacto hace que pierda un paso y tambalee por un segundo; pero, luego, simplemente gime y sigue adelante.

Tom se queda boquiabierto, retrocediendo automáticamente. «Necesito irme. No hay manera de detenerla».

Su impulso es ir hacia la puerta principal, pero la mujer bloquea su camino. En cambio, se retira al extremo más alejado de la sala de estar, donde una puerta conduce a la cocina. Desde aquí, solo hay una puerta. Está cubierta de marcas de arañazos, como si alguien hubiera estado rascando con uñas y dientes durante mucho tiempo.

Tom siente que la mujer viene a por él, así que se dirige hacia la puerta. Justo antes de llegar a ella, se abre, y una cara aparece, mirándolo fijamente.

25

Olivia atraviesa el vestíbulo a zancadas, su paso es aún más rápido de lo habitual. Es casi treinta centímetros más alta que Frida, quien tiene que trotar para seguirle el ritmo.

El vestíbulo es una sala impresionante, renovada hace solo unos años, antes de los recortes presupuestarios. Tiene una enorme fachada de cristal que da a la calle, suelos de vinilo oscuro y, al menos, quince pies hasta el techo. Conecta casi todos los departamentos del hospital, y también es donde se encuentra la estación principal de enfermeras.

Olivia gira por el pasillo que lleva a la sala de maternidad. Frida ve a Anand salir de una habitación. Inmigrante indio, es joven para ser jefe de medicina, con las patillas apenas empezando a encanecer, pero sus ojos están alerta. Está ocupado desinfectándose las manos.

—Olivia —dice, levantando la vista—. ¿Me has llamado?

—Sí —responde ella, deteniéndose frente a él y bajando la voz—. Creo que podríamos tener una situación grave en el sótano.

Frida los alcanza, tratando de no parecer sin aliento mientras sonríe hacia Anand. De repente, se siente como una niña pequeña parada frente a sus padres.

—Frida —dice Anand, dedicándole una sonrisa breve antes de volver a mirar a Olivia; luego, coloca los puños en sus caderas—. ¿Qué tipo de situación?

—Algo extraño podría haber ocurrido durante la autopsia de ese chico que trajeron —Olivia mira hacia Frida, como si quisiera que ella explicara los detalles.

Anand frunce el ceño y mira de Olivia a Frida.

—¿Bueno?

Frida le cuenta lo mismo que le dijo a Olivia, evitando palabras como "zombi" o "no muerto".

—Eso... suena muy extraño, en efecto —concede el doctor—. ¿Por qué me estoy enterando de esto por vosotras dos? ¿Dahl os dijo que vinierais a buscarme?

—No podemos localizar a Dahl —responde Olivia.

—Entonces, ¿cómo sabéis lo que está ocurriendo ahí abajo?

—Recibimos una llamada de alguien que está ayudando con la autopsia —dice Olivia—. Parecían muy preocupados. Querían que iniciáramos un confinamiento de emergencia total.

Las cejas de Anand pasan de estar muy bajas a muy altas en su frente.

—Eso es... extremo. Estamos hablando de un código plateado. Lo único que justificaría algo así es que hubiera un hombre armado suelto o un riesgo significativo para los pacientes y el personal.

—Lo sé —responde Olivia—. Por eso no lo hemos activado, pero vinimos a ti primero.

Anand asiente lentamente, pasando su lengua por los dientes.

—¿Y la persona no dijo nada sobre si alguien resultó herido ahí abajo?

—No que yo…

—Escuché peleas —dice Frida—. Gritos y alaridos.

Anand asiente de nuevo, esta vez con más firmeza.

—De acuerdo. Olivia, llama a una reunión de emergencia. Haz que todos los que puedan vengan a la estación de aquí fuera. No actives ninguna alarma y no digas de qué se trata. Bajo ninguna circunstancia menciones peligro biológico, ¿entendido?

—Entendido.

—Bien. Esperadme. Voy a bajar a revisar, luego volveré enseguida…

—¡No! —exclama Frida, cuando Anand se dispone a marcharse—. No, no es seguro bajar ahí.

—Llevaré la protección adecuada —le asegura Anand.

—Por favor —dice ella, agarrándole del brazo—. De verdad, creo que no deberías.

El hecho de haberle tocado no solo la sorprende a ella. Anand y Olivia la miran con sorpresa. En ese momento, a Frida no le importa. Anand le quita suavemente la mano, mirándola con sinceridad.

—Aprecio tu preocupación, pero no puedo activar un confinamiento basado en un rumor. Necesitamos saber exactamente qué es lo que ocurre —si es que ocurre algo— antes de tomar más medidas.

—Pero…

—Es la última palabra —el doctor se da la vuelta; su bata ondea mientras se dirige hacia el ascensor.

26

Aksel considera sus opciones: si se aleja de la puerta, Viggo pasará, lo que significa que Aksel tendrá que enfrentarse a él, y Ranfelt probablemente lo seguirá; tal vez, también Dahl y el otro doctor, y los dos hombres del ascensor. Eso son muchos zombis para derrotar. Uno o dos, probablemente pueda manejarlos, pero ¿seis? Eso es forzar demasiado, especialmente considerando que no tiene armas.

Sus ojos se posan en la tubería. Parece gruesa y resistente, aproximadamente del largo de un bate de béisbol. Está bastante seguro de que podría romper un cráneo con ella.

El problema es que, para llegar a ella, tendrá que abandonar la puerta, lo que significa que Viggo entrará.

La opción más inteligente sería encontrar algo con lo que bloquear la puerta. Aksel mira la manija rota y se exprime el cerebro. Necesita algo para atar alrededor de ella o para sujetarla: un trozo de cuerda, un destornillador. No tiene ninguna de esas cosas y, por lo que puede ver, no hay nada tirado por la sala.

También tiene una tercera opción: puede intentar salir corriendo. Simplemente, abandonar la puerta del armario y correr hacia la oscuridad, con la esperanza de encontrar las escaleras y salir de aquí.

Hay un gran "sí" en este plan, y es lo que le frena. ¿Qué pasa si las escaleras están, de alguna manera, bloqueadas? Tal vez, simplemente están cerradas con llave desde el otro lado. No sería tan raro. Dado que esta parte del sótano ha sido cerrada, muy probablemente se han asegurado de que nadie deambule por aquí.

Si ese es el caso, y si no puede derribar lo que sea que haya entre él y las escaleras, entonces podría verse obligado a enfrentarse a Viggo, Ranfelt y, posiblemente, a otros cuatro muertos vivientes. La idea no es muy atractiva, especialmente si tiene que hacerlo en la oscuridad.

Apunta la luz hacia arriba para ver un par de luces fluorescentes de estilo antiguo. Cerca de la salida, hay un interruptor. Si lo pulsa, ¿funcionará? ¿O también se ha cortado la corriente?

«Podría, simplemente, esperar», se da cuenta entonces. Con suerte, cuando se den cuenta de lo que está pasando arriba, enviarán a alguien para acabar con los zombis. ¿Lo harán, realmente?

A juzgar por la forma en que los médicos trataron a Viggo cuando vino tambaleándose hacia ellos, Aksel no tiene mucha esperanza de que los demás se den cuenta de lo que realmente está pasando a tiempo. Esto podría ser el fin del mundo y, si lo es, no puede confiar en nadie más que en sí mismo. Esto significa que tendrá que encontrar una forma de salir de aquí.

Un grito en alguna parte del sótano se escucha. Aksel escucha

atentamente. Ya no se oye. Pero sonó como una mujer. Es difícil decirlo con Viggo gimiendo y empujando la puerta del armario, pero Aksel está bastante seguro de que el sonido vino de este lado del sótano.

—¿Hola? —llama—. Oye, ¿estás ahí? ¡Podría usar un poco de ayuda por aquí!

Nada. El grito había sido de… ¿qué? ¿Dolor? ¿Desesperación? Sea lo que sea, significa que la mujer todavía está aquí abajo. Y eso probablemente significa que no ha podido encontrar otra salida.

«Así que estamos atrapados. Mierda».

Aksel, de repente, ve algo en el suelo. Ya lo había notado, solo que no había registrado lo que era. Está justo frente a él: un trozo de tela blanca del tamaño de una palma. Se ha desgarrado. Se agacha, sosteniendo la puerta del armario con una mano, para echar un vistazo más de cerca. Es de uno de los trajes de riesgo biológico, y tiene algunas manchas de sangre frescas. En el suelo de baldosas a su alrededor, hay más manchas.

Aksel ve el rostro de la mujer cuando estaba dentro del armario y Viggo tiraba de sus piernas. Ve el miedo, el pánico... el dolor.

—Oh, no —murmura—. La arañó...

Como si sus palabras lo hubieran desencadenado, se escucha otro grito. Esta vez, lo suficientemente fuerte como para que Aksel pueda decir que, definitivamente, hay dolor en la voz.

De repente, la sala oscura parece mucho más pequeña. Los golpes y gemidos del otro lado de la puerta del armario se sienten mucho más intrusivos. También lo hace su propio pulso, que golpea dentro de su cráneo.

«¿Cuánto tiempo le llevará desangrarse? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que venga a por mí?».

27

Tom apunta la pistola a la cara y casi vuelve a disparar.

Se las arregla para evitar apretar el gatillo en el último segundo. El hombre que lo observa desde el umbral está diciendo algo, pero Tom no puede distinguir las palabras. Todavía no oye nada. Lo que le hace no disparar son los ojos del tipo: son normales, humanos.

El tipo repite lo que acaba de decir, luego hace un gesto para que Tom se acerque con una mirada sincera.

Tom mira por encima del hombro, viendo a la mujer entrar en la cocina y dirigirse inmediatamente hacia él.

Tom se apresura a pasar por la puerta, y el hombre la cierra de golpe detrás de él.

Mirando a su alrededor, Tom se encuentra en una habitación demasiado pequeña para su comodidad. No tiene ventanas, ni otras puertas, y hay estanterías en todas las paredes, llenas de comida de larga duración. También hay un gran congelador antiguo. La única fuente de luz es una bombilla desnuda que cuelga del techo. Esto es una maldita despensa.

Se gira para ver al tipo metiendo lo que parece un tenedor de mesa en la ranura de la puerta. Luego, rápidamente toma un trozo de alambre que está enrollado alrededor del pomo y asegura el otro extremo a la cabeza de un tornillo que sobresale de la pared.

El tipo se gira para enfrentarse a Tom, sonriendo con cautela.

—No te preocupes. Sé que parece que no aguantará, pero lo hará.

Esta vez, Tom puede distinguir las palabras, aunque suenan como si vinieran del final de un túnel largo. En ese momento, la mujer empieza a empujar la puerta desde el otro lado. Al igual que Jungersen, no parece que esté golpeándola ni pateándola; simplemente, empujando contra ella, como si quisiera atravesarla caminando.

—Estamos a salvo aquí dentro —le asegura el tipo—. Lleva días intentándolo y todavía no ha conseguido pasar.

Es más joven de lo que Tom pensó a primera vista: no mucho más de veinte, un adolescente grande. Simplemente, parece mayor, probablemente debido a su cabeza rapada, mejillas hundidas y ojos grandes y sobrios. Es muy delgado, rozando lo esquelético, y lleva una camiseta sucia sin mangas, vaqueros desgastados y calcetines.

—Por un segundo, pensé que me dispararías —dice el tipo, sonriendo mientras asiente hacia la pistola que Tom aún tiene en la mano—. No puedo culparte. Yo también he estado en tensión desde que esto pasó. Es casi… —su expresión cambia al notar algo—. Ah, estás sangrando.

Tom mira hacia abajo confundido, dándose cuenta de que su pulgar no para de sangrar. Ya ha formado un charco en el suelo de madera.

—Tenemos que vendarte, amigo —dice el hombre, tomando un trapo de una de las estanterías.

Lo envuelve con determinación alrededor del dedo de Tom, apretándolo firmemente. Luego, toma otro trozo de alambre similar al que sostiene la puerta, enrollándolo varias veces, lo que mantiene el trapo en su lugar.

—Listo —dice, revisando su trabajo—. Creo que está bien. Detendrá el sangrado. ¿Te sientes bien?

—Me siento… bien —dice Tom, aclarando su garganta—. Gracias.

—No lo menciones —el tipo sonríe—. Debo decir que tener a alguien vivo aquí con quien hablar... es un gran alivio.

Ahora que la audición de Tom está casi de vuelta a la normalidad, puede notar que la voz del tipo es un poco rasposa, como si no hubiera sido usada en días.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí dentro? —pregunta.

El tipo se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Es un poco difícil distinguir la luz del día a través de las grietas de la puerta. Al principio, escuchaba cada vez que oía el reloj de la sala, pero perdí la cuenta. Así que supongo que ocho, tal vez nueve días.

Tom levanta las cejas. Mirando alrededor de las estanterías, puede notar que ha comido algo.

—Sí, tuve suerte de que este fuera el lugar donde terminé —dice el tipo, sonriendo—. Si hubiera sido un armario ropero, ya estaría muerto.

—¿Qué es ese olor? —Tom arruga la nariz—. Joder, algo huele a mierda…

—Bueno, lo siento —dice el tipo torpemente, señalando un cubo en la esquina. Ha colocado una bandeja encima—. Traté de sellarlo, pero… —se encoge de hombros—. No podía exactamente pedirle a ella un descanso para ir al baño, ¿verdad?

Tom lo mira fijamente.

—¿Cómo lo hiciste…? ¿Qué pasó?

El tipo respira hondo.

—Bueno, estaba trayendo huevos. Siempre solía traer... Soy Kristoffer, por cierto. Solía traer huevos a los Petersen de vez en cuando. Helda me los pagaba, aunque yo insistía en que no tenía que hacerlo. Era una mujer tan agradable. Qué horrible que haya terminado así.

—La expresión del tipo se vuelve triste mientras mira hacia la puerta.

—¿Así que esa es la mujer que solía vivir aquí? —pregunta Tom.

—Sí. Una señora muy amable —dice de nuevo, sacudiendo la cabeza—. No he visto a Halgrim por aquí, pero supongo que también está muerto.

—Supones bien —dice Tom, con una mueca de dolor por su pulgar palpitante.

—Deberías mantenerlo en alto —le instruye Kristoffer—. Eso ayudará a detener el sangrado.

Tom empieza a irritarse, lo cual es una locura, dado que acaba de salvarle la vida ofreciéndole refugio.

—¿Cómo salimos de aquí? —pregunta bruscamente.

Kristoffer señala la pistola que Tom aún tiene en la mano.

—Le disparas a ella.

—Ya lo intenté. Ella… hay algo seriamente mal en ella.

Kristoffer frunce el ceño.

—¿Como qué?

—Como que le metí tres balas, y apenas la detuvieron.

—¿Apuntaste a su cabeza?

Tom se encoge de hombros.

—Mira, te estoy diciendo que no se le puede matar.

—Pero no le disparaste en la cabeza, ¿verdad?

—No, no lo hice. Le disparé en el pecho. Le volé el maldito corazón y ella, simplemente, siguió avanzando…

El constante golpeteo y raspado de la puerta, mezclado con el dolor en su pulgar, están irritando a Tom. Siente como si quisiera romper algo, lo que siempre le pasa cuando tiene miedo.

«¿Estoy muriendo aquí?».

El pensamiento es tan horrible que ni siquiera quiere considerarlo, no todavía; no mientras aún pueda moverse y actuar.

—Tienes que dispararles en la cabeza —dice Kristoffer, como si fuera algo que todos supieran—. Es el cerebro lo que los mantiene en marcha.

—¿A ellos? —repite Tom, dándose cuenta de que el tipo probablemente no sabe sobre Jungersen—. ¿Has visto a alguien más como ella?

—No, como dije, he estado atrapado aquí desde que pasó.

—¿Desde que pasó qué? ¡Deja de dar rodeos y dime lo que sabes! ¿Qué demonios pasó en este lugar? ¿Qué clase de maldita monstruosidad anda suelta en ese maldito agujero?

El tipo parpadea, luciendo confundido. Levanta las manos.

—Mira, cálmate, hombre. No quería molestarte. Solo… pensé… déjame contarte lo que pasó, ¿vale?

—Por favor —gruñe Tom.

—Vale, entonces vine aquí con los huevos el domingo por la mañana. Cuando llamé, nadie abrió. Pensé que estaban en el jardín

trasero, así que, simplemente, entré. Está bien, lo he hecho muchas veces; pero, cuando entré, vi que la sala de estar estaba un poco revuelta, así que me preocupé. Estaba a punto de llamar a la policía cuando Helda me sorprendió. Me bloqueó el paso y no tuve otra opción que atrincherarme aquí.

El tipo deja de hablar. Tom levanta las cejas.

—¿Y?

—Y luego, nada. He estado aquí durante días, como te dije. No he abierto la puerta ni una vez. No podía. Ella ha estado justo afuera, custodiándola. Me resigné a comer la comida que hay aquí, hacerla durar tanto como pudiera hasta que alguien, con suerte, viniera a ayudarme, o tal vez ella se cansara y se fuera. Pero eso no ha pasado. No fue hasta que tu pistola me despertó. Cuando abrí la puerta y miré afuera, te vi venir hacia aquí, y vi a Helda persiguiéndote, así que te dejé entrar. Eso es todo.

—Entonces, ¿no has estado en el jardín trasero?

—No.

—¿No has visto el agujero?

—¿Qué agujero?

—Sigues diciendo "ellos", como si hubiera más de ellos. ¿A quién te refieres?

Los párpados de Kristoffer vuelven a parpadear.

—Solo supuse... ¿no se ha acabado el mundo?

—No. Que yo sepa, no. La economía está por los suelos, pero eso no es nada nuevo.

—Pero... ¿los zombis no se han apoderado de todo?

Tom se ríe con desprecio.

—¿Zombis? Chaval, has estado aquí demasiado tiempo.

El tipo señala la puerta.

—¿No está todo el mundo ahí fuera luchando por sus vidas?

—Si te refieres a ganarse la vida y evitar el cáncer, entonces sí. Pero no hay ningún apocalipsis.

Kristoffer se queda boquiabierto.

—Joder... así que Helda es... este es el único lugar donde... Hostias... estaba seguro de que... que esto significaba que los muertos estaban despertando.

Esa última frase envía un escalofrío involuntario por la espalda de Tom.

—No sé nada de zombis, pero algo loco está pasando aquí, seguro. Mi compañero... —deja de hablar.

—¿Cómo salimos de aquí? Excepto por volarle la cabeza, quiero decir —Tom guarda la pistola en la funda, empuja algunos frascos a un lado y usa su mano buena para golpear la pared.

—No funcionará, créeme —dice Kristoffer, leyendo su mente—. He

revisado cada pared. Todas están cubiertas con algún tipo de yeso duro; también lo está el techo. Supongo que así se aseguraban de que las despensas siempre se mantuvieran frescas. Esta casa tiene al menos 150 años, ¿sabes?

—Maldita sea. ¿Tienes un teléfono móvil?

—Si lo tuviera, lo habría usado. Pero no, no hay señal aquí de todos modos.

—Eso pensaba. Mierda.

—Mira, esto es realmente una gran noticia —insiste Kristoffer, sonriendo de nuevo—. Si Helda es la única, entonces esto se puede detener antes de que se convierta en un desastre. Solo tenemos que matarla.

—Eso de lo que estás hablando es homicidio —gruñe Tom—. Veinte años obligatorios; quizá diez, si convences a los jueces de que fue en defensa propia.

—No, no lo entiendes. Ella ya está muerta. Quiero decir, solo necesitamos… acabar con ella de una vez por todas. Es difícil de explicar, pero es un zombi, ¿ves? Los zombis son personas muertas reanimadas. No tiene pulso, ni latidos, ni respiración, nada. Solo su cerebro sigue funcionando a un nivel primitivo. Por eso, no funcionó cuando le disparaste en el pecho. Podrías haber aplastado todo su cuerpo con una apisonadora; mientras el cerebro permanezca intacto, seguirá adelante. Tampoco siente dolor, y no necesita dormir ni comer ni nada. Solo está interesada en comer carne humana.

Tom no puede evitar sentir cómo se le retuerce el estómago al escuchar al chico hablar.

—Escucha, eso es un montón de tonterías. Lo que acabas de describir puede ser perfectamente cierto en uno de esos horribles videojuegos que jugáis los jóvenes hoy en día. Y no pretendo saber qué le pasa, pero, ciertamente, no es un zombi.

El tipo no responde, y Tom puede ver cómo decide deliberadamente no decir más. Tom se lo agradece.

—Ahora, estoy sangrando y necesito atención médica —continúa—. Así que voy a abrir esa puerta y…

—No, por favor, no lo hagas.

—… y, si me ataca de nuevo, la neutralizaré. Luego, iré al teléfono y llamaré a refuerzos.

—No deberías enfrentarte a ella —le insta Kristoffer—. Si te araña o te muerde, aunque sea un poco…

—Ya lo hizo —lo interrumpe Tom con una sonrisa sombría, mostrándole el pulgar—. ¿Qué crees que es esto?

Los ojos del tipo pasan de grandes a enormes.

—Joder. ¿Fue… te mordió? Mierda, pensé que solo te habías tropezado o algo. ¿Por qué no lo dijiste de inmediato?

—Porque no marca ninguna diferencia. Ahora, como dije…

—¿Ninguna diferencia? —la voz del tipo se vuelve aguda—. Tío, estás acabado. Vas a morir, y te vas a convertir en lo que ella es. Solo es cuestión de tiempo. Confía en mí, tú…

—Se corta. Se queda mirando a Tom, y Tom puede ver que, de repente, está petrificado.

—Eso es otra sarta de tonterías —gruñe Tom—. No me estoy muriendo. ¿De acuerdo?

Kristoffer asiente mecánicamente.

—De acuerdo.

—Vamos a salir de aquí. Solo necesitas seguir mi ejemplo. ¿Puedes hacer eso?

Otro rápido asentimiento.

—Claro. Pero, por favor…

—¿Sí? —Tom se da la vuelta, dándole una mirada impaciente.

—Si necesitas disparar… —dice Kristoffer— entonces, apunta a su cabeza.

—Gracias, lo recordaré. Ahora, salgamos de este apestoso armario.

28

Frida sigue a Olivia de vuelta al vestíbulo de entrada.

—Escucha —dice Olivia, deteniéndose mientras ya está ocupada con su buscapersonas—. Llamaré a todas las enfermeras, pero necesitaré que vayas a ver si...

Las instrucciones de Olivia se desvanecen mientras Frida deja de prestar atención. En su lugar, mira a Anand caminando rápidamente hacia el ascensor del personal. Junto a él, hay un estante con trajes de materiales peligrosos, y Anand agarra uno de ellos, lo coloca sobre su brazo y luego pulsa el botón, y las luces sobre la puerta se encienden en verde.

Frida siente que su teléfono vibra. Lo saca. Olivia sigue hablando. Frida ve el nombre de Aksel en la pantalla.

—Es él —dice, mostrando brevemente el teléfono a Olivia, luego contesta—. ¿Axe? ¿Estás bien?

—Sí —responde él. Pero suena como si estuviera moviéndose o, tal vez, luchando contra algo—. Por ahora. Pero algo ha golpeado el ventilador aquí abajo. ¿Conseguiste que cerraran el lugar?

—No —dice Frida, consciente de que Olivia se inclina para escuchar.

Frida está mirando a Anand, que está esperando el ascensor. Revisa su buscapersonas y, luego, su teléfono.

—¿Por qué no? —exige Aksel—. No me digas que... Espera, ¿sigues en el edificio?

—Sí. Anand está bajando allí —dice Frida—. Dijo que tiene que ver por sí mismo lo que está pasando...

—¿Qué? —Aksel la interrumpe—. ¡No puede! Frida, detenlo. Si entra en ese ascensor...

En ese momento, el ascensor suena y las puertas se abren. Frida oye a Olivia jadear bruscamente. Ve a Anand dar un paso adelante y, luego, congelarse.

Dentro del ascensor hay dos hombres. Frida reconoce a uno de ellos por los zapatos. Es Mikkel Ranfelt, el auxiliar. Está tumbado sobre sus manos y rodillas, comiendo el muslo del otro tipo, quien, a juzgar por la bata, es un médico. O lo era, porque, obviamente, está muerto.

Cuando Ranfelt oye abrirse las puertas, gira la cabeza, y es entonces cuando Frida se da cuenta de que todo va a salir terriblemente mal, que nunca debería haberle contado nada a Olivia, que debería haber activado todas las alarmas de incendio que pudiera encontrar, que nunca debería haber soltado el brazo de Anand.

Y, hablando de Anand, el médico indio parece procesar el shock de la escena sangrienta y la cara de Ranfelt mucho más rápidamente que

Frida. Da un paso atrás, mientras Ranfelt se pone de pie, y presiona el botón para cerrar la puerta del ascensor.

Se cierra, pero demasiado tarde. Ranfelt logra deslizarse a través de la puerta, agarrando a Anand. El doctor salta a un lado, sus zapatillas van chirriando mientras corre hacia un lugar seguro, con su bata ondeando.

Ranfelt lo sigue unos pasos, luego cambia de dirección. Se tambalea por el vestíbulo de entrada, mirando a su alrededor, aparentemente tratando de decidir a dónde ir. Grupos de personas están de pie alrededor. Algunos han notado al médico corriendo y parecen preocupados, pero la mayoría aún no es consciente del peligro. Ninguno de ellos ha visto aún a Ranfelt.

Verlo allí, en medio del vestíbulo de entrada, es tan surrealista que Frida siente como si hubiera aterrizado en medio de una película de terror. El contraste entre el suelo reluciente, la fachada de vidrio, los visitantes con ropa limpia, y luego Ranfelt, ensangrentado, desordenado, con su cara mayormente desaparecida, sus movimientos espasmódicos, sus dientes chasqueando con ansias al ver todo este potencial de presas a su alrededor.

—Oh, Dios mío —exhala Olivia. Luego, empieza a gritar—. ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Aléjense de él! —Acercándose más, agita los brazos frenéticamente, tratando de advertir a las personas más cercanas a Ranfelt.

Desafortunadamente, tiene el efecto contrario. El grupo, una familia de cuatro personas, rodeando a una anciana en silla de ruedas acompañada por un auxiliar, se detiene y miran a Olivia con caras perplejas. Olivia señala con ambas manos a Ranfelt, que viene hacia ellos por detrás.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene!

Finalmente, la madre de la familia capta la indirecta y se da la vuelta, justo cuando Ranfelt cae sobre ella. Ella grita, logrando empujarlo torpemente a un lado; pero vuelve a gritar, llevando la mano a su cara mientras se da la vuelta y se tambalea. Frida ve dos largas rayas ensangrentadas que bajan por su mejilla, provocadas por las uñas de Ranfelt.

Luego, Ranfelt va hacia el padre, que valientemente se ha situado alrededor de la silla de ruedas para enfrentarse a la amenaza. Atrapa a Ranfelt en un incómodo abrazo desde el costado, inmovilizando ambos brazos. Obviamente, está tratando de derribarlo al suelo, y podría haber funcionado si Ranfelt no hubiera girado la cabeza y mordido la nariz del tipo. El hombre ruge de dolor y suelta su agarre, optando por un golpe a la cabeza de Ranfelt. Solo conecta a medias, pero es suficiente para que Ranfelt se tambalee de lado. Frida ve el pedazo de carne ensangrentado entre sus dientes justo antes de que

trague la punta de la nariz del hombre. Las manos del padre van a su cara mientras la sangre comienza a brotar sobre su boca.

La hija adolescente está gritando, atrayendo la atención de Ranfelt. Si no hubiera sido por el auxiliar, ella habría sido la siguiente; pero el tipo abandona la silla de ruedas de la abuela y, en su lugar, agarra a la chica por detrás, levantándola y poniéndola a salvo del peligro.

Ranfelt gruñe con molestia, y luego se gira hacia la silla de ruedas y se inclina sobre la anciana, que, sin duda, habría gritado si no hubiera estado usando la mascarilla de oxígeno.

La espalda de Ranfelt bloquea la mayor parte de la vista, pero Frida aún ve sus brazos delgados agitándose en vano para alejarlo, y el gran pedazo de piel del cuero cabelludo que Ranfelt arranca con los dientes. Gira la cara hacia el techo y devora el desastre ensangrentado, cabello gris y todo. El gesto le recuerda a Frida a un cocodrilo tragando, su mandíbula y garganta moviéndose rítmicamente para engullir el gran trozo de piel. Mientras se inclina sobre la anciana para dar un segundo mordisco, la ensalada de pollo que Frida había comido en el almuerzo vuelve a subir, y se inclina, devolviéndola al suelo.

Entre arcadas, logra levantar la vista. El vestíbulo se ha convertido ahora en un completo caos. Todavía parece que no todos tienen claro exactamente lo que está ocurriendo, pero todos parecen saber que es algo peligroso.

Algunas personas están corriendo hacia las puertas de vidrio; otras, se dispersan por las diferentes entradas; otros, de nuevo, se amontonan alrededor de los heridos. Mientras la gente trata de salir del vestíbulo, también hay otros entrando, especialmente el personal y los guardias de seguridad, todos con la confusión pintada en sus rostros. Alguien debió haber activado la alarma de incendios, porque está sonando.

Es entonces cuando Frida ve a Anand regresar corriendo. Junto a él vienen tres guardias de seguridad. Anand grita algo y señala hacia las puertas. Los hombres, inmediatamente, comienzan a sellarlas, apartando a la gente para hacerlo.

Frida nota que todas las puertas de los ascensores se abren de golpe y se quedan así. Un joven entra corriendo en uno de ellos y pulsa frenéticamente todos los botones, pero el ascensor permanece abierto.

A continuación, suena una voz grabada por los altavoces.

—Se ha declarado un estado de emergencia. Por favor, mantenga la calma y siga estas directrices. Todos los pacientes regresen a sus habitaciones y permanezcan allí hasta nuevo aviso. Todo el personal debe actuar de acuerdo con los procedimientos del código plata. Localicen y apliquen el equipo de seguridad necesario. Eviten el contacto interpersonal donde sea posible, excepto donde las vidas

puedan estar en peligro. Busquen permanecer…

Frida ve a Olivia aparecer. Sus ojos son grandes y están aterrorizados, pero decididos.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí.

La toma por los hombros y, mientras Frida sigue escupiendo bilis, deja que Olivia la guíe hacia el extremo menos concurrido del vestíbulo. Todo el tiempo, Olivia murmura en su oído, como si también estuviera hablando consigo misma.

—Está bien, lo controlarán. Todo estará bien, solo tenemos que encontrar algún lugar para esperar. Lo controlarán.

Frida se da cuenta de que Olivia se dirige hacia las escaleras. Al pasar junto al ascensor del personal, ve, para su sorpresa, que el médico al que Ranfelt estaba comiendo ahora está sentado. Gira la cabeza y la mira directamente. Sus ojos están negros, como los de Ranfelt.

Dios, realmente están muertos...

Mientras Olivia la arrastra, lo último que Frida ve es al médico ponerse de pie y salir del ascensor tambaleándose. Su paso es desigual debido a que su muslo izquierdo está comido hasta el hueso. No parece importarle. Simplemente, se tambalea hasta la víctima más cercana e inadvertida: una enfermera arrodillada junto al hombre que perdió su nariz, y cae sobre ella, mordiéndole el cuello y abriéndolo.

Entonces, todo queda fuera de vista cuando Olivia la mete en la escalera y cierra la puerta de golpe.

29

Aksel lleva luchando contra Viggo cinco minutos —aunque le parecen, más bien, cinco horas— cuando, de repente, recuerda el teléfono que tiene en la mano.

Ha estado tan concentrado en sobrevivir que se ha olvidado por completo de que puede llamar a alguien. No es que nadie realmente pueda ayudarle. Está seguro de que, a estas alturas, Frida y Jakob ya se han ido, junto con los otros pacientes que están siendo evacuados.

Revisa la pantalla y ve una llamada perdida de Frida. La llama de vuelta, usando su mano izquierda para sostener el teléfono mientras se apoya en el armario con la derecha.

Ella contesta al segundo timbre. Su voz es una mezcla de alivio y tensión.

—¿Axe? ¿Estás bien?

—Sí —responde él, gruñendo mientras Viggo da un fuerte empujón—. Por ahora. Pero las cosas se han puesto realmente feas aquí abajo. ¿Conseguiste que cerraran el lugar?

—No —Frida suena extrañamente distraída. Como si su mente estuviera ocupada con otra cosa.

—¿Por qué no? —pregunta Aksel, sintiendo que la ira crece en su interior—. No me digas que tú… —un pensamiento aterrador lo golpea—. Espera, ¿todavía estás en el edificio?

—Sí —dice Frida—. Anand está bajando allí. Dijo que tiene que ver por sí mismo lo que está pasando…

—¿Qué? —Aksel suelta, sin poder creer lo que está escuchando—. ¡No puede! Frida, ¡detenlo! Si entra en ese ascensor, estará jodido. Ya deben estar por todo el sótano. ¡Llama para un cierre, ya!

Cuando Aksel deja de hablar, puede darse cuenta de que Frida ya no está escuchando.

Alguien jadea. Podría ser ella, pero suena como otra persona. Alguien dice algo en el fondo. Luego, hay un grito penetrante. Aksel aleja el teléfono de su oído, mientras más voces agitadas se unen. Parece que se desata una pelea.

—¿Frida? —pregunta Aksel, con el corazón en la garganta—. ¿Estás bien? ¿Frida? ¡Sal de ahí, por favor!

La llamada se termina.

Aksel se queda mirando su teléfono un momento, considerando volver a llamarla; pero, probablemente, no contestará.

—Maldita sea. Esto va de mal en peor. Necesito salir de aquí…

Activa la linterna de nuevo y escanea la habitación una vez más. Aún no ve nada que le ayude, excepto por el tubo. La mujer no ha regresado, y no ha oído nada de ella en un buen rato.

Podría significar que ya se ha desmayado, o peor: que ya está muerta. Por lo que él sabe, podría estar tirada justo a la vuelta de la esquina, a punto de despertarse en cualquier momento.

«Vale, suficiente demora. La situación solo empeorará cuanto más espere».

Se prepara mentalmente para lo que necesita hacer. Muy probablemente, tendrá que luchar por su vida, lo que significa matar a Viggo con el tubo. Aksel ha estado en algunas peleas en su vida; nada demasiado serio, sin embargo. Una terminó con un dedo dislocado y una nariz sangrando, pero esto será muy diferente.

El mayor problema será la luz. Si va hacia el interruptor y resulta que no funciona, solo tendrá su teléfono para confiar, y no puede sostenerlo si necesita golpear con el bate.

Aquí está el plan: primero, correr. Abandono el armario, agarro el tubo y uso mi teléfono para orientarme. Tendré una ventaja de unos treinta segundos. Eso debería ser suficiente si tengo suerte y encuentro una salida. Si no, entonces el plan B es girarme y luchar.

Aksel se prepara, contento con la estrategia. Cuenta internamente hasta tres; luego, espera a que Viggo dé un empujón. Tan pronto como lo hace, Aksel lo detiene por última vez antes de correr.

Dejar el armario se siente como caer al vacío desde un acantilado. Se lanza hacia abajo y agarra el tubo. Es más pesado de lo que parecía, lo cual es bueno. Definitivamente, puede romper un cráneo con él si llega a eso. No pierde tiempo mirando hacia atrás, sino que se dirige directamente a la vuelta de la esquina. Se sacrifica dos segundos para alcanzar el interruptor. No produce ninguna luz.

—Mierda.

Aksel sigue adelante. Quiere correr, pero se obliga a caminar rápidamente. Sostiene el teléfono con el tubo descansando en su hombro, como un bateador acercándose a la base.

Navegar por la parte oscura del sótano del hospital es como jugar un nivel de Silent Hill, excepto que es mucho más angustiante, ya que aquí su vida realmente está en juego y no puede, simplemente, empezar de nuevo si lo matan. Presiona cada interruptor que encuentra, pero ninguno funciona.

Nota que sus suelas emiten pequeños ruidos húmedos y mira hacia abajo para ver un rastro fresco de sangre, que debe ser de la mujer. Ella también fue por este camino. Y parece que se detuvo justo aquí…

Aksel se detiene unos segundos mientras entra en una nueva habitación. Es uno de los antiguos quirófanos. Ha sido despojado de equipos, salvo por la mesa y los armarios de acero. Todos los cajones están abiertos, y Aksel ve una huella ensangrentada en el borde de la mesa. También hay un charco de sangre más grande en el suelo, pero no hay rastro que salga de aquí.

Aksel contiene la respiración, escaneando cada centímetro de la habitación con los ojos. O la mujer todavía está aquí en algún lugar, o logró detener la hemorragia antes de seguir adelante. Parece lo último, porque no se la ve por ninguna parte, no hay lugares obvios para esconderse y…

Un gemido resuena por las habitaciones. Aksel se da la vuelta, pero no ve a nadie.

Eso fue Viggo. Está viniendo.

Aksel cruza rápidamente la habitación y empuja la siguiente puerta. Conduce a donde esperaba llegar: el pasillo. Desde aquí, solo hay dos caminos a seguir, ya que un extremo del pasillo ha sido sellado con madera contrachapada. Romper esos paneles le llevaría una eternidad, y solo lo llevaría a la parte del sótano de la que acaba de escapar.

El otro extremo del pasillo termina en una pesada puerta cortafuegos con la imagen de un tipo caminando por una escalera. También hay una abertura justo al otro lado del pasillo, pero eso solo lleva a más habitaciones vacías.

Aksel está seguro de que la única salida del sótano es la puerta cortafuegos. También está seguro de que está cerrada y es prácticamente imposible de derribar. Un rayo de luz se filtra y, al acercarse, puede oír voces gritando y pasos apresurados. Suena como si mucha gente estuviera apresurándose a subir o bajar las escaleras. Puede escuchar peleas. Alguien grita. Mierda. Incluso si paso, saldría directo al caos.

Aksel revisa la puerta. Está cerrada, tal como esperaba. En su lugar, se da la vuelta y camina rápidamente hacia la puerta que conduce más adentro del sótano. Justo cuando la abre, se escucha un ruido detrás. Apunta la luz en esa dirección y ve a Viggo entrar en el pasillo. Es una visión aún más aterradora bajo la luz del teléfono: su tez demacrada, sus movimientos espasmódicos, sus ojos pequeños y negros. Abre la boca mostrando sus dientes manchados de sangre, con trozos de piel y carne aún atrapados entre algunos de ellos.

Aksel se apresura a través de la puerta, cerrándola detrás de él. No hay cerradura y, lo que es peor: no hay más puertas ni aberturas. «¡Mierda!».

Aksel se apoya en la puerta, preparándose para el forcejeo con Viggo. Esta vez, sin embargo, descubre que solo necesita sostener la manija, porque Viggo no puede empujar la puerta sin presionar hacia abajo la manija, y parece que no logra darse cuenta de eso. Aún así, dejar la puerta sería un riesgo: Viggo podría apoyarse accidentalmente en la manija y entrar. Una vez más, Aksel se encuentra atrapado, considerando sus opciones.

Escanea la habitación. No puede decir de inmediato qué solía ser, porque está despojada de cualquier mueble o equipo. Las únicas cosas

que quedan aquí son dos tuberías gruesas que recorren la pared y una lata de refresco que alguien, probablemente uno de los trabajadores, dejó tirada en el suelo.

Vale, esto es todo. Tendré que abrirme camino de vuelta. Luego, tendré que derribar esa puerta cortafuegos de alguna manera.

Incluso mientras lo piensa, sabe que es un mal plan. Por lo que él sabe, Ranfelt y otros tres o cuatro podrían haber pasado por el armario y estar viniendo a unirse a Viggo. Sería un suicidio salir allí, incluso con el tubo.

Es entonces cuando se da cuenta de la rejilla en el techo. Es una de esas rejillas antiguas, del tamaño de una caja de pizza. Está hecha de plástico y parece bastante fácil de arrancar.

Aksel frunce el ceño, ignorando los gemidos de Viggo. ¿Realmente podría hacerlo? ¿Podría hacer un John McClane para salir de aquí?

Es concebible que se pueda hacer; al menos, en teoría. Solo hay dos posibles obstáculos que se le ocurren. Uno: es probable que el conducto de aire ya no esté en uso y podría no estar conectado al nuevo sistema, lo que significa que podría ser un callejón sin salida.

Dos: El techo está a más de tres metros de altura, demasiado alto para que Aksel lo alcance, y no hay nada sobre lo que pueda subirse.

Aún así, el conducto de aire es su mejor opción: su última opción.

Aksel suelta la manija de la puerta, una vez más sintiendo que se lanza a la parte profunda de una piscina sin saber nadar, y se acerca a la rejilla. Coloca su teléfono en el suelo, luego toma el tubo y lo empuja hacia arriba. El plástico es incluso más frágil de lo que esperaba. La rejilla prácticamente explota, lloviendo pedazos y polvo sobre él.

Aksel estornuda y se hace a un lado. Algo se le metió en el ojo y lo frota con un gemido. En ese momento, su teléfono comienza a sonar. Aksel mira la pantalla. Es Frida.

Como está distraído, Aksel no se da cuenta de que la puerta se abre detrás de él.

30

Kristoffer mira la espalda del hombre. Él solo está ahí parado, frente a la puerta de la despensa, sin moverse.

—¿A qué esperas? —pregunta Kristoffer, inclinándose de lado, intentando ver su rostro.

El hombre grande se sobresalta.

—¿Eh? Oh, solo… solo necesito un minuto… Solo… déjame pensar.

—Claro —dice Kristoffer, frunciendo el ceño mientras el tipo se apoya en la pared—. Pero, quiero decir, tú eres el que quería…

—Es solo que mi cabeza está como dando vueltas —murmura el tipo, limpiándose la frente con la manga. Su voz, de repente, suena pastosa—. ¿Estoy sudando? Siento que estoy sudando —se tambalea y casi se cae.

—Oye, creo que deberías sentarte, amigo.

—Voy a sentarme —murmura el tipo, y luego se desploma sobre las estanterías, arrastrando varias cosas con él mientras cae al suelo.

El sonido de las ollas rompiéndose es fuerte en la pequeña despensa. Él cae de lado, con la cabeza girada, y se queda completamente inmóvil, respirando con dificultad.

Kristoffer lo observa. Mirando su cara, es obvio que no está bien. Sus ojos están hinchados; sus mejillas, rojas; y está sudando a mares. Sus labios se mueven como si todavía estuviera hablando.

«Mierda. ¿Ya? Bueno, le mordieron en el pulgar, que es donde está la arteria principal. La infección probablemente fue directamente al corazón».

Kristoffer no está realmente sorprendido. Sabe lo que está pasando. Simplemente, no esperaba que sucediera tan rápido.

El tipo se está muriendo. Estará muerto en cuestión de minutos. Nada puede salvarlo, así que Kristoffer ni siquiera va a intentarlo. Después de enfrentar a Helda, no tiene ilusiones. Ha pasado todos estos días en la despensa, haciéndose a la idea de que la gente muere.

Kristoffer ya no tiene familia, no desde que murió su abuela, y se sintió un poco afortunado de no enfrentar ningún desamor personal causado por la invasión de los zombis. Todo lo que tendría que hacer sería preocuparse por su propia supervivencia.

Mientras estuvo cautivo en la despensa, la parte lógica de su cerebro de vez en cuando intentaba colarse y convencerlo de que todo era una tontería, que esto no podía ser real.

Y, entonces, oía a Helda gemir y rascar la puerta, recordándole lo real que era esto.

Así que Kristoffer está mucho más allá de la sorpresa, la duda o la vacilación. Ya está al tanto, y no pierde tiempo. «Necesito salir de

aquí. Ahora mismo».

Arrodillándose, intenta quitarle la pistola al tipo. Él todavía la sostiene en su mano buena, y ha caído en una posición incómoda, aplastándola bajo su pecho. Kristoffer necesita girarlo sobre su espalda para poder acceder al arma. Al hacerlo, el tipo se agita y gime. Sus párpados tiemblan mientras intenta mirar hacia arriba.

—¿Papá? —gruñe—. ¿Qué haces aquí?

Parece un sonámbulo. Kristoffer se siente mal por él. No responde, e intenta no mirarle a la cara. Ya se está poniendo ceniciento. Es increíble que todavía esté consciente.

—Está bien —susurra mientras el tipo agarra la pistola—. Yo tomaré esto. Suéltala.

—No —murmura el tipo, resistiéndose—. No, es mía. ¡Para! —De repente, ruge, escupiendo saliva de sus labios, y arremete contra Kristoffer con su mano herida.

Kristoffer retrocede justo a tiempo. Siente los nudillos del tipo rozar su barbilla. Si lo hubiera golpeado, Kristoffer no tiene dudas de que habría quedado inconsciente. En cambio, el tipo golpea la estantería inferior y, luego, grita agudamente.

—¡Ay! ¡Maldita sea…!

El dolor parece devolverlo a la realidad. Parpadea y se sienta, tambaleándose, agarrando su mano herida, respirando por los dientes apretados.

—Está bien —dice Kristoffer, extendiendo ambas manos—. Solo relájate. Vas a estar bien.

—Mi mano —gime el tipo—. ¿Qué pasó con mi mano? Joder, duele tanto…

—Solo la golpeaste, eso es todo.

El tipo mira la venda y luego lo mira a él, con los ojos nublados.

—Tú hiciste esto… Arruinaste mi pulgar…

—No —dice Kristoffer, sacudiendo la cabeza con firmeza—. Intenté ayudarte. Te lo juro. Yo solo…

—Intentaste matarme —dice el tipo, alzando la voz—. Y, luego, intentaste tomar mi pistola…

Incluso mientras sigue hablando, Kristoffer se da cuenta de lo que el tipo va a hacer. Está pintado en su cara: ira, confusión, miedo. Kristoffer, instintivamente, extiende la mano hacia el frasco más cercano.

—Maldita rata —gruñe el tipo, levantando la pistola para apuntarla al pecho de Kristoffer.

Kristoffer lanza el frasco con todas sus fuerzas, justo cuando el tipo dispara.

31

Jakob ve todo descontrolarse desde la primera planta, donde se puede ver el vestíbulo de entrada.

Después de que Frida saliera de su habitación, él se quedó allí unos veinte minutos, alternando entre quedarse dormido y sentirse ansioso. Finalmente, se levantó y encontró su teléfono en sus pantalones, que habían sido colocados ordenadamente en un taburete. Llamó a Aksel, pero su hermano no respondió.

Frida le había dicho que volvería en cinco minutos. Ya habían pasado, al menos, veinte, y no había habido ningún tipo de alarma. Por lo que Jakob sabía, el caos podría estar desatándose por todo el hospital. Viggo podría haberse despertado y haber matado a varias personas, incluyendo a Aksel.

Fue entonces cuando Jakob decidió que no iba a quedarse esperando para averiguarlo.

Así que se cambió a su propia ropa, lo cual no fue fácil con su mano vendada. Especialmente meterla en la manga de su camisa resultó difícil. La mínima presión le causaba dolor.

Cuando asomó la cabeza por el pasillo, no vio nada fuera de lo común, solo lo habitual. Salió y caminó hacia los ascensores. Afortunadamente, llevaba puesta su sudadera con capucha, así que pudo esconder su mano en el bolsillo.

Pareciendo lo más discreto posible, se dirigió al ascensor y presionó el botón. Cuando se abrió, ya había alguien dentro: un auxiliar con un tipo flaco en silla de ruedas.

—¿Bajando? —preguntó el auxiliar mientras Jakob entraba.

—Sí —murmuró, sin presionar ningún botón.

El ascensor fue al tercer piso, y el auxiliar salió con la silla de ruedas. Jakob había planeado bajar hasta el fondo, pero, cuando estaba a punto de presionar el botón, oyó a alguien gritar.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Aléjate de él!

Salió y caminó hacia la barandilla para mirar sobre el vestíbulo de entrada, y se dio cuenta de lo afortunado que había sido. Si hubiera tocado ese botón, probablemente estaría muerto.

Parecía que las cosas estaban empezando. Un joven vestido de auxiliar estaba atacando a la gente. En segundos, todo fue un caos ciego. Jakob vio, al menos, a cinco personas resultar gravemente heridas. Su corazón se hundía con cada una de ellas.

«Esto es todo culpa mía», pensó, sintiéndose enfermo del estómago. «¿Por qué no escuché a Viggo?».

Entonces, vio a Frida salir corriendo del vestíbulo, escoltada por otra enfermera, y Jakob se puso en movimiento. Volvió al ascensor y

subió de nuevo al séptimo piso. Sin estar realmente seguro de adónde ir, decidió regresar a su habitación. Justo cuando salió del ascensor, un mensaje de emergencia comenzó a sonar desde altavoces ocultos.

Corrió de vuelta a la habitación 13, encontrando la puerta aún entreabierta, y la cerró con llave tras él.

Ahora, está sentado en su cama, escuchando la grabación que se repite una y otra vez, diciéndole que se quede donde está, mantenga la calma y espere más instrucciones.

Entonces, inesperadamente, alguien llama a la puerta de su habitación, y una voz dice:

—¿Hola? ¿Jakob?

32

—¡Cuidado!

La advertencia de Olivia llega en el momento justo. Frida estaba tan concentrada en subir las escaleras que no vio el traje de protección biológica que alguien dejó tirado en los escalones. Resbala con él, pero logra agarrarse a la barandilla de la escalera, evitando una caída desagradable.

—Gracias —murmura, apartando el traje de una patada.

Han subido, al menos, tres pisos en un tiempo récord, y las pantorrillas de Frida arden de dolor.

—Vamos, tenemos que seguir —dice Olivia, también sin aliento.

Continúan subiendo. El mensaje de emergencia sigue sonando, repitiéndose por tercera vez. Abajo, Frida puede oír gritos, voces y a otras personas corriendo por las escaleras. Parece toda una estampida, y está agradecida de que Olivia haya actuado rápidamente, dándoles ventaja; de lo contrario, podrían haber sido pisoteadas.

—¿A dónde... vamos? —pregunta Frida, haciendo todo lo posible por seguir a la misma velocidad de la enfermera alta.

—A donde podamos —responde Olivia por encima del hombro—. Estoy bastante segura de que... los pisos están bloqueados... para aislar cualquier contagio... así que tendremos que...

Se detiene abruptamente al llegar al cuarto piso, y Olivia casi choca contra una mujer que está tirando de la puerta de la sala. Normalmente, las puertas están siempre abiertas, pero Frida nota que la luz de la cerradura electrónica en la parte superior está en rojo.

—¿Por qué no puedo entrar? —exige la mujer con voz aguda, girándose para mirar a Olivia y Frida, como si ellas fueran las culpables del problema—. ¡Todos los pisos están bloqueados!

La mujer lleva unos jeans modernos y lo que parece ser una camisa cara. Habría sido bonita si no fuera por la expresión desquiciada de sus ojos y el estado desordenado de su cabello. Tendrá unos cuarenta, y Frida la toma por una mujer de negocios. Probablemente, esté aquí para visitar a alguien.

—Venga con nosotras —dice Olivia, señalando hacia arriba—. Puedo llevarnos a un lugar seguro.

La mujer se une a ellas enseguida mientras continúan hacia el siguiente piso. Aquí, Olivia se detiene y saca su tarjeta de identificación. La pasa por el panel junto a la puerta, y luego teclea un código. La cerradura emite un zumbido y Olivia abre la puerta de un tirón.

—Vamos, entrad.

La mujer empuja a Frida, y las tres entran en la sala. Olivia deja que

la puerta se cierre detrás de ellas, y se escucha un clic en la cerradura.

—Bien, escuchad —dice Olivia, mirando a Frida y a la mujer—. Las habitaciones de los pacientes son el lugar más seguro para estar ahora. Solo necesitamos encontrar una que esté vacía. Este piso tiene cerraduras electrónicas en todas las puertas, así que podemos...

—¿Estás diciendo que nos vamos a esconder en la habitación de un paciente? —pregunta la mujer—. ¡Pensé que íbamos a salir de aquí!

—No podemos —responde Olivia, frunciendo el ceño—. ¿No has estado escuchando? Han sellado todas las salidas. No podemos...

—Podemos saltar por una ventana —insiste la mujer—. Solo necesitamos volver a bajar.

Se gira y está a punto de irse cuando Olivia la agarra.

—¡Escucha! No podemos hacer eso. Para empezar, el primer piso ya no es seguro. Y en segundo lugar, no nos está permitido salir. ¿No entiendes lo que está pasando aquí? Hay una enfermedad desconocida propagándose y, si salimos, corremos el riesgo de dejarla salir al público.

El rostro de la mujer se queda en blanco. Los músculos diminutos de sus mejillas se contraen, y Frida puede ver que está luchando contra sí misma.

—No estoy infectada —dice, apenas moviendo los labios—. No soy una amenaza para nadie. Puedo irme si quiero. Es mi derecho.

Olivia niega con la cabeza.

—Lo siento, pero tus derechos han sido suspendidos.

La mujer entrecierra los ojos.

—No me vas a decir lo que tengo que hacer. Suéltame.

Olivia la suelta sin más discusión.

—Bien. ¿Sabes qué? Vuelve allá abajo. Encuentra una ventana para saltar. Veamos hasta dónde llegas. Incluso si logras salir, simplemente te dispararán.

El rostro de la mujer cambia de nuevo, esta vez a uno de confusión.

—¿Dispararme? ¿Quién me disparará?

—¡Las autoridades, por el amor de Dios! Apuesto a que están rodeando el hospital mientras hablamos. ¿Vas a venir con nosotras o no?

La mujer no tiene tiempo de responder antes de que alguien empiece a golpear la puerta por la que acaban de entrar.

—¡Eh! ¡Alguien, abra! ¡Déjenme entrar! —Es la voz de un hombre, aguda y aterrorizada—. ¡Ya vienen! ¡Déjenme entrar, maldita sea!

Olivia no quita la vista de la mujer.

—¿Todavía quieres volver allá abajo?

—Yo... yo...

—¡Ayuda! ¡Abran la maldita puerta! —El hombre golpea desesperadamente. Luego, abandona abruptamente y, aparentemente,

sigue subiendo las escaleras.
La mujer mira a Olivia.
—Me quedo contigo.
—Bien. Vamos a buscar una habitación.
—La trece —escucha Frida decirse a sí misma.
Olivia la mira.
—¿La 13 está vacía?
—No, pero conozco al paciente.
Olivia asiente una vez; luego, se dirigen por el pasillo vacío. Cada puerta está cerrada, nadie tiene la curiosidad suficiente para asomarse y ver qué está pasando.
Se detienen junto a la 13 y Olivia toca; luego, mira a Frida.
—¿Hola? ¿Jakob? —dice Frida, acercándose más—. Soy yo, Frida. Estoy aquí con dos personas más. ¿Podrías abrir la puerta, por favor?
Pasan unos segundos. Luego, Jakob pregunta desde el otro lado.
—¿Está Aksel contigo?
—No. Hablé con él hace solo un minuto. Todavía está en el sótano.
Jakob abre la puerta lentamente, mirando a través de ella.
—¿Alguno de ustedes está herido?
—No estamos infectadas, si a eso te refieres —dice Olivia—. Ninguna de nosotras ha estado cerca de los infectados. Salimos de allí a tiempo.
Frida nota que la mujer asiente con énfasis.
—Está bien —dice Jakob, abriendo la puerta por completo.
Entran, y Olivia usa su tarjeta de identificación para cerrar la puerta.
—Listo —dice, dejando escapar un suspiro de alivio—. Ahora, nadie más puede entrar.
—Estupendo —dice la mujer, quitándose la camisa, revelando una camiseta sin mangas blanca y brazos bronceados. Tiene un cuerpo en forma para su edad. Frida imagina que es alguien que hace mucho ejercicio y publica fotos en Instagram—. Ahora, nos quedaremos aquí hasta morirnos de hambre.
—Puede que no sea tanto tiempo —dice Olivia—. Estoy segura de que comenzarán a evacuar el edificio tan pronto como puedan.
—¿Qué dijo Aksel? —pregunta Jakob, mirando a Frida—. Intenté llamarlo hace un momento, pero no contestó.
Frida se encuentra todavía mirando a la mujer. Algo en ella hace que Frida se sienta inquieta. Sin embargo, no puede precisar qué es.
—Eh, él dijo...
—¿Alguien más necesita usar el baño? —pregunta la mujer, señalando—. Tengo que ocuparme de algo, así que podría tardar un rato.
—¿Ocuparse de qué? —pregunta Olivia—. ¿Te importa decírnoslo?

La mujer le lanza una mirada gélida.

—Sí me importa, gracias.

—¿Es tu tobillo?

Los ojos de la mujer se vuelven aún más fríos.

—¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos?

Frida no se había dado cuenta hasta ahora, pero la mujer parece haberse envuelto un paño alrededor de la parte inferior de la pierna, y luego se ha subido la pernera del pantalón.

—¿Qué pasó? —pregunta Jakob, con voz tensa.

La mujer les frunce el ceño. Los tres la miran, y ella obviamente siente que no tiene más remedio que responder. Ella resopla.

—Cálmense, ¿de acuerdo? Me lo torcí, ya que deben saberlo. Me tropecé subiendo las escaleras, y debo haberme raspado, porque sangró. Voy a cambiarme la venda ahora. Eso es, si tengo su permiso, ¿eh? —extiende los brazos y los mira.

—Dijiste que no has estado cerca de nadie infectado —dice Jakob, dirigiéndose a Frida—. ¿Has estado con ella todo el tiempo?

—Oye, estoy justo aquí —gruñe la mujer—. Si quieres saber algo de mí, agradecería que me lo preguntaras directamente.

—¿Lo has estado? —repite Jakob, ignorando a la mujer—. ¿Has estado con ella todo el tiempo?

Frida parpadea. La extraña sensación que le provoca la mujer se intensifica. Pero todavía no puede precisar qué es.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. No hemos...

—Nos la encontramos en el quinto piso —dice Olivia, hablando con una voz que, obviamente, pretende calmar las aguas—. Fuimos las primeras en salir del vestíbulo de entrada. No podría haber llegado antes que nosotras, especialmente no si la hubieran atacado... uno de ellos.

—Gracias —dice la mujer con sarcasmo—. Ahora, ¿puedo irme? ¿Antes de que se me caiga la sangre en los zapatos? Son bastante caros.

—¿Fue el vestíbulo de entrada el único lugar donde llegaron los infectados? —insiste Jakob—. ¿No podría haber encontrado a uno en algún otro lugar?

—Madre mía —exhala la mujer.

—No, lo vimos suceder —le asegura Olivia—. Hay una sola forma de subir desde el sótano, y es el ascensor.

La mujer sacude la cabeza con evidente indignación, luego va al baño y cierra la puerta con llave.

—Lo siento —dice Jakob, sus hombros hundiéndose unos centímetros. Ahora que la mujer ya no está aquí, parte de la tensión abandona el aire—. Es solo que... después de lo que pasó... ya me equivoqué una vez.

Frida ve su labio inferior temblar antes de que se dé la vuelta.

—Oye, está bien —dice. Se acerca a él y le pone un brazo alrededor de los hombros—. No había forma de que pudieras saber lo que iba a pasar.

—Sí, la había —dice Jakob, con la voz temblorosa—. Mi amigo... lo predijo... incluso antes de que recogiéramos al tipo... pero yo estaba empeñado en traerlo de vuelta. Quería que Axe... mierda... y ahora, probablemente, va a morir por mi culpa...

—Oye, oye, no hay razón para pensar eso —dice Frida, apretándole el brazo—. Aksel es fuerte, y listo. Cuando hablé con él, pude notar que estaba... enfrentándose a ello. Sabe qué hacer, confía en mí. Además, no necesito decírtelo. Lo conoces mejor que yo, ¿verdad?

Jakob lo piensa. Luego, se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Crees que un par de zombis son suficientes para vencerlo?

Jakob toma aire, estabilizándose.

—No, no lo creo.

—Yo tampoco. Ya verás, estará bien. Siéntate y trata de relajarte. Has pasado por mucho. Necesitas descansar hasta que llegue la ayuda.

Justo en ese momento, cuando Jakob se sienta en la cama, se escucha un grito desde algún lugar del edificio, posiblemente la escalera. Es uno de dolor y sorpresa.

Olivia se acerca a la ventana y mira hacia la calle.

—Están aquí —dice, con alivio en su voz—. Cuento cuatro coches de policía solo desde lo que puedo ver.

—Gracias a Dios —dice Frida—. Se harán cargo de la situación.

—¿Podrías intentar llamar a Axe de nuevo? —pregunta Jakob.

—Claro. ¿Sabes qué? Puedes llamarlo tú —le entrega su teléfono mientras ve que Olivia le hace un gesto con la cabeza para que Frida se una a ella.

Frida aprieta el brazo de Jakob una vez más, dándole una sonrisa; luego, va hacia Olivia.

—Buen trabajo calmándolo —dice Olivia en voz baja.

—Gracias —sonríe Frida.

Olivia levanta una ceja.

—Ahora, por favor, explícame algo...

—¿Sí?

—¿Qué diablos es exactamente un zombi?

33

Aksel está a punto de contestar la llamada cuando escucha un sonido detrás de él.

Gira rápidamente y ve a Viggo acercándose hacia él. Grita y salta a un lado en el último segundo. Viggo tropieza hacia adelante, intentando agarrarlo, pero sus dedos fallan por, apenas, unos centímetros en alcanzar el brazo de Aksel. Aksel se mueve hacia la puerta ahora abierta, pero cambia de opinión al ver a Goran entrar por ella.

—¡Mierda!

En cambio, se lanza hacia la tubería, que había dejado caer tontamente cuando algo le entró en el ojo. A pesar de que aún solo puede ver con un ojo, Aksel logra agarrar la tubería y retroceder, justo cuando Viggo intenta agarrarlo de nuevo. Esta vez, Viggo logra agarrar la manga de Aksel por el hombro, y él tiene que retroceder con fuerza para liberarse.

Ahora, Viggo y Goran lo acorralan, cerrándole el paso. La luz del teléfono en el suelo detrás de ellos los convierte en siluetas sombrías mientras ambos se acercan a él.

Aksel no puede retirar la tubería para hacer un buen swing de béisbol, ya que está contra la pared. En cambio, la levanta en posición vertical y la golpea hacia abajo con todas sus fuerzas. Apunta a Viggo, ya que está un poco más cerca que Goran.

La tubería golpea con un sonido sordo, haciendo que Viggo se desplome en el suelo. El impacto es tan fuerte que provoca que las manos de Aksel sientan una especie de explosión de sensaciones, casi haciendo que suelte el arma de nuevo. Mientras Viggo cae, Aksel nota una abolladura visible en la parte superior de su cabeza. No tiene tiempo para admirar su trabajo, ya que Goran se lanza hacia adelante.

Aksel logra levantar la tubería lo suficiente como para empujar el extremo contra el plexo solar de Goran. Esto lo mantiene a distancia, pero también parece vigorizarlo. Empuja hacia adelante, agarrándose a la tubería, casi alcanzando las manos de Aksel, mordiendo el aire.

Aksel se aferra a la tubería fuertemente. Al principio, Goran lo hace retroceder, pero, apoyándose contra la pared, Aksel logra tomar la delantera y forzar a su oponente a retroceder. Si tan solo pudiera crear un poco de distancia, podría…

Por el rabillo del ojo, siente a Viggo moverse mientras se arrastra hacia adelante y va a por la pierna de Aksel.

—¡Quédate en el suelo, maldita sea! —ruge Aksel, dándole una patada bajo el mentón, haciéndolo rodar. Sin embargo, no es suficiente para matarlo y sigue avanzando.

Aksel aprieta los dientes con fuerza y empuja a Goran hacia atrás, forzándolo a cruzar la habitación, deteniéndose solo cuando lo tiene contra la pared opuesta. Luego, tira de la tubería de lado, completando un swing y derribando a Goran con un golpe perfecto en el pómulo.

Girando, es emboscado por Viggo, que ha logrado volver a ponerse de pie. Una vez más, el espacio cerrado impide que Aksel tome un buen swing, así que, en cambio, empuja la tubería hacia arriba en un golpe corto. Al escuchar los dientes de Viggo chocar entre sí, lo ve tambalearse hacia atrás, lo que le da a Aksel el tiempo y la distancia suficiente para, finalmente, apuntar y golpearlo en la sien. Esta vez, Viggo no se levanta de nuevo.

Dando la vuelta hacia Goran, lo ve todavía tirado, luchando por ponerse de manos y rodillas, pero el golpe en el costado de la cabeza claramente afectó las conexiones internas, porque sus extremidades no están cooperando realmente. Parece un robot defectuoso y gime lastimosamente.

Aksel siente una extraña euforia mientras levanta la tubería una vez más. Da un grito de triunfo cuando golpea la base del cráneo de Goran, dejándolo fuera de combate para siempre. Se sacude unas cuantas veces más y luego se queda quieto.

Aksel da vueltas un par de veces, asegurándose de que nadie se esté levantando. La adrenalina todavía recorre su cuerpo. Está temblando y sudando por todo el cuerpo. Sus pulmones jadean por el esfuerzo y su corazón late como si intentara romper su caja torácica.

—Mierda... Acabo de derrotar a dos zombis —dice, rompiendo en una risa estridente—. Es mucho más difícil de lo que parece en las películas...

Se limpia la frente con el dorso de su mano temblorosa. Luego, va y recoge su teléfono. Por suerte, ninguno de ellos lo pisó. Ya no está sonando. Es entonces cuando oye pasos arrastrándose desde el pasillo.

Aksel gira rápidamente, apuntando la luz hacia la puerta abierta. Alguien, evidentemente, viene en esta dirección.

—Oh, vamos... —susurra Aksel, preparándose para otra pelea por su vida.

34

Annemarie se quita la venda. Lo hace con mucho cuidado, centímetro a centímetro, haciendo una mueca de dolor.

Incluso antes de ver la herida, sabe que está mal. El olor que emana de su tobillo le recuerda a aquella vez que dejó accidentalmente una bolsa de compras en el maletero de su coche. Fue en verano y, durante una semana entera, el coche estuvo bajo el sol. Cuando salió una mañana para ir al trabajo, el kilo de pollo en la bolsa se había podrido. Su coche apestó durante semanas después de eso.

Ahora, mirando la herida en su piel, no puede evitar recordar cómo se veía la carne de pollo cuando llevó la bolsa al contenedor de basura: negruzca, grasienta, podrida.

No puede ser gangrena, se dice a sí misma. No hay manera. ¿No han pasado apenas veinte minutos?

Y, sin embargo, se parece muchísimo a la gangrena. Si no supiera lo suficiente, estaría inclinada a pensar que el tejido alrededor de la herida ya estaba muerto. Incluso hay un tono verdoso en él, y se ha extendido casi desde los dedos de los pies hasta la rodilla. El color es inconfundiblemente el mismo que el del paciente John Doe y el chico que los atacó en el sótano.

¿Qué demonios es esto?

Como experta en enfermedades infecciosas, Annemarie, más que nadie, debería poder responder a esa pregunta. Pero nada de lo que haya visto, leído o escuchado encaja con lo que está viendo ahora mismo.

Un lyssavirus, como la rabia, presentaría muchos otros síntomas, y no aparecería tan rápido. La fascitis necrosante podría, potencialmente, avanzar rápido, pero el color verde no cuadra. Algunos tipos raros de bacterias pueden producir pus con un pigmento verde, pero, de nuevo, el tiempo es demasiado corto para eso.

Nada encaja. ¿Quizás una combinación, entonces? ¿Dos o tres infecciones diferentes actuando juntas? Poco probable. Las bacterias y los virus casi siempre prefieren operar solos.

Lo único en lo que su mente puede pensar es en algo completamente nuevo e invisible; lo cual, por supuesto, fue la razón por la que la llamaron aquí en primer lugar. No lo creyó al principio, cuando Dahl la llamó. Había trabajado con él un par de veces antes, y lo consideraba un hombre particularmente molesto y un médico mediocre.

No fue hasta que comenzaron la autopsia y realmente pudo ver el tejido y los resultados de las pruebas con sus propios ojos que empezó a creer que algo muy cercano a un nuevo descubrimiento médico

podría estar frente a ellos. La idea de que, probablemente, sería nombrado en honor a Dahl era, por supuesto, molesta.

Sube la pierna al lavabo y abre el grifo de agua caliente. Lava la herida tan suave y completamente como puede con agua tibia y el desinfectante de manos. Pica como el demonio, y hace todo lo posible por contener varias maldiciones.

Una vez que termina, la herida parece un poco menos sangrienta. Todavía late de dolor, y el dolor ha causado que se formen gotas de sudor en su labio superior y frente. Usa una toalla de papel para secarlas. Le sorprende encontrar que hay mucho sudor. Su cabello se adhiere a sus sienes, y sus axilas también están húmedas.

Mirándose en el espejo, ve que sus mejillas están rojas; sus ojos, acuosos.

«Bueno, podemos añadir fiebre a los síntomas», piensa, notando cómo sus pensamientos se están volviendo borrosos. «Mi sistema está luchando contra lo que esto sea».

Abre el grifo de agua fría, recoge el agua en sus manos y bebe varios sorbos grandes. Se siente tan agradable en su garganta. Se salpica un poco en la cara y el cuello. Luego, se desploma en el inodoro, queriendo descansar un minuto mientras intenta reunir sus pensamientos. Sin saberlo, Annemarie pierde el conocimiento.

35

Jakob vuelve a llamar a Aksel. Está sentado en el alféizar de la ventana, mirando hacia el creciente espectáculo que se desarrolla debajo: coches de policía, ambulancias, camiones de bomberos y gente corriendo de un lado a otro, algunos de ellos con trajes de protección química. Frida se une a él, sonriendo.

—¿Tuviste suerte?

—No —dice Jakob, terminando la llamada—. Sigue yendo a su buzón de voz.

—Podría haber perdido su teléfono.

—O podría estar muerto.

—Oye, no pienses en eso, ¿vale?

Jakob asiente. Su corazón le dice que Aksel no puede estar muerto, que su hermano sigue luchando; pero el nudo en su estómago dice lo contrario.

La otra enfermera, Olivia, se acerca a la puerta del baño y llama.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Sí, estoy bien —responde la voz de la mujer. Su tono es molesto, casi hostil.

—Haznos saber si necesitas algo —dice Olivia—. Somos enfermeras, ¿sabes?

La mujer se burla.

—Sé cómo cambiar un vendaje, muchas gracias. Es solo que... está tardando un poco.

Olivia les lanza una mirada; luego, se encoge de hombros y vuelve a la silla junto a la pared.

—Esto es una locura —dice Frida, inclinándose más cerca de la ventana—. Todavía no puedo creer que realmente esté pasando. Es como si estuviéramos en una película de desastres.

—Sí —dice Jakob—. Nunca creí en nada de esto: monstruos, vampiros, hombres lobo, zombis. Pensaba que todo era una tontería, pero mi amigo... —no puede decir el nombre de Viggo—, el que... ya sabes.

Frida asiente. Jakob aclara su garganta y continúa.

—Él estaba metido en todo eso: juegos de rol, vestirse como orcos y esas cosas. Estaba en un club y corrían por el bosque. Me parecía tan estúpido —Jakob sonríe—. Nunca lo dijo abiertamente, pero estoy seguro de que realmente creía que era real. ¿Sabes? Que en algún lugar del planeta, los monstruos se escondían, y que un día los descubriríamos.

—Jakob se encoge de hombros—. Resulta que tenía razón, supongo. Y además, estaban justo aquí, en nuestro patio trasero.

—Creo que no deberíamos sacar conclusiones tan pronto —interviene Olivia.

Jakob se sorprende de que ella estuviera escuchando.

—¿Conclusiones como cuáles?

—Que esto son... zombis, monstruos, como los llames. Creo que es mucho más probable que sea algún tipo de enfermedad extraña.

Jakob, simplemente, la mira.

—¿Los viste de cerca?

—Sí, y estoy de acuerdo, da miedo. Pero también lo hacen las etapas avanzadas del cáncer. O la rabia.

Jakob sacude la cabeza con indiferencia.

—Llámalo enfermedad si eso lo hace más fácil para ti. Son malditos muertos que vuelven a la vida. Para mí, eso son monstruos —murmura esa última parte en voz baja mientras gira la cabeza para mirar de nuevo hacia la calle.

Parece que están evacuando a la gente ahora. Uno tras otro, con cuidado. Cada uno es escoltado por varios médicos con equipo completo. También hay docenas de policías con equipo antidisturbios tomando posición alrededor de las puertas de entrada.

—¿Qué pasó allí… —pregunta Frida— …en el bosque?

Jakob no quiere recordar pero, desafortunadamente, su memoria ha vuelto, y con todo lujo de detalles. Sin pensarlo realmente, empieza a hablar.

—Lo encontramos en una vieja cabaña. Se había ahorcado. Había estado muerto durante mucho tiempo, todo rígido y congelado. Había una nota que dejó. Decía que quemaran su cuerpo. Debía haber sabido lo que le estaba pasando. Creo que por eso se suicidó. Supongo que esperaba no volver, pero lo hizo. Una vez muerto, la infección, o lo que fuera aquello, debió revivirlo. Podíamos ver que había estado arañando la viga después de despertar, pero no pudo encontrar la manera de bajar. Luego, vino el invierno, y se congeló, hasta que llegamos y lo metimos en un camión cálido. Lo descongelamos —Jakob toma una respiración profunda y temblorosa—. No teníamos idea de lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde.

Nota que las enfermeras intercambian una mirada.

—Entonces... ¿podría haber más? —pregunta Frida—. Quiero decir, debe haberlos, ¿verdad? Alguien debió haber infectado al tipo que encontraste.

Jakob asiente lentamente.

—He pensado en eso. Hay un par de explicaciones que se me ocurren: o él fue el primero, o bien logró matar a quien lo infectó, o... —mira a Frida; luego, a Olivia— o alguien más todavía está ahí fuera. Podrían estar atrapados en un lugar similar al que estaba él; tal vez, atados o encerrados en algún lugar, esperando a que alguien se


tropiece con ellos y sea mordido…

36

El tarro, que estaba destinado a la cabeza del tipo, explota en el aire.

El disparo, que estaba destinado al pecho de Kristoffer, hace añicos el tarro y esparce cristales y mermelada de moras por todas partes.

Kristoffer se tambalea hacia un lado, cerrando los ojos justo a tiempo para no recibir nada en ellos.

El hombre no tiene tanta suerte. Gime mientras su cara se cubre con el dulce, espeso y rojo oscuro. Al menos, Kristoffer asume que está gimiendo. Realmente, no puede escuchar nada. El disparo ha convertido los sonidos del mundo en un zumbido distante.

Mientras el tipo todavía está sentado allí, luchando por volver a ver, Kristoffer se lanza hacia el arma. Intenta arrancársela de la mano, pero el tipo se aferra firmemente, incluso sin poder ver. Aparentemente, actúa por reflejo, mientras hace un movimiento estudiado, agarrando el dedo índice de Kristoffer y forzándolo hacia atrás.

Kristoffer grita de dolor y no tiene más opción que soltar.

—Pedazo de mierda —gruñe el hombre, agarrando el dedo de Kristoffer. Puede hacerlo sin usar su propio pulgar herido—. ¿Pensaste que podrías ser más listo que yo, eh? Pues te enseñaré…

Apunta el arma hacia el lugar donde supone que está el pecho de Kristoffer. Su suposición es correcta. Kristoffer no tiene opción. Usa su mano libre para golpear con fuerza el pulgar vendado del hombre.

El hombre se olvida de disparar el arma. Abre la boca de par en par y emite un chillido agudo de dolor inarticulado. Deja caer el arma al suelo y se agarra la mano herida.

Kristoffer vuelve a ir a por el arma, la agarra y la levanta. Al darse la vuelta, ve al tipo que viene hacia él, aún en su mayoría cegado por la mermelada, pero ahora capaz de mirarlo con un ojo enloquecido y febril.

—Voy a despedazarte —gruñe.

Entonces, Kristoffer dispara el arma.

37

Escuchando los pasos que se acercan, Aksel se da cuenta de que hay más de un par de pies. Puede oír, al menos, a dos de ellos.

Su estómago se hunde. «No puedo con otros dos».

Aunque puede sentir la adrenalina volviendo a dispararse, también se siente exhausto y casi mareado por la primera ronda de peleas. Entonces, de la nada, de su mente surge una idea. Mira hacia los dos cadáveres; luego, hacia la abertura en el techo.

«Mierda, podría funcionar. Si me doy prisa».

Va hacia la puerta, cerrándola de golpe justo frente a una figura que aparece a la vista. A juzgar por el gran tamaño, es Dahl. Aksel no puede distinguir los rasgos de su jefe, lo cual agradece. También agradece no tener que enfrentarse al enorme forense en una pelea solo armado con la tubería. No habría terminado bien, especialmente porque hay alguien más justo detrás de Dahl.

Aksel intenta sujetar la tubería debajo de la manija, pero es demasiado larga y sigue deslizándose, así que la abandona, confiando en cambio en que Dahl no sea lo suficientemente inteligente como para abrir la puerta. Y, a juzgar por cómo ya ha empezado a arañar y golpear la puerta en lugar de mover la manija, Aksel podría tener suerte.

Colocando el teléfono de nuevo en el suelo con la linterna apuntando hacia arriba, agarra las piernas de Viggo y lo arrastra unos metros hacia un lado. Mirando hacia arriba, coloca el cuerpo justo debajo del conducto de aire. Luego, agarra los tobillos de Goran, todo el tiempo manteniendo un ojo en la puerta. La manija todavía no se ha movido. Dahl está gimiendo al otro lado. Quien sea que esté allí fuera se ha unido al forense en su intento de abrir la puerta.

Justo cuando Aksel comienza a arrastrar a Goran por el suelo, el tipo se incorpora de golpe, inclinándose con un siseo y lanzándose hacia la garganta de Aksel. Ocurre tan rápida e inesperadamente que Aksel reacciona por puro reflejo. Le da un puñetazo a Goran en la cabeza. El golpe lo derriba de nuevo, pero aún sigue moviéndose. Aksel, poseído por una repentina rabia, salta de pie y comienza a pisotear la cabeza de Goran.

—¡¿Por qué… no te… quedas muerto?!

Al escuchar algo ceder con un crujido horrible, Aksel se obliga a detenerse. Jadeando, mira sus nudillos. A la luz tenue, puede ver que su mano está ensangrentada, pero no puede discernir si es su propia sangre o, simplemente, la de la cara de Goran.

«Mierda. ¿Acabo de firmar mi propia sentencia de muerte?»

La manija se mueve, dándole otra cosa de la que preocuparse. La

puerta no se abre, pero estuvo cerca. Aksel agarra a Goran una vez más y lo arrastra sobre Viggo, colocando los dos cuerpos en forma de X. Luego, sube y extiende su mano hacia el techo. Justo cuando logra agarrar el borde de la abertura, la manija se mueve de nuevo. Esta vez, la puerta se abre de golpe.

38

—Llaman a la puerta, y Annemarie vuelve en sí de un sobresalto.

—¿Estás bien ahí dentro?

—Sí, estoy bien —responde con brusquedad, enderezándose y aclarándose la garganta.

Todo vuelve a ella en cuestión de segundos; y, con ello, el dolor en su tobillo. Es intenso.

«¡Maldita sea, ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?»

—Haznos saber si necesitas algo. Somos enfermeras, ¿sabes?

La voz es amable, lo que solo hace que Annemarie se sienta aún más enfadada.

—Sé cómo cambiar un vendaje, muchas gracias. Es solo que... me está llevando un poco más de tiempo.

La enfermera capta la indirecta y no dice nada más. Annemarie reprime un gemido cuando un dolor abrasador sube por su pierna. «Necesito antibióticos. Necesito ir a buscarlos». Podría ser demasiado tarde, sin embargo. Una vez que el tejido empieza a morir, el flujo de sangre en esa zona cesa, lo que significa que el antibiótico no puede llegar y matar la infección.

«Necesitaré cirugía. En cuanto controlen este desastre, tendrán que cortar la gangrena. Quizá incluso amputen mi pierna». El pensamiento le hace sentir la piel fría y picazón. Imaginarse la vida con una pierna protésica es difícil de aceptar. Annemarie siempre ha estado en forma y siente un gran orgullo por su cuerpo. Perder una extremidad sería perjudicial para la imagen que tiene de sí misma.

Aún no puede creer que esto esté sucediendo de verdad. De hecho, su mente está bloqueando gran parte de ello. Annemarie nunca ha estado en una situación como esta antes. Nunca ha tenido que correr o luchar por su vida. Cuando se enfrentó a esos… —"monstruos" es la palabra que le viene a la mente, aunque la parte racional de ella insiste en pensar en ellos como "pacientes"...— en el sótano, se quedó paralizada. Quería moverse, pero no pudo. Su cuerpo, simplemente, no obedeció.

Se siente avergonzada al pensar que ese adolescente tuvo que, prácticamente, arrastrarla. Le salvó la vida. Y ella lo dejó allí abajo.

Corriendo a ciegas en completa oscuridad, Annemarie estaba en pánico. No había podido pensar en nada más que en salir, alejarse de esas cosas horribles que la cazaban.

Después de tropezar durante lo que parecieron horas, de repente vio la luz: un delgado marco alrededor de una puerta. Se acercó a él y empezó a golpear y a gritar pidiendo ayuda.

Alguien, un chico bastante guapo, la abrió y la dejó salir. Annemarie

casi cayó en sus brazos, entrecerrando los ojos ante la intensa luz en la escalera.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó el chico, mirándola de arriba abajo —. ¿Qué te ha pasado?

Annemarie era consciente de que debía parecer un desastre espantoso con el traje biológico, su pelo todo desordenado, sus ojos abiertos de par en par y asustados. No podría haberle respondido al chico aunque hubiera querido. Simplemente, se zafó de él y subió tambaleándose por las escaleras. En el rellano del primer piso, se encontró con una mesa de acero con ruedas. Cogió un rollo de vendaje y el dispensador de desinfectante de manos. Su tobillo ya le dolía tanto que apenas podía caminar bien.

Derrumbándose contra la pared detrás de la mesa, se quitó el traje biológico y comenzó a limpiar y vendar la herida. Unas pocas personas pasaron sin darse cuenta de que ella estaba sentada allí. Acababa de terminar y se había puesto de pie cuando oyó a alguien gritar desde el vestíbulo de entrada. Annemarie supo de inmediato lo que significaba ese grito: los infectados habían subido desde el sótano.

Se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras tan rápido como su pierna herida le permitió. No estaba realmente segura de adónde ir. Cuando llegó al cuarto piso, apenas podía correr y, en su lugar, agarró la puerta de la sala, solo para descubrir que estaba cerrada con llave.

Fue entonces cuando las dos enfermeras llegaron corriendo.

«Debería habérselo dicho», piensa Annemarie, frotándose el cuello sudoroso. «Podría haberlas infectado también. Si esto es aéreo...».

Un dolor punzante recorre su pierna, haciéndola gritar. La despierta de lo que se da cuenta de que fue casi un sueño. «No puedo volver a dormirme. Podría no despertarme nunca. Necesito irme, encontrar un cirujano».

Annemarie se pone de pie. Al menos, eso es lo que intenta hacer. Sin embargo, el mundo inesperadamente se pone patas arriba y se encuentra cara a cara con el suelo de baldosas.

«Esto está mal. Ni siquiera puedo caminar».

Algo en ese pensamiento es cómico, y le hace soltar una carcajada. El sonido es tan horrendo que, inmediatamente, convierte su alegría en pavor.

«Estoy a punto de desmayarme. Si eso sucede, definitivamente perderé mi pierna».

Lucha por ponerse en sus manos y rodillas, y luego se arrastra hasta la puerta alzando una mano, que tiembla frente a sus ojos y parece haber adquirido un tono verdoso, lo cual, por supuesto, no es posible: la infección comenzó en su tobillo y no hay forma de que haya llegado a las extremidades superiores en tan poco tiempo.

Logra agarrar el pestillo y girarlo. Luego, al intentar abrir la puerta,

su palma sudorosa resbala en la manija y todo su cuerpo se desploma al suelo. Instintivamente, intenta proteger su cabeza, pero su frente aún golpea las baldosas con la suficiente fuerza como para dejarla inconsciente.

39

Jakob camina de un lado a otro frente a las ventanas. No puede evitarlo. Es algo que siempre hace cuando está ansioso, como antes de entrar a un examen. Por alguna razón, caminar le ayuda a estar menos tenso.

Ha dejado de llamar a Aksel. No sirve de nada. O Aksel no puede llegar a su teléfono, o está…

Jakob sacude la cabeza. No quiere ni pensarlo.

Frida está junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, y Olivia se sienta en la silla, con las manos entrelazadas entre las rodillas, moviendo las piernas arriba y abajo, mirando al suelo.

Al otro lado de las ventanas, el sol casi se ha puesto. Las luces del pueblo están encendidas. No hay mucho tráfico. Jakob supone que, a estas alturas, la mayoría de la gente está frente a sus pantallas en casa, siguiendo la retransmisión en directo desde el hospital.

Al mirar por la ventana, puede ver furgonetas con los nombres de las estaciones de noticias locales. Están aparcadas más lejos que todos los vehículos de rescate, y no se permite que las cámaras entren en el perímetro establecido.

La única consolación en todo esto es que Jakob está bastante seguro de que no han dejado que ninguno de los infectados salga del edificio. Hasta donde él puede ver, están cubriendo todas las salidas.

Los gritos, alaridos y sonidos de lucha todavía se escuchan como ruidos de fondo de vez en cuando. En un momento dado, alguien pasa corriendo por la habitación. Hasta ahora, Jakob no ha escuchado ningún disparo.

—Los están tratando como personas enfermas cuando deberían matarlos.

Se escucha otro anuncio por los altavoces; esta vez, no es pregrabado. Es una voz masculina profunda la que habla.

—Este mensaje es para todos los que están dentro del hospital. Si están a salvo en algún lugar donde los infectados no puedan alcanzarlos, quédense allí. Mantengan las puertas cerradas con llave y las ventanas cerradas. La ayuda está en camino. Repito: serán rescatados. Simplemente, manténganse en su lugar y no tomen riesgos ni intenten salir por su cuenta. No permitiremos que nadie salga del edificio a menos que esté escoltado por personal de seguridad.

Jakob mira a Frida, y ella le devuelve una mirada significativa, pero no dice nada.

—Como estoy seguro de que saben —continúa el hombre—, estamos lidiando con una situación médica. Hay una enfermedad aún no identificada que se está propagando dentro del hospital. Es altamente

contagiosa y muy grave. Se propaga a través de la sangre, la saliva y, probablemente, otros fluidos corporales. Hasta ahora, no tenemos razón para creer que se transfiera por el aire o el contacto cercano. En términos sencillos, tienen que ser arañados, mordidos o, de alguna otra manera, sufrir una perforación en la piel para infectarse.

Una breve pausa; luego, sigue hablando.

—Esto es lo que sabemos sobre la enfermedad: tiene un inicio muy repentino y se propaga rápidamente. El período de incubación es extremadamente corto, lo que significa que desde la exposición hasta que aparecen los síntomas pueden pasar tan solo unos minutos. Una vez que el virus está en el sistema, provoca fiebre, inconsciencia, posiblemente coma. Debemos asumir que las personas en estas etapas también son contagiosas, y deben evitar el contacto con ellas. Luego, en la última etapa, los infectados recuperarán repentinamente alguna forma de conciencia, en la que pueden moverse, usar sus sentidos y emitir ciertos sonidos inarticulados. Sin embargo, no responden y no cooperan. Esto no puede subrayarse lo suficiente. Una vez que una persona ha llegado a esa etapa de la enfermedad, es imposible comunicarse o razonar con ella. Además, casi todos ellos muestran un comportamiento muy agresivo y buscan hacer daño a otros. Por lo tanto, manténganse alejados de los infectados. Eviten el contacto a toda costa, incluso si es un ser querido. Están muy enfermos y no los reconocerán. Cualquier intento de calmarlos o pacificarlos será volátil y los pondrá en peligro de contagio. Tampoco intenten inmovilizar físicamente a nadie en la última etapa de la enfermedad. No los aten ni los sujeten. Tampoco confíen en la seguridad de los trajes biológicos, ya que pueden ser penetrados.

Otra pausa. Todos esperan en tenso silencio a que el hombre continúe.

—Los infectados están, hasta donde podemos decir, en todos los pisos del hospital excepto en el cuatro y el ocho. Si están atrincherados en alguno de estos pisos, quédense allí. No intenten entrar en la escalera ni usar los ascensores. Es vital que estos pisos permanezcan aislados. Esto no significa que sea seguro moverse de una habitación a otra. Alguien infectado podría estar escondido en algún lugar. Así que, incluso si no pueden ver ni escuchar a ninguno de ellos, quédense donde están. Esperen a ser rescatados. Estamos haciendo todo lo posible por llegar a ustedes, y los supervivientes están siendo evacuados continuamente.

—Bien —dice Frida—. Realmente, están haciendo algo.

Jakob no siente exactamente el mismo alivio que oye en la voz de Frida. De hecho, empieza a sentir una presión que crece dentro de él.

—Ahora, una vez que sean evacuados, tengan en cuenta que, hasta que no pasen por un chequeo médico exhaustivo en la carpa de

emergencia instalada en el lado este del hospital, no se les permitirá abandonar el sitio. Por el momento, serán llevados a una instalación segura cercana para recibir atención médica y supervisión. Es vital que todos trabajemos juntos para asegurarnos de que esta enfermedad no se propague al resto de la sociedad, ya que eso significaría una grave escalada de la situación…

—Sería un puto desastre —Jakob dice de repente—. ¿Por qué no lo dice así? —Levanta los brazos—. ¿A qué viene toda esa mierda de "situación médica"? ¿"Enfermedad extremadamente grave"? ¡Vamos! ¡Son muertos que vuelven a levantarse!

—Tienen que expresarlo así —señala Olivia—. Incluso si… incluso si todo lo que dices es verdad, solo haría que la gente entrase en pánico.

—Deberían saber la verdad —murmura Jakob.

Olivia niega con la cabeza.

—La verdad no siempre es el camino correcto. He tratado con pacientes terminales. Sé lo que la verdad puede hacerle a una persona. A veces, la esperanza es mejor.

—No hay esperanza —dice Jakob con tono sombrío, dándose la vuelta.

Mientras la voz comienza a repetir todo otra vez, Frida se levanta y va hacia la camisa sobre la cama. La mujer la tiró allí antes de ir al baño.

—¿Crees que deberíamos preguntarle de nuevo si está bien? —pregunta Frida a Olivia—. Ha estado ahí dentro mucho tiempo ya.

—No tengo ganas de que me ladren de nuevo —resopla Olivia—. Adelante, si quieres.

Frida tampoco parece estar de humor. En cambio, recoge la camisa. Hay una etiqueta prendida en el pecho.

—Mira, es doctora.

Olivia levanta las cejas.

—¿En serio?

—Sí, lo dice aquí. Annemarie Ingvartson, MD. Así que por eso se ofendió tanto cuando te ofreciste a ayudarla con los vendajes, supongo…

Olivia no responde. Jakob nota que frunce el ceño. Frida también lo nota.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Ingvartson?

—Sí, Annemarie Ingvartson.

Olivia mueve la mandíbula como si estuviera masticando algo.

—¿Por qué ese nombre me suena familiar?

Se detiene, dejando la habitación en silencio.

—No trabajaba aquí, ¿verdad? —pregunta Frida—. Nunca la vi antes.

—No, no trabajaba aquí. Pero yo… oí su nombre recientemente.

Se oye un clic en la puerta del baño. Para Jakob, suena como si se hubiera girado el pestillo. Luego, se escucha un golpe, y espera que la mujer salga. Sin embargo, no lo hace. No pasa nada.

Frida y Olivia intercambian una mirada. Luego, Frida se acerca a la puerta.

—¿Hola? ¿Annemarie? ¿Estás bien?

No hay respuesta.

—Parece que algo se cayó —dice Olivia—. ¿Revisamos si está herida?

El nudo en el estómago de Jakob crece.

—Dijo que se torció el tobillo. ¿Pero vosotras visteis cómo ocurrió?

Tanto Olivia como Frida lo miran. Frida niega con la cabeza.

—Ya estaba herida cuando la conocimos; pero, como dijimos, no podría haber sido…

Olivia chasquea los dedos.

—¡Era ella! Es experta en enfermedades infecciosas. Vino de Ulstad para ayudar con la autopsia. Lo que significa que estuvo… oh, Dios... —La comprensión aparece en su rostro.

El ritmo cardíaco de Jakob ya está alto, pero ahora se dispara. Puede sentir cómo su mano herida comenzar a palpitar.

—Mintió —susurra—. Estaba en el sótano, y no se cayó: fue mordida.

40

Esta vez, el disparo no es tan fuerte; o, tal vez, sea solo porque Kristoffer ya ha perdido la audición.

Ve el destello, sin embargo, y siente el retroceso, que es mucho más rápido de lo que anticipaba. La pistola se sacude hacia atrás y casi le golpea en la barbilla. Él la deja caer. No hay tiempo para recogerla. No importa. Una bala ha sido suficiente.

El hombre se queda paralizado y lo mira fijamente durante medio segundo. Hay una expresión de confusión en su único ojo visible, con la cara manchada de mermelada. Luego, se inclina hacia adelante, revelando el agujero en la parte posterior de su cabeza, donde la bala le arrancó un trozo de cráneo.

Kristoffer se empuja contra las estanterías, queriendo alejarse más. El aire se vuelve repentinamente sofocante, una mezcla densa de fiebre, sangre, masa encefálica y la dulzura deliciosa de la mermelada de moras de Helda.

Kristoffer tiene náuseas, y lucha para no vomitar la última comida. Respirando por la boca, apenas consigue no vomitar.

—Está bien —se dice a sí mismo, apenas escuchando su propia voz —. Ya ha terminado. Solo cálmate y concéntrate...

Se toma un minuto, más o menos, para calmarse los nervios. Poco a poco, deja de temblar y vuelve a ser capaz de pensar.

—Mierda, le disparé a un tipo —murmura, dándose cuenta más plenamente ahora que la adrenalina se desvanece de su sistema—. Aún no había cambiado. Solo era... un tipo normal. Y lo maté.

«No», le dice una voz con firmeza. Suena mucho como la abuela. Muerta desde hace cinco años, la anciana todavía le habla de vez en cuando cuando más la necesita. «Eso no fue asesinato, lo hiciste en defensa propia. Era él o tú».

Sabe que es cierto, pero el pensamiento hace poco para aliviar lo mal que se siente.

Lo que finalmente lo hace moverse de nuevo es el sonido de Helda rascando la puerta. Sus movimientos suenan más ansiosos de lo habitual y, cuando Kristoffer mira hacia allí, ve inmediatamente por qué: un agujero del tamaño de una naranja de grande ha sido perforado en la puerta a la altura de los ojos. No sabe cuál de los disparos lo hizo. Todo sucedió tan rápido que no notó en qué dirección estaba mirando cuando disparó el arma.

Helda está mirando a través del agujero con sus ojos negros, obviamente animada por el hecho de que ahora puede ver a Kristoffer.

—Hola, Helda —murmura, tragando—. Perdón de nuevo por lo que te pasó.

Ella responde con un gruñido hambriento, chasqueando los dientes hacia él, rasgando el agujero con sus largas uñas. Logra arrancar algunos trozos, pero la puerta aún parece lo suficientemente fuerte como para mantenerla atrás. Le llevará horas si quiere abrirse camino a garras, momento en el cual Kristoffer ya estará muy lejos. De hecho, tiene la intención de salir de aquí lo antes posible. Solo tiene que comprobar una última cosa: quién era el tipo.

¿Por qué es importante? No lo sabe realmente, pero, cuando Kristoffer vuelva al mundo exterior y contacte con la policía, siente que necesita poder darles la identidad del hombre.

Así que, sin mirar, desliza la mano en el bolsillo trasero del hombre. Saca una billetera y también encuentra una pequeña libreta. Al abrir la billetera, Kristoffer jadea.

—¡Mierda! No solo le disparé a un tipo… le disparé a un policía.

Kristoffer piensa un momento, ignorando a Helda que lo mira. «Esto explica por qué el tipo tenía un arma. Pero ¿por qué no se presentó como policía? Quizás no estaba en servicio activo. Pero, entonces, ¿por qué estaba aquí?»

Lo único que Kristoffer recuerda que dijo el hombre que ofreciera una pista fue algo sobre Halgrim. Cuando Kristoffer le dijo que no había visto a Halgrim, pero que suponía que estaba muerto, el policía —Tom P. Grisgard, según su billetera— dijo: «tienes razón».

Y había algo más que el policía había dicho, algo sobre un agujero en el jardín trasero.

«Algo loco está pasando aquí, seguro», fueron sus palabras exactas, según recuerda Kristoffer.

Obviamente, el policía sabía cosas: que Halgrim estaba muerto, para empezar, y que algo era…

Un crujido en la puerta hace que Kristoffer mire hacia arriba: Helda ha recurrido a usar sus dientes. Rasgando la madera, logra romper un pequeño trozo. Nada demasiado preocupante. Aún no.

Kristoffer ha llegado a un acuerdo con lo que necesita hacer. La única forma de salir de aquí implica dispararle a Helda, y el agujero en la puerta le parece una forma muy conveniente de hacerlo.

«Solo necesito reunir un poco más de valor», piensa, consciente de que está postergando lo inevitable.

Por ahora, la libreta le proporciona una distracción conveniente. Con la esperanza de descubrir más sobre lo que está sucediendo a partir de las notas del policía, abre la primera página. Resulta ser, más bien, un diario. Lee unas líneas antes de darse cuenta de que el libro debía haber pertenecido a Halgrim y no al policía.

Kristoffer lee la primera página; luego, la segunda; luego, se olvida por completo de Helda y del policía muerto, ya que el texto lo absorbe por completo, y sigue leyendo.

41

Aksel salta y se empuja hacia arriba. Consigue meter la mitad superior de su cuerpo por la abertura en el techo; pero, sin nada donde colocar los pies, resulta difícil arrastrar el resto de su cuerpo.

—¡Vamos, vamos! —repite entre dientes apretados. Su voz adquiere un tono metálico dentro del conducto de aire de aluminio.

Hay una gruesa capa de polvo, y esto solo lo hace más difícil, ya que sus manos siguen resbalando. Patalea en el aire frenéticamente, tratando desesperadamente de levantar la parte inferior de su cuerpo antes de que Dahl y su compañero crucen la habitación y lo alcancen. Pero solo avanza un poco.

«Joder, no puedo hacerlo...».

Está a punto de abandonar y saltar de nuevo cuando siente unas manos palpando sus piernas. Aksel grita y patalea aún más frenéticamente. El instinto lo impulsa hacia adelante y, con un golpe de suerte, una de sus patadas aterriza en la cabeza o el hombro de Dahl, dándole a Aksel una fracción de segundo de apoyo. Es suficiente para impulsarse hacia arriba. Se abre camino a rastras por el conducto de aire, centímetro a centímetro, inhalando el polvo, tosiendo, pateando como un loco, impidiendo que las manos que lo palpan se agarren a sus piernas.

«¡Vamos, ya casi!»

Justo cuando está a punto de ponerse a salvo, una mano tan grande que solo puede ser de Dahl agarra su tobillo y, un segundo después, unos dientes se clavan en su pantorrilla.

—¡Nooo! ¡Vete al diablo, Dahl!

Aksel entra en frenesí, retorciéndose y pateando. Siente que su zapato se desliza y que el agarre de Dahl se afloja. Una última patada frenética, y está fuera del alcance de Dahl.

Avanzando a codazos, no se detiene hasta estar a varios pies de distancia de la abertura. Luego, mira hacia atrás, lo cual es difícil, porque el conducto de aire es mucho más pequeño que el que Bruce Willis atravesó en Die Hard, pero apenas puede distinguir la luz del teléfono que entra por el agujero. Las sombras parpadean a través de ella, mientras los zombis se mueven inquietos abajo, gimiendo con decepción porque todo lo que pudieron conseguir fue un zapato.

«Mierda, me atrapó», piensa Aksel, sintiendo cómo le arde el tobillo donde Dahl lo mordió.

«Estoy perdido. ¡Joder, joder, joder!»

No puede sentir que fluya sangre, pero está casi seguro de que Dahl le perforó la piel.

Aún así, sigue adelante, abriéndose camino por el espacio

claustrofóbico. El polvo se le pega a los brazos y la cara, le entra en la nariz y la boca y, con cada respiro jadeante, más de él gira frente a su cara, dificultando la visión. Pronto, no puede ver nada en absoluto, ya que la luz de detrás ya no puede alcanzarlo. Los sonidos de Dahl y el otro zombi lo siguen durante un rato, los ecos volviéndose cada vez más débiles. Luego, no se escucha nada más que la respiración entrecortada de Aksel en la oscuridad mientras sigue avanzando, más y más hacia la oscuridad.

42

—No, espera —dice Frida—. No nos adelantemos a sacar conclusiones. ¿Cómo podría haber estado ella en el sótano? Quiero decir, si estuviera ahí, ¿cómo llegó al cuarto piso?

—No tengo idea —dice Olivia, poniéndose de pie—, pero pudo haberlo hecho de alguna manera. Tal vez, se metió en el ascensor antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando…

Jakob nota que su mano va hacia el pestillo de la ventana. La abre todo lo que puede, lo cual es solo unos ocho centímetros. Hay un seguro para niños, y él empieza a forcejear con él. Dentro de su cabeza, Viggo le está hablando de nuevo. Restos de la pesadilla. «Estamos todos jodidos. Nadie se escapa de esto… Es el fin del mundo, Jakob. Y apenas está comenzando».

Jakob tiene una fuerte sensación de que algo está a punto de salir muy mal.

—¿Qué hacemos entonces? —dice Frida, con la voz cada vez más tensa—. Si ella está… si se infectó…

—No puedo oírla ahí dentro —dice Olivia, escuchando al lado de la puerta. Jakob sigue intentando quitar el seguro para niños—. Podría estar desmayada. Mira, tal vez todo esto es solo algo que estamos imaginando. Tal vez ella solo se torció el tobillo y necesita nuestra ayuda. Acaba de abrir la puerta. Podría significar que quiere que entremos. Sea como sea, necesitamos saberlo con certeza. Voy a comprobar…

Olivia está a punto de abrir la puerta.

—No, espera —dice Frida, retrocediendo—. No estoy segura de que sea una buena idea, Olivia.

—Seguimos siendo enfermeras —dice Olivia firmemente—. Y podría necesitar nuestra ayuda —llama a la puerta—. ¿Annemarie? Voy a abrir la puerta ahora —Olivia coloca la mano en el pomo y abre la puerta.

La mujer sale, desplomándose. Frida grita, y Olivia da un salto hacia atrás, pero la mujer no se mueve. Está desmayada en el suelo, boca abajo, con el cabello desparramado por todas partes. Debió haber estado apoyada contra la puerta.

—¡Oh, no! —gime Frida—. ¡Mira su piel! ¡Está infectada!

Jakob también lo ve. Los brazos de la mujer están completamente grises y verdes. Del baño viene un olor a fiebre y enfermedad, mezclado con el perfume y el sudor de la mujer. Jakob tira del pasador de seguridad con fuerza. Finalmente, cede con un clic.

—¡Métela de nuevo ahí! —grita Frida—. ¡Cierra la puerta, Olivia!

—¡No puedo! —dice Olivia—. Está en medio.

—¡Entonces, empújala!

—¡No, no podemos tocarla! ¡Recuerda que es infecciosa! Necesitamos salir de aquí…

—Olivia se dirige hacia la puerta de la sala, pero duda.

Incluso desde el otro extremo de la habitación, Jakob puede escuchar los pasos arrastrados en el pasillo. Alguien gime.

—¡Mierda! —dice Olivia, volviendo a girar—. ¡También hay una persona infectada ahí fuera! ¡No podemos salir…!

En ese momento, la doctora da un profundo gemido y se sienta. Su cabello cubre la mayor parte de su rostro y, cuando mira alrededor, Jakob solo puede ver un ojo mirándolos. Es negro como la tinta, y Jakob viaja inmediatamente hacia atrás en el tiempo, al momento en que el cadáver medio congelado de repente se sentó y los miró fijamente, cuando estaban en el camión. Incluso mientras el horrible recuerdo atraviesa su mente, Jakob logra subirse al alféizar de la ventana.

La mujer muestra los dientes en un gruñido y se lanza hacia Olivia, que está más cerca. Ella también está atrapada contra la puerta sin tener adónde ir.

—¡No, aléjate! —grita.

Frida también grita, retrocediendo y chocando contra la cama.

El pulso de Jakob ruge en sus oídos, haciéndolo marearse. Se inclina por la ventana y mira hacia abajo, lo que no ayuda en absoluto. Siempre ha sido malo con las alturas. Aksel es mucho más arriesgado. Su pasión es el salto BASE, lo que Jakob siempre ha considerado que es un coqueteo insano, y totalmente innecesario, con la muerte. Ahora, sin embargo, no tiene más remedio que superar su miedo a la caída libre. Hay un saliente a unos sesenta centímetros debajo de la ventana. Es tan ancho como su mano, y está ligeramente inclinado hacia fuera, pero debería ser posible caminar sobre él.

Saca una pierna temblorosa, y luego lanza una última mirada a la habitación. Olivia le ha dado la espalda a la mujer y está forcejeando contra la puerta.

—¡No, Olivia! —grita Frida—. ¡No la abras!

La doctora cae sobre Olivia por detrás, mordiéndole el hombro. Olivia grita y lanza su brazo hacia atrás, aparentemente tratando de apartarla de un manotazo. Al mismo tiempo, logra desbloquear la puerta. Abriéndola de un tirón, está a punto de salir corriendo, cuando la mujer la agarra alrededor de la cintura y la muerde a la altura de la cadera. Olivia grita y lucha. Su codo golpea a la mujer en la cara, y ella cae momentáneamente, pero todavía está aferrada a Olivia, y sus brazos bajan a las rodillas de Olivia, haciendo que ella caiga hacia adelante.

Olivia logra volver a ponerse de rodillas, y a Jakob le parece que

podría escapar, cuando aparentemente siente que alguien viene por el costado.

—¡No, no, aléjate! —grita, cuando un tipo enorme se inclina sobre ella y hunde sus dientes en su cuello. Su grito se convierte en uno de dolor cuando la sangre empieza a salpicar al suelo.

El resto se pierde de la vista de Jakob cuando Frida viene corriendo alrededor de la cama, dirigiéndose hacia él, con los ojos muy abiertos.

—¡Sal de ahí, Jakob! ¡Necesitamos salir, ahora mismo!

Detrás de ella, la doctora se ha puesto de pie. Aparentemente, decide que Olivia ya está tomada, porque opta por una nueva presa, y se dirige hacia Jakob y Frida.

43

Kristoffer pasa a la siguiente página. Está en blanco. Pasa unas cuantas páginas más, pero el resto del libro está vacío. Parpadea y vuelve a sí mismo. Se da cuenta de que ha estado ausente durante… ¿cuánto tiempo? Tal vez, diez minutos. Quizás más. Ha leído todo, todo lo que Halgrim escribió, describiendo lo que Kristoffer solo puede suponer fueron las últimas semanas de su vida; y de Helda también, obviamente.

—Mierda —murmura, metiendo el cuaderno en su propio bolsillo.

Definitivamente, es una evidencia, y necesita asegurarse de que las autoridades lo reciban; pero lo que Halgrim describió en el diario, lo que encontró en el jardín trasero… no es solo evidencia: es una locura; si es verdad, claro.

Kristoffer es consciente de que todo podría ser el delirio de una persona mentalmente perturbada. Tal vez, Halgrim sufría de demencia o paranoia. Kristoffer ha conocido al viejo básicamente toda su vida, y siempre ha sido de una naturaleza amable y amigable; pero, por supuesto, Kristoffer no tenía idea de lo que estaba pasando a puertas cerradas. Sin embargo, algo en la forma en que el diario estaba escrito convenció a Kristoffer de que Halgrim no estaba loco. Cualquier cosa que descubrió en el jardín, definitivamente, le afectó, pero no lo había vuelto loco. Hasta la última entrada del diario, Kristoffer aún podía reconocer a Halgrim tal como lo conocía, podía decir que aún era básicamente cuerdo.

Kristoffer mira al policía muerto.

—Entonces, ¿no has ido al jardín trasero? ¿No has visto el agujero? —Recuerda la expresión en el rostro del policía cuando hizo esa pregunta. Luego, visiblemente, se estremeció, aunque intentó no mostrarlo, cuando dijo:— Algo loco está pasando aquí, seguro. Mi compañero… —cortándose a sí mismo, claramente no quería decirle a Kristoffer lo que le había pasado a su compañero.

Pero lo que fuera que estuviera ahí fuera, en el jardín, Kristoffer tenía que…

Otro crujido en la puerta se escucha, es más fuerte esta vez, cuando Helda arranca un trozo más grande de madera. Lo escupe, y luego mete la cabeza por el hueco, gruñendo y mordiendo el aire.

Kristoffer siente que el estómago se le aprieta aún más de lo que ya lo está. Coge el arma y la mira. Ha sostenido un rifle unas cuantas veces, pero nunca una pistola. Las ha visto en películas, y pronto descubre cómo sacar el cargador. Quedan seis balas. Suficientes.

Lo empuja hacia arriba y lo encaja en su lugar. Sabe que no necesita cargar el arma, ya que la pistola había disparado cuando,

simplemente, apretó el gatillo antes, lo que significa que es una semiautomática.

«Solo necesito apuntar y disparar. Simple. Puedo hacerlo».

Kristoffer respira hondo varias veces, llenando su pecho, tratando de no dejar que sus músculos se tensen.

«Es lo último que necesito hacer, y estaré fuera de aquí. Piensa en lo increíble que será sentir el aire fresco de nuevo, no volver a ver esta maldita despensa jamás».

El pensamiento le ayuda lo suficiente como para poder acercarse un poco más a la puerta. Tratando de no mirar directamente a la cabeza de Helda, levanta la pistola y apunta a su frente. A pesar de sus mejores esfuerzos, su brazo tiembla.

—Lo siento —le dice de nuevo—. De verdad que lo siento, Helda, pero creo que lo entenderías. Necesito hacer esto.

Da medio paso más cerca, inclinándose hacia ella hasta que el cañón de la pistola toca su frente. Ella se retuerce, gruñe y trata de morderle. Kristoffer cierra los ojos, gira el rostro y dispara.

El sonido no le duele tanto esta vez, probablemente porque estaba preparado. Aún así, lo deja casi sordo. A medida que su audición regresa gradualmente, se da cuenta de que no hay más sonidos. Echando un vistazo rápido a la puerta, espera ver el agujero vacío, espera que Helda haya caído al suelo.

No tiene tanta suerte: Helda sigue ahí, ahora bien muerta. La bala atravesó su ceja y la mató de inmediato, pero sigue atrapada en la puerta.

—Venga ya —murmura Kristoffer—. Está bien, puedes hacerlo…

Guarda la pistola en la parte trasera de su cinturón, permitiéndole usar ambas manos. Quita su cerrojo improvisado y gira la manija. La puerta se mueve unos centímetros antes de encontrar resistencia. Deben ser los pies de Helda, que están en el camino. Kristoffer empuja un poco más fuerte, sintiendo que la puerta cede a regañadientes. Cuando la abertura es lo suficientemente amplia como para que él pueda pasar, lo hace.

Atravesar el umbral se siente extraño, casi como entrar en Narnia. La pequeña cocina parece enorme en comparación con la despensa. El aire sigue siendo sofocante, aunque mucho mejor.

Mira hacia atrás para ver el cuerpo de Helda colgando allí. El exterior de la puerta parece como si una jauría de gatos hubiera estado arañándola durante días.

Kristoffer va hacia la sala de estar. Se ve como la recuerda: desordenada. Afuera está oscuro. El reloj de pared comienza a sonar. Es el único sonido, aparte de los rasguños y gruñidos de Helda, que Kristoffer ha escuchado en más de una semana y, de alguna manera, es reconfortante. El reloj comenzaba a sentirse como su único

compañero.

Una figura pasa junto a la ventana. Kristoffer salta y saca la pistola torpemente.

La figura reaparece junto a la puerta de la terraza. Kristoffer no lo ha visto antes y, sin embargo, inmediatamente reconoce lo que le pasa: la piel verdosa, los ojos negros, la boca abierta. No hace ningún intento por alcanzar la manija, pero comienza a rascar el cristal, siseando a Kristoffer. Las luces no están encendidas, así que no debería poder verlo parado allí, pero, al igual que Helda, Kristoffer asume que el tipo puede sentirlo, lo cual es probablemente también por lo que no se ha ido: Kristoffer sigue siendo la presa más cercana.

Debe ser el otro policía.

Kristoffer evalúa sus alternativas. Podría correr hacia la puerta principal y, probablemente, salir de la casa antes de que el zombi pueda rodear la casa por fuera. Eso significaría que Kristoffer podría escapar limpio, y ese pensamiento es tremendamente atractivo; pero, simplemente, no puede hacerlo, porque también significaría dejar al zombi atrás, ofreciéndole una oportunidad perfecta para ir a buscar a alguien más para morder: uno de los vecinos, alguien que todavía no tiene ni idea de lo que está pasando.

El jardín trasero de Halgrim y Helda está cerrado por setos y árboles, y Kristoffer está seguro de que nadie ha visto al muerto allí afuera.

«Podría ser el único vivo que sabe lo que está pasando. Necesito encontrar una manera de asegurarme de que la situación no se agrave».

Eso, básicamente, le deja dos opciones: puede disparar al tipo como le disparó a Helda, o puede intentar atraparlo de alguna manera. Ambas opciones significarían que Kristoffer podría salir de la casa sin temor a que esto se propague. Tan pronto como esté fuera, irá a la policía, les contará lo que pasó, les mostrará el diario de Halgrim, se asegurará de que tomen la situación muy en serio.

Lo más seguro, probablemente, sería dispararle al tipo. Incluso podría hacerlo sin abrir la puerta. Simplemente volarle los sesos a través del cristal. Pero el problema es que, si Kristoffer mata al tipo, no tiene manera de probar que actuó en defensa propia. Claro, probablemente pueda convencerlos de que Helda lo atacó y lo mantuvo atrapado en la despensa durante días. La evidencia está ahí.

Pero ¿cómo explicará que disparó y mató a dos policías? Incluso si pueden decir que algo estaba muy mal con ellos, nunca creerán en el concepto de zombis. Pensarán que Kristoffer perdió la cabeza.

En resumen, si mata a este otro policía también, es probable que Kristoffer pase el resto de su vida en la cárcel. Posiblemente, incluso en una instalación psiquiátrica. Y, después de haber estado atrapado

en la despensa, la idea de estar confinado en una habitación sin ventanas de nuevo es suficiente para hacerle estremecer.

—De acuerdo, opción dos —susurra para sí mismo—. Vamos a hacer una trampa…

Mira a su alrededor, evaluando lo que tiene disponible. Ve una mesa volcada, una silla rota, y algunas cuerdas viejas que Halgrim debió haber dejado por ahí. Hay un armario grande con puertas corredizas. Una idea empieza a tomar forma en su mente.

—Bien, si puedo hacer que el zombi entre en el armario y cerrar las puertas, podría dejarlo atrapado ahí hasta que regrese con ayuda.

Kristoffer toma las cuerdas y comienza a atarlas en una de las manijas de la puerta del armario, asegurándose de que estén lo suficientemente firmes como para mantenerlo cerrado una vez que el zombi esté dentro. Respira profundamente, tratando de mantener la calma. Esto tiene que funcionar. Es su única oportunidad para salir de aquí sin convertirse en un asesino.

Empieza a mover muebles, haciendo ruido a propósito para atraer al zombi hacia la trampa que está preparando. Escucha el sonido de las uñas rascando más fuerte contra el vidrio, seguido por un golpe. Kristoffer sabe que el zombi está tratando de entrar.

—Vamos, entra, entra… —susurra, colocando la silla rota frente al armario como un obstáculo.

Finalmente, escucha un fuerte estallido y el cristal de la puerta de la terraza se rompe. El zombi entra tambaleándose, atraído por el ruido. Kristoffer se queda quieto, observando cómo el zombi avanza lentamente hacia él, sus ojos negros están fijos en su objetivo.

Kristoffer se mueve hacia la izquierda, lejos del armario, y el zombi lo sigue. Justo cuando está a punto de alcanzarlo, Kristoffer da un giro brusco y corre hacia el armario, abriendo las puertas de golpe.

El zombi, con su impulso, no puede detenerse a tiempo y tropieza directamente dentro del armario. Kristoffer empuja las puertas, cerrándolas rápidamente, y tira de las cuerdas para mantenerlas cerradas.

El zombi golpea las puertas con fuerza, pero Kristoffer ya ha amarrado las cuerdas firmemente. Sabe que no durará mucho, pero solo necesita ganar tiempo suficiente para salir de la casa y alertar a las autoridades.

Respira profundamente, retrocede unos pasos y se dirige rápidamente hacia la puerta principal. Abre la puerta y siente el aire fresco en su rostro.

—Finalmente… —murmura, sintiendo una mezcla de alivio y urgencia.

Corre hacia el exterior, dejando atrás la casa oscura y el peligro que encierra. Tiene una misión ahora, una tarea clara: detener la



propagación de lo que sea que esté pasando. El mundo necesita saber.

44

Llega a un lugar donde el conducto de ventilación hace un giro hacia arriba. Girando el cuello, distingue una luz tenue desde arriba. El conducto, aparentemente, sube por varios niveles del hospital, lo cual es una buena noticia.

La parte difícil será escalarlo. Aksel se da la vuelta y se pone de espaldas, escupiendo cuando el polvo le entra en la boca. Extiende los brazos, tanteando el interior del conducto. Está hecho de secciones unidas, de aproximadamente un metro de largo cada una. Cada junta tiene un borde fino que la recorre completa, sobresaliendo unos dos centímetros y medio; es suficiente para que Aksel pueda agarrarlo con los dedos, y también debería ser suficiente para que pueda apoyar el pie.

«Y papá decía que era un idiota por ir a escalar rocas», piensa Aksel. «Pues mira esto, papá».

Se escupe en las manos y las frota. El polvo ayuda a que estén pegajosas. Luego, se impulsa hacia arriba y comienza el ascenso.

Es incluso más fácil de lo que pensaba. Ha aprendido el arte de escalar con solo pequeñas repisas para colocar manos y pies, y las del conducto son muy regulares y están perfectamente espaciadas. Fue su amigo Thor quien le enseñó a escalar rocas y, luego, cuando Aksel le cogió el truco, lo introdujo al salto BASE. Fue la experiencia más insana que Aksel había sentido: escalar una montaña con un paracaídas y, luego, saltar y planear de vuelta al suelo. Nunca se había sentido más vivo.

Ahora, mientras sube por el polvoriento, completamente oscuro y claustrofóbico conducto de aire, siente de nuevo algo de esa energía, y es casi suficiente para bloquear todo lo demás, incluso los latidos de su tobillo herido.

Sigue moviendo las manos y los pies, sigue escalando el edificio. Debe haber pasado, al menos, tres pisos ya. Esperaba que el conducto de aire se hubiera ramificado a estas alturas, pero no ha encontrado ninguna abertura. Quizás este viejo conducto no está conectado a ninguno de los otros pisos. Quizás va directamente al tejado.

El hospital tiene doce plantas, cerca de sesenta metros. Aksel aprieta los dientes. «Puedo hacerlo. He recorrido tramos más largos antes». Pero sus brazos y piernas empiezan a cansarse, y se da cuenta de que está fuera de forma. Han pasado casi cuatro meses desde su última escalada con Thor. Esta es la primera vez que escala sin cuerda de seguridad. Si resbala, podría detener la caída empujando con los brazos y las piernas. Será doloroso, pero, al menos, no caerá hasta la muerte.

La próxima vez que se detiene para descansar, nota que puede ver de nuevo. Mirando hacia arriba, encuentra justo lo que esperaba: una abertura en el lateral.

«Gracias a Dios…».

Escala los últimos metros, y luego se empuja hacia el conducto horizontal adyacente. No está tan polvoriento como el que acaba de dejar: parece más nuevo y bien mantenido. Aksel se tumba boca abajo, sintiendo cómo sus brazos y piernas vibran de agotamiento.

«Estoy acabado. No hay manera de que siga subiendo», lo que significa que, sea lo que sea que haya en este piso, tendrá que salir del conducto de aire y enfrentarlo.

45

Jakob supera el miedo mientras sale por la ventana. Sus pies encuentran el saliente. Solo lleva calcetines, y puede sentir los ladrillos fríos. Lentamente, coloca más y más peso sobre el saliente, asegurándose de no resbalar y de que no ceda.

Frida ya está saliendo junto a él. Aparentemente, sin sufrir tanto miedo a las alturas, ella sale mucho más rápido, luego se gira y mete la mano por la ventana. Da un grito cuando la doctora se lanza hacia ella.

En el último segundo posible, Frida cierra la ventana de golpe. La mujer choca contra ella, gruñe y comienza a arañar el cristal.

La transformación que ha experimentado la mujer en tan pocos minutos es tan horrible que la visión de ella hace que Jakob olvide la caída empinada por un momento. Su cabello se ha apartado de su rostro, revelando su piel verdosa y sus ojos negros y brillantes. Sus dientes no han cambiado, siguen siendo uniformes y perfectamente blancos. Obviamente, se ocupaba mucho de ellos. Pronto, si ella se sale con la suya, estarán cubiertos de sangre y tendrán pedazos de carne entre ellos.

—Muévete —Frida le susurra al oído a Jakob.

Él parpadea y aparta los ojos del zombi para mirar a Frida. Como él, ella se está agarrando al marco superior de la ventana.

—Tenemos que movernos —dice ella de nuevo—. No podemos quedarnos aquí. No hay forma de asegurar la ventana desde aquí fuera, y podría descubrir cómo abrirla pronto…

Como si la idea se le acabara de ocurrir a la doctora, su mano agarra la manija y abre la ventana unos ocho centímetros. Frida la agarra y la vuelve a cerrar de golpe.

—¡Ve, Jakob! ¡Ahora!

Jakob comienza a moverse. Es un trabajo duro; no tanto físicamente, aunque es una postura incómoda, sin poder enderezar completamente la espalda o las piernas, pero el verdadero desafío está en su cabeza. Cada paso es una lucha. Cada vez que tiene que levantar un pie o mover una mano, necesita anular de manera forzosa los instintos de supervivencia de su cuerpo, que están haciendo que sus músculos se acalambren, negándose a moverse por miedo a caer. Cualquier cosa excepto un zombi come-carne probablemente no habría sido suficiente para motivarlo a alejarse de la ventana y avanzar más por el saliente. Su mano vendada tampoco lo pone fácil.

Frida está justo detrás de él, moviéndose con más gracia, aunque Jakob puede decir que ella tampoco está exactamente cómoda. Desde abajo, Jakob nota periféricamente a personas gritando. Captura

fragmentos como: «¡ahí arriba!» y «¡miren!».

«Puede que estemos en televisión en directo», piensa, sintiendo una loca necesidad de reírse.

Ha logrado avanzar unos dos o tres metros por el saliente cuando la mujer descubre cómo abrir la ventana por segunda vez. Jakob solo se da cuenta porque Frida lo advierte con un grito.

Mirando hacia atrás, ve la cabeza de la mujer asomarse al aire, sus ojos fijándose en ellos. Luego sale, alcanzando a Frida. Hay menos de treinta centímetros entre las largas uñas de la mujer y el brazo desnudo de Frida, cuando la mujer resbala y cae del saliente. Emite un grito animal mientras cae.

Jakob no puede evitar mirar. La sigue hasta el final. Dos veces, algún tipo de succión parece atraerla, estrellándola contra el edificio, y cae como un muñeco de trapo, brazos, piernas y cabello ondeando. Alguien grita. Luego, cae sobre el cemento. El sonido es bajo y pesado. Como un trozo de arcilla mojada. Un suspiro de horror recorre a la multitud.

La mujer no se mueve. Los médicos con trajes bio-riesgo corren desde todos los lados, presumiblemente para ayudar, pero Jakob siente confianza en que está muerta.

Mira de nuevo a Frida.

—¿Y ahora? ¿Regresamos?

Ella mira hacia la ventana abierta, y luego sacude la cabeza.

—No, es demasiado arriesgado. Creo que deberíamos seguir moviéndonos. Quizá alguien en una de las otras habitaciones nos deje entrar.

Jakob mira en la dirección a la que van. Hasta donde puede ver, hay tres, tal vez cuatro habitaciones más antes de la esquina del edificio. El saliente parece recorrer todo el camino, pero, a este ritmo, le llevará media hora llegar allí.

«No tienes otra opción. Muévete». Jakob se pone en movimiento.

46

Debería ser bastante simple; al menos, en teoría. Solo necesita desbloquear la puerta de la terraza, empujarla para abrirla, luego girarse y correr hacia el otro lado de la mesa del comedor. Es grande y pesada, y no se moverá fácilmente ni se volcará, lo que significa que, cuando el zombi entre, tendrá que rodear la mesa para alcanzar a Kristoffer. Él debería poder moverse en la dirección opuesta, luego correr hacia la puerta de la terraza.

Muy simple: cinco pequeños pasos. Cualquiera debería poder seguir esas instrucciones.

Lo que lo hace menos simple es el hecho de que, básicamente, dejará entrar a un monstruo come-carne en la habitación con él; y, aunque tiene una pistola, no puede usarla.

No está completamente seguro de a qué velocidad se mueven los zombis; solo tiene a Helda como punto de referencia, y ella nunca se alejó de la puerta de la despensa en todo el tiempo que él estuvo allí. Lo mismo ocurre con el policía: solo sigue balanceándose de un lado a otro frente a la puerta de la terraza, forcejeando con el vidrio.

Cuando Kristoffer entró en la casa, lo cual le parece una eternidad, y se encontró con Helda, notó que caminaba de manera tambaleante, como un niño pequeño. Y, a juzgar por la forma en que el policía se mueve de manera descoordinada, Kristoffer está bastante seguro de que no tienen un buen equilibrio.

—Puedo correr más rápido que él —murmura—. Y, si de alguna manera me acorralan, lo empujaré. Si eso no funciona… —mira la pistola en su mano— tengo una última opción.

Satisfecho con su plan, cruza la oscura sala de estar y camina hacia la puerta de la terraza. Con cada paso, su cuerpo se tensa más. Sus piernas se sienten casi como si hubieran olvidado cómo caminar.

El zombi se vuelve más ansioso a medida que Kristoffer se acerca. Deteniéndose justo frente a la puerta, el policía aplasta su rostro contra el vidrio e intenta morderlo. Todo lo que consigue es ensuciarlo con saliva.

—Está bien —dice Kristoffer, hablando en voz alta para tranquilizarse—. Esto es factible. Solo necesito hacerlo, y estaré fuera de aquí en treinta segundos. Allá vamos.

Extiende una mano temblorosa, girando el cerrojo y luego la manija. La puerta ahora está abierta, y el zombi parece sentirlo, porque gime y gruñe y forcejea frenéticamente. Pero, evidentemente, ha perdido todo recuerdo de cómo abrir una puerta, lo cual le da a Kristoffer la oportunidad perfecta.

Coloca ambas manos en la puerta y, luego, la empuja con fuerza. El

zombi golpea su frente contra el vidrio, retrocede tambaleándose y cae sentado. La puerta se abre de golpe, y Kristoffer se da la vuelta rápidamente y corre hacia la mesa del comedor. Al asomarse por encima, se da cuenta de inmediato de que podría haberse tomado su tiempo. El policía apenas se ha puesto de pie, lentamente para recuperar el equilibrio. Luego, atraviesa la puerta abierta, mira a su alrededor por un segundo, se fija en Kristoffer, muestra los dientes en un gruñido y se dirige hacia la mesa.

Kristoffer se mantiene listo, de puntillas. Se siente como un portero de fútbol a punto de parar un penalti, pero no puede moverse todavía; necesita esperar y ver qué dirección elige el zombi: izquierda o derecha.

Resulta que el zombi opta por una tercera opción, una que Kristoffer no previó.

El policía choca contra la mesa a la altura de la cadera. Emite un gruñido de molestia, sin siquiera mirar hacia el obstáculo. Intenta empujar hacia adelante, extendiendo los brazos hacia Kristoffer. La mesa, como Kristoffer esperaba, no se mueve; pero el zombi, sí. Simplemente, se inclina sobre la mesa, arrastrándose a través de ella.

Esto toma a Kristoffer completamente desprevenido. Da un grito ahogado y salta hacia atrás mientras el policía alcanza el otro lado de la mesa en cuestión de segundos, tratando de atraparlo con ansia. Kristoffer se topa con la pared, dándose cuenta de que solo hay unos pocos pies de espacio entre la mesa y la pared, algo que no consideró que podría convertirse en un problema.

El zombi se abalanza sobre él y casi logra alcanzarlo, cuando la gravedad lo empuja al suelo. Aterriza sobre su pecho y barbilla, con las piernas todavía en la mesa, y el extraño equilibrio le da a Kristoffer un par de segundos para deslizarse hacia un lado. Luego, corre hacia la puerta de la terraza.

Saliendo de la casa, respira el aire fresco de la noche fría y casi se olvida del plan. En ese momento, todo lo que quiere es correr y seguir corriendo. Sin embargo, se obliga a detenerse y se gira de nuevo. El zombi ha conseguido ponerse de pie y está cruzando la sala de estar.

Kristoffer cierra de golpe la puerta de la terraza, y es entonces cuando se da cuenta de que hay un gran fallo en su plan: la puerta no se puede cerrar desde este lado; y, como la puerta se abre hacia fuera, el zombi simplemente la empujará para abrirla.

—Maldita sea —murmura Kristoffer, mirando alrededor de la terraza.

Hay un par de macetas y una linterna, pero ninguna parece lo suficientemente pesada como para bloquear la puerta. También hay una pequeña mesa de cristal y un par de sillas de metal. Estas últimas parecen tener la altura justa, y Kristoffer toma una decisión rápida y

corre hacia ellas.

Agarrando la silla más cercana, la lleva de vuelta a la puerta. Llega justo cuando el zombi alcanza la puerta desde el otro lado. La puerta comienza a abrirse, cuando Kristoffer casi se arroja contra ella, cerrándola de golpe. Se apoya en ella con el hombro, sintiendo que el zombi empuja desde el otro lado.

Respirando rápido, Kristoffer coloca la silla bajo la manija, sujetándola. Lentamente, con cuidado, deja de apoyarse en la puerta, comprobando si la silla aguantará. Lo hace. De hecho, parece estar muy bien anclada en su lugar.

Kristoffer retrocede, mirando la barricada que ha improvisado. El zombi gruñe y gime, pero no importa cuánto peso empuje contra la puerta, la silla se mantiene firme.

—Lo logré —murmura Kristoffer, esbozando una sonrisa—. Funcionó…

Como si la noche le respondiera, una ráfaga de viento frío sopla a su lado, haciéndolo estremecerse. Y parece captar un ruido también, como un gemido lejano. Se gira y mira hacia el jardín, y sus ojos se fijan de inmediato en el agujero en la colina. Es aún más oscuro que el resto de la oscuridad. Kristoffer no sabe cómo lo sabe, pero el sonido vino de allí. Está seguro de ello. Tiene la sensación muy aguda de que algo le está mirando desde allí.

Hace un esfuerzo para apartar la mirada de la colina, y verifica una vez más que la silla todavía esté en su lugar. Lo está. Entonces, Kristoffer corre en busca de ayuda.

47

Jakob llega a la ventana de la siguiente habitación y echa un vistazo al interior.

La habitación parece estar vacía. Intenta meter los dedos en la rendija, pero la ventana está cerrada desde dentro.

—No hay suerte —le dice a Frida por encima del hombro.

—Sigue avanzando —le dice ella—. Intentaremos en la siguiente.

—Lo dices como si fuera fácil —murmura él, sacudiendo la mano, que está toda agarrotada de agarrar el marco superior de las ventanas.

—Lo estás haciendo muy bien. Llegaremos a un lugar seguro, solo sigue avanzando.

Jakob se mueve a lo largo del saliente. Los músculos de sus muslos y pantorrillas empiezan a sentir el esfuerzo del trabajo duro que están haciendo. Han pasado de arder a hormiguear y, ahora, a temblar por completo.

«No puedo hacer esto. No por mucho más tiempo».

Aumenta un poco la velocidad. Eso significa dar pasos más largos, y se siente más arriesgado, pero también lo es tener un calambre en la pierna, lo cual podría suceder en cualquier momento.

Llega a la siguiente habitación. Las luces están apagadas, y usa su mano como escudo para mirar dentro. Un rostro se materializa justo al otro lado del cristal, atacando la ventana.

Jakob grita y retrocede instintivamente. Su pie resbala y, por un horrible instante, siente cómo su estómago se le revuelve por la sensación de caída. Luego, ambas manos se agarran al marco de la ventana. Un dolor le martillea el dedo herido, pero apenas lo siente. Frida le pone una mano en la espalda, ayudándole a apoyarse de nuevo contra la ventana.

El zombi al otro lado (un antiguo paciente, a juzgar por la ropa), sigue mordiendo y arañando el vidrio, ansioso por alcanzar a Jakob.

—Joder, eso estuvo cerca —dice, sintiéndose mareado por el susto. Tiene muchas ganas de sentarse, de quitarse el peso de los pies.

—La siguiente —dice Frida—. Sigue avanzando, Jakob.

Quiere decirle algo grosero, pero se muerde las palabras. Sabe que ella solo intenta animarle. Probablemente, también esté empezando a sentirse agotada.

Continúa por el saliente. Debe haber aumentado la velocidad, porque la siguiente ventana le lleva menos tiempo alcanzarla. Esta vez, está preparado para el susto, pero nadie ataca la ventana. Las luces están encendidas en esta habitación.

Una persona está sentada en la cama: un hombre de mediana edad, a juzgar por el cabello ralo. Lleva una camisa normal y parece que era

un visitante. En la cama yace una mujer mayor, conectada a máquinas, durmiendo con la boca abierta.

—Bingo —murmura Jakob—. No hay zombis —golpea el cristal.

El hombre se agita, como despertando de un sueño. Jakob golpea de nuevo, y el hombre se gira y lo ve. Jakob espera ver sorpresa en el rostro del hombre, y es así por un segundo. Luego, es reemplazada por una mirada vacía. El hombre parece alguien que recientemente perdió toda esperanza.

—¿Podría abrir, por favor? —pregunta Jakob, dando pequeños golpes en la ventana.

El hombre, simplemente, lo mira, como si no comprendiera del todo.

—Por favor, déjenos entrar —dice Jakob.

El hombre sigue sin moverse ni decir nada más.

—Puede que no sea noruego —dice Frida, inclinándose desde un lado para mirar al hombre—. Please help us —dice en inglés—. Open the window.

El hombre, finalmente, actúa. Sin embargo, no se levanta de la cama, pero sí levanta el brazo, mostrando el interior. La manga ha sido arremangada, y hay tres líneas largas, brillantes y rojas que van desde el pliegue del codo hasta la muñeca.

—Oh —dice Frida—. Él está… infectado.

—Mierda —murmura Jakob, y un temblor violento le recorre los brazos—. Tenemos que entrar. ¿Puede, por favor, simplemente abrir? Solo déjenos pasar.

—No podemos hacer eso —dice Frida—. Están en el pasillo, ¿recuerdas? No tenemos idea de cuántos hay o si podremos llegar a otra habitación a tiempo.

—Sí, pero no tenemos opción —sisea Jakob entre dientes apretados —. No puedo quedarme aquí por mucho más tiempo, ¿de acuerdo? Escucha, ¿puedes, por favor, abrir la ventana y dejarnos descansar un minuto?

El hombre, simplemente, les da la espalda. Como si no comprendiera o, más probablemente, no le importara.

—¡Mierda! —grita Jakob, golpeando la ventana—. ¡Jódete! Pedazo de mierda egoísta…

—Está bien, sigue moviéndote.

—¿Moverme adónde? ¡No hay más ventanas!

—Vamos a ver si podemos pasar la esquina. Quizá…

—Te dije que no puedo hacerlo. No puedo seguir. Voy a romper esta maldita ventana…

—¿Con qué?

Jakob empieza a golpear el cristal con el codo. Es un intento completamente inútil. La ventana solo vibra un poco. No puede reunir ni de lejos la fuerza suficiente para romperla.

—Mierda —gruñe, levantando la pierna para intentarlo con la rodilla. Su otra pierna sufre un calambre doloroso y grita de dolor, casi perdiendo el equilibrio.

Frida le agarra del hombro, ayudándole a mantenerse en su sitio. Jakob grita mientras los músculos de la parte posterior de su muslo siguen acalambrándose. A través del dolor, escucha a Frida decir algo sobre estirarse, y él se apoya en la otra pierna, permitiéndole extender completamente la que está sufriendo calambres. Eso ayuda. Poco a poco, los músculos se relajan.

—Mierda —resopla, colocando el pie de nuevo en el saliente—. Eso estuvo cerca. Vale, seguimos avanzando.

Se mueve los últimos metros por el saliente y llega a la esquina. Inclinándose de lado, mira hacia el otro lado del hospital. Una ráfaga de viento corta y breve le hace contener la respiración. Sin embargo, apenas lo nota, porque justo allí, a unos diez metros de distancia, ve su salvación.

Mira hacia atrás, hacia Frida, con lágrimas de alivio en los ojos.

—Hay una… hay una escalera.

48

—No puedo creer que no nos haya dejado verlo.

Svein patea una piedra que sale rodando por el camino.

—Sí, ya lo sé —concuerda Stig, golpeando el asfalto con un palo mientras camina—. Por fin pasa algo guay por aquí, y no nos dejan verlo.

Su madre les había regañado varias veces por caminar en medio de la carretera, pero a esta hora de la tarde no hay coches y, aunque los hubiera, los chicos los oirían mucho antes de que llegaran. Además, solo llevan puestas sus sudaderas con capucha, que es poco para el clima helado. Pero ya han cogido un resfriado horrible, así que, ¿qué más da?

Al ver la escena del hospital en Torik, Svein y Stig se llenaron de emoción hasta que su madre apagó la televisión. Decía que era "demasiado gráfica" para que la vieran. Como si no hubieran visto películas de terror con mucho más gore.

—Estoy harto de sus gilipolleces —dice Stig, escupiendo al suelo—. Siempre está con lo mismo: «Ser madre soltera no es fácil. Vosotros me arruinasteis la vida. Blah-blah-blah». Pues, tal vez, no debería habernos tenido. No es como si hubiéramos pedido nacer, ¿no?

—No, y no es culpa nuestra que papá se largara. En cuanto cumpla trece, me largo de aquí. No voy a desperdiciar mi vida aquí como ella. Encontraré un piso en Torik.

Stig se limpia la nariz con la manga.

—Oye, ¿tú crees que realmente son zombis los que hay allí?

—Eso parecía. Quiero decir, decían que estaban atacando y mordiendo a otros. Y ese tipo que enseñaron, joder.

—Sí, tío. Se veía impresionante. ¡Tenía los ojos todos negros! Como en el *Call of Duty*.

—No, imbécil, en el Call of Duty los zombis tenían ojos brillantes.

Svein mira a su hermano.

—El imbécil eres tú, y estás equivocado. Yo jugué mucho más que tú. ¿Lo llegaste a terminar?

—No, no lo terminé porque es un juego estúpido. Tú estás pensando en Black Summer. Esos zombis sí que tenían ojos negros.

—No, vi la segunda temporada no hace mucho, y lo recuerdo. No tenían los ojos negros.

—¿Por qué coño iban a llamar a la serie Black Summer si los malditos zombis no tenían los ojos negros?

—Porque el negro es un símbolo de muerte y enfermedad, gilipollas. ¿Acaso escuchas algo de lo que nos dicen en la escuela?

—No, porque no soy un perdedor como tú.

—Jódete.
—Vete a leer un libro, empollón.
—Vete a chupar una polla de burro, maricón.
Los chicos se ríen a carcajadas. De repente, oyen un disparo. No es un sonido raro por esa área, donde la caza es la afición principal, solo superada por el senderismo.
—¿Quién coño anda por ahí a estas horas? —pregunta Stig, mirando hacia el bosque—. Quiero decir, está más oscuro que la boca de un lobo.
—No creo que haya venido del bosque —dice Svein—. No hubo eco.
—Vaya. Tienes razón. Entonces, ¿de dónde ha venido?
—Creo que ha venido de la casa de Helda y Halgrim —dice Svein, señalando la casa al borde del pueblo.
Los ojos de Stig se ensanchan de emoción.
—¿Crees que Halgrim por fin se hartó de esa vieja fea y le voló las tetas?
—O eso, o fue un disparo accidental. Podría haberse disparado en el pie.
—Vamos a comprobarlo —dice Stig, ya en camino hacia la casa.
Svein le sigue.
Los chicos miran en ambas direcciones, asegurándose de que siguen solos, antes de subir por el camino del jardín, que lleva hasta la puerta principal de la casa de Helda y Halgrim.
—¿Llamamos a la puerta? —susurra Stig.
—No, no llamamos, imbécil. Echamos un vistazo por las ventanas. Está oscuro aquí fuera, no nos verán.
—Vale, pero no te…
Svein es interrumpido por la mano fría de Stig cuando se la pone sobre la boca y lo empuja contra la pared. Svein gira la cabeza y ve a alguien correr por la esquina de la casa. Reconoce a Kristoffer, el joven ermitaño del número 16. Parece que está fatal. Incluso en la oscuridad, Svein puede decir que Kristoffer está muy alterado. Sus ojos están fijos en el suelo y murmura entre dientes.
Stig y Svein están apenas ocultos tras una celosía marchita en la pared, pero Kristoffer ni siquiera los ve. Pasa corriendo y se lanza a la calle. Da la vuelta y parece dirigirse a su casa.
—¿Qué… demonios? —susurra Stig, con la voz aguda—. ¿Has visto eso? ¡Tenía una pistola!
—¿Por qué tendría Kristoffer una pistola? —pregunta Svein—. Ese pringado ni siquiera tiene un rifle.
—No, pero al parecer tiene una pistola; o, tal vez, la robó. De cualquier manera, ¡acaba de pegarle un tiro a alguien, tío!
Svein traga saliva, saboreando mocos.
—¿Crees que fueron Helda y Halgrim?

—Sí, probablemente. Puede que se hayan metido en algún tipo de pelea y se haya liado. Tío, ¡esto es incluso mejor que lo que está pasando en Torik!

—Espera —dice Svein, agarrando el brazo de su hermano cuando va hacia la puerta principal—. ¿Y si esto tiene algo que ver con aquello?

—¿Cómo iba a tener algo con eso? Dijeron que la infección estaba contenida. Torik está a treinta kilómetros de aquí.

—Sí, supongo que tienes razón.

Stig intenta abrir la puerta.

—Mierda, está cerrada. Vamos, probemos la puerta de la terraza.

Corren hacia el jardín trasero, por el mismo camino por el que vino Kristoffer. Sus huellas aún son visibles en la hierba húmeda. Encuentran la puerta de la terraza atrancada con una silla de jardín metida debajo de la manija. Cuando Stig va a quitarla, Svein ve que una figura aparece al otro lado del cristal.

—¡Oye, cuidado! —grita.

Stig retrocede cuando el zombi choca contra la puerta y comienza a arañar, siseando hacia ellos. Los chicos miran al muerto, luego se intercambian una larga mirada.

—Joder —susurra Svein, su boca contorsionándose en una amplia sonrisa—. ¡Están aquí también!

49

La tercera rejilla no está sobre una habitación de paciente, sino en el pasillo. Por lo que Aksel puede ver, no hay nadie a la vista, ni vivo ni muerto, pero puede oírlos, a varios de ellos. Es fácil reconocer esos pasos tambaleantes.

Aún así, incluso con algunos zombis, el pasillo podría ser su mejor opción. Hay suficiente espacio para que él se mueva a su alrededor. Además, sus codos están a segundos de sangrar, y los músculos de sus brazos, piernas y espalda están gritándole que salga de ese espacio cerrado.

Entonces, Aksel estudia la rejilla y se da cuenta de que no está asegurada de ninguna manera; simplemente, está fijada a un lado y se puede levantar como una puerta. Haciéndolo con cuidado, se inclina hacia adelante y asoma la cabeza por la abertura.

Ve el pasillo al revés. Justo como esperaba, hay varios muertos vagando por él. A solo unos metros, hay un tipo muerto, que realmente está muerto. Parece que alguien le ha clavado un objeto metálico, parece un bisturí, en la cuenca del ojo. Está colapsado contra la pared, con su único ojo restante, negro, mirando al techo.

En el extremo más alejado del pasillo hay seis o siete zombis. Un par de ellos están deambulando sin rumbo fijo, y el resto están parados frente a diferentes puertas, arañando en un vano intento de entrar y comer a quien sea que esté atrincherado allí.

Casi todas las puertas de este piso están cerradas, salvo tres o cuatro. De una de las puertas abiertas sale otro zombi, una chica adolescente. Deambula sin rumbo por el pasillo, mirando de un lado a otro, y finalmente decide entrar en otra habitación.

En el otro extremo del pasillo, el más cercano a donde está Aksel, solo hay un zombi: un tipo flaco sin camisa. Su espalda está cubierta de marcas de arañazos sangrantes. Está tanteando la puerta de incendios.

«Esa es mi salida», piensa Aksel, sintiendo una oleada de esperanza. «Si puedo distraerlo, podré salir». Sin embargo, no tiene nada para hacerlo. Si llama al tipo o hace algún otro ruido para atraerlo, podría atraer también a algunos de los zombis del otro extremo.

No, solo hay una cosa que puede usar. Su único cebo es él mismo, lo que significa que, básicamente, tiene que saltar y arriesgarse.

El pensamiento hace que su corazón se acelere. Será muy arriesgado y hay tres problemas: el primero es una caída de más de tres metros —probablemente, pueda remediarlo bajando y haciendo el salto final una vez que esté colgado de sus brazos—; el segundo, el hecho de que su cuerpo esté agotado por la escalada y por estar atrapado en el

conducto durante mucho tiempo, lo que hace que no tenga forma de saber cómo podrá moverse una vez que esté de pie, tal vez sus piernas le fallen; y el tercer y mayor problema es que, tan pronto como salga del conducto de aire, no habrá vuelta atrás. Si, por alguna razón, no puede llegar a la puerta de incendios, o no se puede abrir, estará jodido. Tendrá que buscar refugio en una de las habitaciones abiertas, siempre y cuando pueda llegar a ellas, y rezar para que no haya zombis allí.

Pero ¿por qué no podría llegar a la puerta de incendios? ¿Y por qué estaría cerrada desde fuera? Estas salidas están pensadas para emergencias como esta. Sin embargo, los policías podrían haberla bloqueado, asegurándose así de que ninguno de los infectados salga.

Ese es un riesgo que tendrá que tomar. Todavía no está convencido de que vayan a controlar la situación en el hospital e, incluso si lo hacen, podría llevarles toda la noche, o varios días. Aksel estará muerto de sed para entonces; su garganta ya se siente áspera y seca por todo el polvo que ha inhalado, y no hay manera de que pase más tiempo en el conducto de aire.

Así que toma un par de respiraciones profundas, y luego se desliza por la abertura. Una vez al otro lado, retrocede de nuevo, bajando los pies y las piernas por el agujero. Un par de puñados de polvo le siguen y caen al suelo. Solo tendrá que rezar para que ninguno de los muertos vivientes lo note.

Haciendo el descenso final, se agarra al borde y apenas logra sostenerse y colgarse de sus brazos durante medio segundo. Luego, se suelta y aterriza tan suave y silenciosamente como puede, amortiguando la caída y dejándose caer de manos y rodillas. El impacto aún envía ondas de dolor a través de sus articulaciones, pero apenas lo nota.

Se endereza, comprobando en todas direcciones. Hasta ahora, ninguno de los zombis parece haberlo escuchado. Hay solo cuatro puertas desde donde está hasta la puerta de incendios. Una de ellas está abierta; las otras, cerradas.

«Necesito vigilar esa puerta abierta, asegurarme de que nadie salga a sorprenderme…».

Con el corazón latiendo en su garganta, Aksel comienza a avanzar por el pasillo, caminando lo más silenciosamente posible sobre el linóleo. Sus ojos van de la puerta abierta al zombi junto a la puerta de incendios y vuelven de nuevo. También mira por encima del hombro cada cinco pasos, asegurándose de que nadie se le acerque por sorpresa.

Lo único que no revisa es al tipo con el bisturí en el ojo. Mientras Aksel pasa junto a él, solo le echa un vistazo rápido. No ve que, apenas dos segundos después, la mandíbula del tipo se mueve, se

sienta sin hacer ruido y comienza a ponerse de pie.

Aksel está muy cerca de la puerta abierta ahora. Se inclina hacia adelante para mirar dentro de la habitación. Por lo que puede ver, está vacía. Parece que antes tuvo lugar una pelea, ya que hay pedazos de ropa rasgada en el suelo, una mesa volcada, manchas de sangre en la pared… pero no hay zombis.

Aksel está a punto de pasar por la puerta abierta cuando capta un ligero ruido detrás de él.

Girando rápidamente, el tipo del bisturí se lanza hacia él.

Aksel grita, agarrando las muñecas del tipo y retrocediendo, tambaleándose. Comienzan una danza desigual en el pasillo, el tipo tratando de morder la cara de Aksel, mientras Aksel intenta empujarlo hacia atrás; pero, instintivamente, no suelta las muñecas del tipo, ya que eso significaría darle la libertad de arañar a Aksel. En cambio, lo empuja contra la pared. El tipo emite un gruñido cuando la parte posterior de su cabeza recibe un golpe. Le causa medio segundo de confusión, lo que es suficiente para que Aksel suelte una mano y empuje con la palma el bisturí todavía incrustado en el ojo del tipo.

Entra por completo, como un cuchillo en mantequilla blanda; la palma de Aksel se salpica de sangre y, lo que queda del ojo del tipo, también. El zombi colapsa en el suelo, como un ordenador al que le cortan la energía. Aksel retrocede y mira el asqueroso desorden en su mano, sintiendo que está a punto de vomitar.

No hay tiempo, sin embargo. Todos los zombis del piso han puesto su atención en él. De un lado viene una auténtica horda, liderada por la chica adolescente que ha sido atraída de nuevo a la habitación en la que él acaba de entrar. Del otro lado, viene el único zombi que estaba custodiando la puerta de incendios.

«Esto es todo. ¡Vamos, vamos, vamos!»

Aksel corre hacia el zombi más cercano. El pasillo tiene unos cuatro, quizás cinco metros de ancho. Debería ser suficiente para pasar junto al zombi, incluso si el tipo se lanza hacia él, lo cual hace.

Aksel se golpea contra la pared, casi desmayándose, pero logra mantenerse en pie y pasa tambaleándose junto al zombi, y los dedos ensangrentados del tipo casi rozan su camisa.

Entonces, Aksel tiene un camino despejado hacia la puerta cortafuegos.

«Por favor, que no esté cerrada... Que no esté cerrada...».

Con el pulso retumbando en sus oídos, mezclado con el coro de gemidos detrás de él, Aksel se lanza hacia la puerta cortafuegos, y…

50

Al llegar a la escalera de emergencia, Jakob agarra la barandilla con ambas manos y se balancea sobre ella, colapsando torpemente en la plataforma metálica. No hace ningún esfuerzo por moverse ni siquiera por ayudar a Frida. Durante diez segundos, solo se queda allí, sintiendo cómo sus brazos y piernas se sacuden y palpitan mientras la sangre fluye libremente por los músculos.

—Lo logré —murmura, mirando la escalera zigzagueando hacia el cielo nocturno—. No puedo creer que lo logré...

Frida pasa por encima de la barandilla. Su rostro aparece con una sonrisa, está exhausta.

—Bien hecho. Ahora solo tenemos que decidir: ¿arriba, abajo o adentro?

Jakob se sienta. Hay una puerta cortafuegos pesada que lleva al interior del hospital. Mirando hacia arriba, las escaleras parecen llegar hasta el techo, y lo mismo hacia abajo. Al estar en el quinto piso, están más cerca del suelo.

—Vaya —dice Frida, inclinándose sobre la barandilla—. No estoy tan segura de que haya mucha elección, de todos modos.

—¿Por qué no? —pregunta Jakob, haciendo una mueca mientras se pone de pie.

Siguiendo la mirada de Frida, ve lo que solo puede describirse como un bloqueo en la parte inferior de la escalera. Una reja de metal pesada ha sido colocada alrededor y parece, más que nada, un recinto para personas muertas. Jakob cuenta al menos veinte pares de brazos de zombis a través de la reja, arañando a las personas más cercanas, que son todos médicos, agentes o bomberos, todos ellos vestidos con protección pesada. Hay una zona de seguridad alrededor de la valla, marcada por una cinta de plástico amarilla.

—Bueno, hacia abajo no es una opción —dice Jakob.

—Sí, y escucha —dice Frida, señalando la puerta.

Jakob se acerca. Alguien está rascando desde el interior de la puerta.

—Supongo que tienes razón —se encoge de hombros—. Hacia arriba es la opción. Genial. Vamos a subir aún más.

—Revisaremos los otros pisos —dice Frida—, pero no soy optimista. Dijeron que todos, excepto el cuarto y el octavo, eran inseguros, ¿recuerdas? Y ahora el octavo también está fuera de servicio.

—Básicamente, seguimos jodidos —concluye Jakob.

—Solo intentemos y...

Frida deja de hablar cuando la manija de la puerta cortafuegos, de repente, gira. Sucede tan rápido que ninguno de los dos tiene tiempo



de reaccionar antes de que la puerta sea empujada y alguien salga corriendo.

51

Cae de bruces en la plataforma de metal. Alguien grita por encima de él. Parece una persona viva. Es más: parece alguien a quien conoce bien.

—¿Axe?

Aksel se pone de pie rápidamente y ve a Jakob y Frida allí, mirándolo con sorpresa.

—¿Qué diablos…? ¿Qué demonios, tío? —dice Jakob, una sonrisa temblorosa formándose en la comisura de su boca—. ¿Qué haces…? Quiero decir, ¿cómo…?

Aksel está tan sorprendido que, por un momento, se olvida por completo de la puerta cortafuegos abierta. Afortunadamente, Frida tiene suficiente sentido común para cerrarla de golpe, solo unos segundos antes de que el zombi pueda alcanzarla. Inmediatamente, reanuda sus intentos de arañar desde el interior.

Luego, ella se lanza sobre Aksel, abrazándolo con fuerza. El olor del cabello de Frida mezclado con sudor le envía un breve destello, un recuerdo de la noche anterior, a Aksel. Parece algo que sucedió hace años. Siente el fresco aire nocturno en su piel e inhala profundamente.

—Estoy tan jodidamente aliviado de verte, tío —dice Jakob.

—¿Qué demonios hacéis todavía aquí? —pregunta Aksel, tomando a Frida por los brazos, mirándolos a ambos por turnos—. Pensé… Pensé que os evacuarían.

—No —dice ella, negando con la cabeza—. No hubo tiempo. Creo que empezaron a limpiar los pisos desde abajo, pero… aún no han llegado a este piso.

—Tuvimos que salir por la ventana —interviene Jakob—. Fue una locura total —mira a Aksel de arriba abajo—. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Por la chimenea?

—Por el conducto de aire —responde Aksel, cepillándose distraídamente los brazos, que están cubiertos de una capa de polvo pegajoso—. Y no deberías tocarme…

Jakob estaba a punto de alcanzarlo, pero ahora retrocede.

—¿Por qué no?

Aksel suspira, se agacha y se sube la pernera del pantalón. Al bajar el calcetín, su piel está completamente limpia. Y no hay heridas ni nada.

—¿Qué demonios? —murmura—. Estoy seguro de que sentí…

Revisa la otra pierna, aunque esa es la que todavía lleva un zapato, por lo que no podría haber sido la que Dahl mordió. Esa también está ilesa. Revisa el otro tobillo una vez más, luego mira a Frida y Jakob.

—¿Estoy perdiendo la cabeza? ¿Veis alguna marca de mordida o

algo?

—No —dice Jakob, negando con la cabeza.

Frida se encoge de hombros.

—A mí me parece que está bien.

Aksel se deja caer sobre su trasero. Siente ganas de llorar de alivio. No puede creerlo. Estaba absolutamente seguro de que Dahl había mordido su piel. Quizás solo fue el pánico lo que le hizo sentirlo.

—Joder, estaba seguro de que estaba muerto —respira Aksel, sintiendo cómo un inmenso alivio inunda su sistema agotado—. Supongo que tengo una segunda oportunidad.

—Creo que necesitaremos una tercera oportunidad, también —dice Frida, mirando hacia abajo—. ¡Porque alguien viene a por nosotros!

Aksel mira hacia abajo a través de los agujeros en la plataforma de metal y ve dos… no, tres… figuras saliendo de la puerta de emergencia abierta, que está en un piso más abajo. Todos se mueven de esa manera tambaleante a la que Aksel ya se ha acostumbrado a ver.

—De acuerdo, vámonos —dice Aksel, agarrando a Jakob por la camisa y empujándolo hacia los escalones que conducen al siguiente nivel.

Mientras sube, Aksel hace un gesto para que Frida vaya a continuación.

—Tú primero —le dice ella—. Sigue a tu hermano.

—¿Qué, y perder la oportunidad de mirarte el trasero? No hay trato, señora. Tú primero.

Ella resopla.

—Veo que casi morir no te ha cambiado.

—No, todavía odio a Ed Sheeran y me hurgo la nariz cuando nadie está mirando.

—Eres todo un encanto —sonríe ella, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias —sonríe él—. Ahora, por favor, ve; antes de que ese tipo aprenda a subir escaleras.

52

—¿Qué hacemos?

Stig mira a Svein y al zombi detrás de la puerta de la terraza. Svein no duda ni un segundo.

—Lo matamos, por supuesto. Eso es lo que haces con los zombis, ¿no?

—Pero no tenemos armas.

Svein mira alrededor del jardín trasero, fijando sus ojos en algo.

—¡Ahí! Eso es perfecto.

Stig se vuelve para ver la colina en la que alguien ha estado cavando un gran agujero. Delante de él hay una carretilla, un pico y una pala.

—Vamos, hombre —dice con una sonrisa nerviosa—. No puedes estar hablando en serio…

—Yo quiero el pico —dice Svein, ya dirigiéndose por el césped.

Stig suele ser más sensato que su hermano, pero eso realmente no dice mucho. Ambos son buenos para incitarse mutuamente, y cuando uno de ellos tiene una idea loca, el otro rara vez retrocede, ya que eso significaría perder la dignidad; así que Stig sigue a su hermano a través del césped congelado.

—No, tú te quedas —instruye Svein por encima del hombro—. Asegúrate de que aún no se rompa.

—¡Pero yo también necesito un arma!

—Te traeré la pala, no te preocupes.

Stig, de mala gana, regresa a la puerta de la terraza. Mirando el rostro demacrado, tiembla, aunque es difícil distinguir los detalles, ya que el vidrio está todo empañado por saliva y grasa. Es un hombre, no tan mayor, de la edad de mamá. Obviamente, ha recibido una paliza o, más bien, una mordida; Stig puede ver marcas de dientes en su cuello.

Esto le hace preguntarse... ¿quién mató al tipo? ¿Hay más zombis alrededor? ¿Está el pueblo infestado de ellos? ¿Es este el apocalipsis? Dado que los muertos vivientes están tanto en Torik, a treinta kilómetros de distancia, como aquí, en Bodum, podrían estar en todas partes. En toda Noruega. Demonios, en todo el mundo. Tal vez ocurrió un evento catastrófico que está haciendo que los muertos se levanten de nuevo, como en The Walking Dead, donde…

—¡Hey, Stig!

La voz de su hermano lo hace girarse y mirar. Svein está de pie junto a la carretilla, mirando el agujero en la colina. Ha sacado su teléfono y está usando el flash.

—¿Qué pasa? —pregunta Stig.

—Ven a ver esto, hombre.

—¿Qué? Es solo un agujero.

—Sí, pero es realmente profundo. Creo que llega como muy abajo, al subsuelo…

Stig echa un vistazo a la puerta de la terraza. El zombi sigue ahí, pero la silla parece mantener la puerta firmemente cerrada, así que comienza a caminar hacia su hermano. Para entonces, Svein ya ha entrado en el agujero.

—¡Eh, espera, hombre!

Pero Svein no escucha. Se adentra más en la colina. Stig no llevó su propio teléfono, así que no puede iluminar su camino como Svein. Corre hacia la colina y se detiene frente a la abertura. Svein ha desaparecido de la vista porque el agujero, que en realidad es más un túnel, se inclina hacia abajo. La tenue luz de su celular aún es visible.

—¡Svein! ¡Vuelve! ¡No tengo luz!

La voz de Stig es absorbida por la colina, y Svein no parece oírlo.

—Cabrón —gruñe—. ¿No podías esperar un segundo?

Está a punto de entrar en la abertura, cuando su hermano grita. Stig se sobresalta. El sonido es tan agudo, tan lleno de horror, que no parece que lo esté fingiendo, aunque eso sería muy propio de Svein, hacer una broma así.

Pero también hay otros ruidos: un gruñido profundo, como de oso, y sonidos de chasquidos y crujidos. Le recuerda a la vez que encontró una rana en el camino y la atropelló lentamente con su scooter, aplastando al animal bajo la rueda delantera.

Entonces, tan repentinamente como Svein comenzó a gritar, se detiene de nuevo.

La luz de su teléfono todavía está ahí, pero Stig no oye nada desde el interior de la colina.

—¿Svein? —llama, con la voz quebrada—. Si eso fue una broma, no es gracioso...

No hay respuesta. Solo un profundo silencio. Es muy probable que esto sea una broma que su hermano le está haciendo. Podría haber usado su teléfono para reproducir esos ruidos. Probablemente, esté agachado dentro de la colina, cubriéndose la boca para no reírse, esperando a que Stig vaya a buscarlo para poder saltar y asustarlo de muerte.

—¿Oye, tío? No es gracioso. Y no voy a entrar ahí para buscarte…

Aún así, nada.

Stig siente ganas de orinar. Se mueve de un lado a otro. Al mirar hacia la casa, todavía puede ver al zombi a través de la puerta de la terraza. De repente, Stig se da cuenta de que no solo está emocionado: está aterrorizado. Algo en este lugar se siente muy mal, como algo antinatural.

—¿Svein? Me voy ahora. Puedes pasar la noche allí si quieres.

Finalmente, su hermano aparece. Su figura se hace visible, silueteada contra el resplandor del teléfono, que ha dejado atrás.

—Joder, sabía que me estabas tomando el pelo —dice Stig, soltando una risa nerviosa—. Me la has jugado por un momento, eso sí.

Svein no responde, solo se acerca a la abertura. Algo en la forma en que camina hace que Stig frunza el ceño. Parece que está cojeando.

—¿Oye, estás bien?

Svein responde a la pregunta, pero no con palabras. En su lugar, un gruñido bajo se le escapa mientras sale de la colina, y sus rasgos se vuelven visibles a la tenue luz del cielo nocturno.

Stig empieza a gritar al ver a su hermano. Svein parece haber pasado por una picadora de carne. Muchos de sus huesos, evidentemente, están rotos. Su pie izquierdo ha desaparecido por completo. Su ropa apenas se sostiene, y faltan grandes trozos de carne por todo el cuerpo.

Stig sigue gritando mientras comienza a retroceder. Pisa la pala, cae sentado, y Svein aprovecha la oportunidad para lanzarse sobre él. Stig agarra las muñecas de su hermano, luchando por evitar que le muerda la cara. Un olor horrible a tierra y sangre llena su nariz mientras Svein se retuerce, araña y chasquea los dientes.

—¡Quítate! —chilla Stig, logrando empujar a su hermano de lado, luego él mismo rueda en la dirección opuesta.

Se pone de pie y corre a ciegas, dándose cuenta demasiado tarde de que se dirige directamente hacia el agujero en la colina. Se detiene frente a la abertura, gira y ve a Svein levantarse.

Justo al lado de Stig está el pico. Se agacha, lo agarra y lo sostiene en alto.

—¡Aléjate, hombre! ¡Mantente lejos de mí!

Solo cuando escucha su voz temblar y quebrarse se da cuenta de que está llorando como un bebé.

—¡No te acerques, Svein! ¡Lo digo en serio! ¡Te mataré!

Y, para su sorpresa, Svein realmente se detiene. Sus brazos van a su lado, deja de gemir, e inclina la cabeza en un gesto que parece casi una pregunta, como si su hermano estuviera diciendo: «Escucha, solo estaba bromeando».

Stig respira rápido, todavía sosteniendo el pico listo. Pero su hermano sigue ahí, mirándolo.

—¿Qué… qué estás haciendo? —pregunta Stig, sollozando—. ¿Todavía me reconoces?

Siente un destello de esperanza.

Svein no responde. En su lugar, se inclina un poco de lado. Y, en ese momento, finalmente se da cuenta de que su hermano no lo está mirando a él. Está mirando algo detrás de él.

Stig se da la vuelta y deja caer el pico.

Cuando la criatura se materializa en la oscuridad, Stig comienza a orinarse. Es tan grande que, aunque el agujero es lo suficientemente alto para que un hombre adulto se mantenga erguido, la cosa está encorvada. Parece una araña gigante atravesando un ojo de cerradura. Y, cuando extiende sus enormes manos huesudas para agarrarlo y arrastrarlo dentro de la colina, Stig vuelve a gritar.

53

Les lleva un par de minutos llegar a la parte superior del hospital. Revisan cada puerta de emergencias que pasan, pero ninguna se abre.

No es fácil para Jakob subir con su mano dañada, pero lo consigue. El mayor desafío es que está agotado, mareado y absolutamente aterrorizado por la caída abajo.

El último nivel de la escalera de emergencia conduce al techo a través de una puerta de barras metálicas. Jakob se sorprende al ver a mucha gente allí. Están de pie o sentados en el centro, la mayoría civiles o personal del hospital. También hay algunos soldados, vestidos con armadura corporal completa.

—Vaya —dice Frida al unirse a Jakob. Apenas está sin aliento por la escalada—. Parece que otros tuvieron la misma idea.

Aksel sube el último tramo de escaleras y se pone de pie con un gemido.

—Necesito sentarme pronto… —señala hacia abajo a través de la plataforma—. Parece que está captando la idea, pero no es muy rápido.

Jakob toma la manija de metal e intenta girarla, cuando ve la cadena y el candado. Ambos parecen completamente nuevos, como si los hubieran puesto aquí hace diez minutos.

—Está cerrada —murmura—. No podemos pasar.

—Creo que es una jugada inteligente —dice Aksel, acercándose a la puerta de metal—. Así, ningún zombi que suba por las escaleras puede pasar y sorprenderlos. Y ahora hay más de ellos.

Señala hacia abajo, y Jakob ve al menos cuatro muertos ahora, todos intentando subir por las escaleras de emergencias. Aksel saluda a las personas en el techo.

—¡Eh! ¡Hola! ¡Por aquí!

El soldado más cercano lo escucha e inmediatamente se acerca trotando. Es un chico joven, corpulento y con los ojos entrecerrados detrás del visor.

—¿Estáis bien? ¿Alguno de vosotros está herido?

—No, estamos bien —le dice Aksel—, solo un poco magullados. ¿Estáis evacuando a la gente desde aquí arriba?

El soldado asiente.

—Estamos esperando un helicóptero.

—¡Genial! ¿Podéis dejarnos pasar, por favor?

El soldado duda.

—¿Habéis estado en contacto cercano con alguien infectado?

—No —responde Aksel antes de que Jakob o Frida puedan decir algo—. No hemos sido arañados, mordidos, ni siquiera tocados. Lo

juramos por nuestras vidas.
El soldado los examina de arriba abajo, uno por uno. Sus ojos se fijan en la mano vendada de Jakob.
—Oye, ¿qué es eso?
—Yo... Yo, eh...
—Eso pasó antes —Aksel viene al rescate—. Él era un paciente aquí, como puedes ver. Perdió el dedo en un accidente.
—¿Así que esa herida no fue causada por nadie infectado?
—No, claro que no —dice Aksel—. Eso contaría como contacto cercano, ¿verdad? Ya te lo dije, no hemos…
El soldado saca lo que Jakob primero toma por una pistola y la apunta a la cabeza de Aksel. Su hermano retrocede.
—¡Eh!
—Está bien —dice el soldado—. Es un termómetro infrarrojo. Solo necesito comprobar vuestra temperatura, asegurarme de que no tenéis fiebre.
—¿Entonces no nos crees? —dice Aksel.
—Es el procedimiento. Acércate un poco, por favor —el soldado apunta el instrumento láser a la frente de Aksel. Suena un pitido, y el soldado lee el número—. Estás bien. Ahora, tú.
Hace un gesto para que Frida dé un paso adelante, y ella lo hace. Ella también sale bien. Luego, es el turno de Jakob.
—Podría tener una ligera fiebre —dice Aksel—. Pero no es por ninguna infección, te lo garantizo.
El soldado apunta el láser a la frente de Jakob. Luego, revisa la pantalla. Para Jakob, parece que la mira durante un tiempo más largo. Cuando vuelve a levantar la vista, su expresión es un poco menos tensa.
—Tú también estás bien. Sin fiebre.
Frida exhala con alivio.
—Genial, ¿podemos pasar ahora? —pregunta Aksel.
—Esperad un momento —dice el soldado. Saca una radio y da un paso atrás—. ¿Sargento? Tengo tres personas en la escalera este… Sí, los tres… Dicen que están bien… No, no tienen fiebre… Pero uno de ellos tiene una mano herida… Dice que es de antes… No, lleva ropa normal… Espere, señor.
El soldado mira a Jakob.
—¿Número de la seguridad social, por favor?
Jakob mira a Aksel, luego recita el número. El soldado lo repite a quienquiera que esté al otro lado.
—De acuerdo, esperaré…
Frida se inclina hacia Jakob y susurra.
—Está bien, solo están comprobando los registros del hospital para ver si realmente fuiste ingresado aquí antes del incidente.

—Sí, señor —dice el soldado, escuchando mientras observa a Jakob—. ¿Nombre, por favor?
—Jakob Larsen.
—¿Y qué tipo de accidente tuviste?
—Yo… estuve… estuve en un accidente de coche.
El soldado parece visiblemente aliviado.
—Es correcto, señor. Sí, lo haré.
Jakob siente que sus esperanzas aumentan. «Realmente, vamos a salir de aquí con vida…». El soldado termina la llamada y guarda el teléfono.
—Mira, te lo dije —sonríe Aksel—. No estábamos mintiendo.
—No, te creo —dice el soldado, pero no abre la puerta.
Aksel frunce el ceño.
—Entonces, ¿a qué estás esperando?
—Necesito esperar diez minutos y luego comprobar vuestra temperatura de nuevo.
—Jesús —Aksel lo interrumpe—. Dijiste que nos creías, tío. ¿Cuál es el problema entonces?
—La fiebre podría no haberse manifestado aún, y tenemos que…
—No tenemos diez minutos —dice Frida de repente—. ¡Hay muertos que vienen por las escaleras!
El soldado aprieta el agarre de su arma. Se acerca e intenta mirar hacia abajo.
Jakob odia hacerlo, pero mira. La vista es aún más aterradora ahora. Cuenta diez, tal vez incluso veinte muertos, todos subiendo las escaleras.
—Si no abres, estamos muertos —dice Aksel—. Es así de simple.
El soldado se muerde el labio, obviamente inseguro de qué hacer.
—Mírame, tío —dice Aksel, agarrando las barras de metal—. No estamos infectados. Nunca pondríamos a nadie más en peligro solo para salvar nuestro propio trasero. Te doy mi palabra.
Jakob no puede evitar sentir un golpe en el estómago con las palabras de su hermano. Le recuerdan que todo esto, cada persona que ha muerto hoy y que morirá después, es por su culpa. Desea por enésima vez haber escuchado a Viggo.
—De acuerdo —dice el soldado, girando la combinación del candado—. Confío en vosotros.
—Gracias —dice Frida, mientras el soldado quita la cadena y abre la puerta.
—Te debemos una —dice Aksel al pasar—. Te invitaré a una cerveza cuando todo esto termine, ¿qué te parece?
El soldado sonríe.
—Preocupémonos solo por sobrevivir el día, ¿eh?
—¿Qué es eso? —pregunta Frida, mirando a su alrededor—. ¿Ese

ruido?

Jakob se da cuenta de un sonido profundo que retumba, que crece cada vez más fuerte.

—Es el helicóptero —dice el soldado, haciéndoles señas—. Vamos, deprisa.

54

—¿Rolf? Hijo, ¿estás despierto?

Anders le da una suave bofetada en la mejilla a su hijo. Está desplomado en la silla de ruedas, con la cabeza vendada descansando en su hombro. El chico gruñe y lo mira con ojos somnolientos.

—Ah, hola, papá…

—Hola. Te dije que no te durmieras ahora.

—Lo siento —bosteza Rolf—. Estaba… tan cansado…

—Está bien. Solo necesito que te mantengas despierto un poco más. Luego podrás dormir.

—Vale, papá.

A Anders se le está congelando el trasero. No entiende qué les está llevando tanto tiempo. ¿No se supone que un maldito helicóptero es la forma más rápida de evacuar a la gente? Y, sin embargo, llevan aquí parados, junto con los otros pobres desgraciados, lo que parecen horas. Anders ni siquiera trajo su chaqueta ni nada, y el aire aquí arriba está bajo cero.

Todo sucedió tan rápido. Rolf acababa de salir de la cirugía, y Anders había bajado a la cantina para traerle un zumo, cuando una alarma comenzó a sonar. En cuestión de segundos, todo el piso estaba lleno de gente corriendo. Anders se dirigió al ascensor, pero estaba bloqueado. En cambio, corrió hacia las escaleras, desesperado por volver con su hijo.

Casi lo muerden en la escalera. Un celador más joven salió de la nada y se lanzó sobre él. Anders logró esquivarlo en el último segundo, enviándolo a rodar por los escalones.

Cuando llegó a la habitación de Rolf, vio con absoluto horror a la enfermera de pie junto a la cama, y a su hijo, aún debilitado por la anestesia, tratando de luchar contra ella.

Anders perdió completamente el control. Agarró a la mujer y la lanzó contra la pared de cabeza. Ella intentó levantarse, pero Anders la pateó con fuerza, una y otra vez. Cuando ella cayó, empezó a pisotearle la cabeza. Oyó cómo su cráneo cedía bajo su zapato, sus nuevos y caros zapatos de cuero, que compró porque acababa de conseguir el nuevo trabajo. Ahora, están todos manchados de sangre y sesos.

No fue hasta que Rolf gritó para que se detuviera que Anders, finalmente, salió de su trance y se dio cuenta de que la enfermera estaba más allá de la muerte. Realmente muerta.

Fue a atrincherar la puerta, y luego revisó a su hijo. Estaba bien, solo muy asustado. La enfermera no lo había mordido. Y no había rasguños visibles. Excepto uno, en la frente, justo debajo de la línea

del cabello. Era pequeño, fino. Apenas sangraba. Una de sus uñas debió rozarlo. Pero fue suficiente.

En veinte minutos, la piel de la frente de Rolf empezó a ponerse verdosa. Al principio, Anders no quiso admitirlo. Intentó limpiar la herida, usando cosas que encontró en el armario. Rolf gimió por el dolor. Todavía estaba entrando y saliendo de la conciencia. La anestesia tardaría unas horas en desaparecer, les había dicho el cirujano.

Después de estar atrapado dos horas en la habitación, escuchando la voz por los altavoces repetir el mensaje una y otra vez, Anders empezó a darse cuenta de lo mala que era la situación. Y de que necesitaba conseguir que su hijo recibiera la atención que necesitaba. Pero eso significaba sacarlo de allí, porque el hospital se estaba convirtiendo en un caos, y todos estaban en pánico. Las autoridades estaban más interesadas en contener la enfermedad que en ayudar realmente a los enfermos.

Así que Anders tomó su decisión. Saldrían de allí. Subió a su hijo —que empezaba a tener fiebre— en la silla de ruedas, y le dijo que se quedara quieto. Luego, encontró un rollo de gasa y lo envolvió cuidadosamente alrededor de su cabeza, cubriendo el rasguño y la piel descolorida. Por último, encontró una bolsa fría en la nevera, que metió bajo el vendaje.

Rolf le dio las gracias y le sonrió. Fue agradable bajarle un poco la fiebre.

Anders, luego, escuchó con atención junto a la puerta hasta que estuvo bastante seguro de que ninguno de los muertos estaba cerca. Al abrirla para echar un vistazo, vio un camino despejado hacia la puerta cortafuegos, y lo tomó, llevando a Rolf y la silla de ruedas.

Estaban en el penúltimo piso, por lo que solo necesitaban escalar dos niveles más. Anders levantó a su hijo sobre su hombro, y la silla de ruedas se podía plegar y llevar. No fue fácil, pero lo lograron.

El soldado los entrevistó, y Anders mintió, diciendo que ninguno de los dos estaba infectado. Le preguntaron por qué motivo ingresaron a Rolf, y Anders les dijo la verdad, que era para quitarle un lunar. No dijo dónde, y el soldado simplemente asumió que estaba en alguna parte del cuero cabelludo. Cuando sacó el termómetro láser, Anders dio gracias al cielo por haber puesto la bolsa fría bajo el vendaje, porque el soldado encontró que la temperatura del niño era normal. Y así, los dejaron pasar. Y ahora, Rolf se está debilitando y palideciendo minuto a minuto, y ese maldito helicóptero aún no ha aparecido.

En ese momento, oye los rotores a través de la noche. Escucha a los otros supervivientes suspirar de alivio, algunos incluso gritando de alegría ante la perspectiva de salir de allí.

—Gracias a Dios —susurra Anders, agachándose junto a Rolf para

decirle al oído del niño—: Nos vamos ahora, Rolf. ¿Sigues conmigo?

—Ajá —murmura el chico, pero parece incapaz de abrir los ojos.

«Está bien. Lo conseguiremos. Tan pronto como estemos en el aire, tendrán que llevarnos a un médico. Solo cinco minutos más, y estaremos fuera de aquí».

—¡De acuerdo, gente! —grita uno de los soldados—. Formen una fila, por favor, comenzando desde donde estoy parado. Todos tendrán que revisar su temperatura una última vez antes de subir al helicóptero, así que, por favor, cooperen y estarán a salvo antes de lo que piensan.

Anders se tensa. Toca discretamente el cuello de Rolf. Está ardiendo. La fiebre es realmente mala, pero su frente todavía está relativamente fresca, gracias a la bolsa fría.

¿Será suficiente para engañar al termómetro una vez más?

55

Cierra la puerta en silencio al salir de la casa. Luego, saca su teléfono y llama al número de nuevo.

Ver su hogar otra vez, todas sus cosas, los olores familiares, casi le hace romper a llorar de alivio. No esperaba volver a ver nada de eso. Y ahora tiene que irse de nuevo, porque la policía sigue dándole un mensaje automático, diciéndole que no pueden atender el teléfono en ese momento.

Kristoffer realmente había esperado no tener que volver a la casa de Helda y Halgrim. Pero no puede confiar en que la silla del jardín aguante para siempre. Si el zombi consigue abrir la puerta de la terraza, Kristoffer necesita estar allí para detenerlo. Al fin y al cabo, es muy probable que sea el único que sabe del peligro. Y todo lo que haría falta para acabar con todo el pueblo de Bodum es un solo zombi suelto. Lo que significa que…

—Ha llamado a la Policía de Torik —la misma voz de siempre—. No podemos responder en este momento…

—¡Maldita sea! —gruñe Kristoffer, terminando la llamada.

No quería marcar el 112. No quiere hablar con alguien de Oslo o de otra ciudad grande. Teme que no entenderán el peligro y, simplemente, enviarán a alguien que tampoco comprenda la situación. Se sentiría más seguro sabiendo que alguien local viniera a encargarse de esto. Por otra parte, el oficial de policía al que Kristoffer tuvo que matar era local, y eso no fue de gran ayuda.

—Bien —murmura Kristoffer, cruzando la calle que está oscura y vacía, mientras camina rápidamente hacia el número 11.

Marca esos famosos tres números. Justo cuando se lleva el teléfono al oído, un grito rompe la tranquila noche.

—Emergencias, ¿cuál es su emergencia? —le pregunta una mujer.

Kristoffer se ha detenido. Está escuchando. No hay más gritos, pero venían de la casa de Helda y Halgrim. Está seguro de ello. ¡Mierda, se ha salido!

—Emergencias, ¿cuál es su emergencia? —pregunta de nuevo la mujer.

—Eh… —dice Kristoffer, mientras comienza a correr—. Mi emergencia es… hay zombis aquí… en Bodum… al menos uno de ellos… es muy peligroso y muy contagioso… deben enviar a alguien que sepa cómo tratar con esto… ¡Ahora, por favor! Creo que acaba de herir a alguien…

La mujer le pregunta algo, pero Kristoffer termina la llamada, guarda el teléfono en su bolsillo y reduce la velocidad al llegar a la casa. Saca el palo de golf de la parte trasera de su cinturón. Era el

único medio de autoprotección adecuado que pudo encontrar en su casa, y sospecha que será bastante efectivo contra el zombi. Es largo, pesado y fácil de manejar.

Sujetando con fuerza el mango, rodea la casa hasta la parte de atrás. Sus ojos se dirigen a la puerta de la terraza; y, para su sorpresa, la encuentra cerrada. La silla sigue en su lugar, el zombi todavía empujando desde dentro.

Kristoffer exhala un largo y tembloroso suspiro.

—Mierda, fue una falsa alarma… Pero, entonces, ¿quién estaba gritando?

En el jardín trasero, tenuemente iluminado, Kristoffer apenas puede distinguir la hierba, debido a la escarcha que brilla en las briznas. Y ve un par de huellas de zapatos; no, dos pares, que van desde la terraza hasta la colina. No son muy grandes, lo más probable es que sean de niños. Kristoffer se acerca al borde de la terraza. No quiere pisar el césped si puede evitarlo. Algo en ese agujero en la colina le da escalofríos, y odiaría acercarse demasiado.

Desde aquí, puede ver las huellas de zapatos que vuelven a salir de la colina, ambas dirigiéndose hacia el seto. Parece que alguien se apretó a través de él, porque algunas de las ramas están rotas.

«Fueron directamente a la casa de los vecinos», piensa Kristoffer. «Espero que no…».

Otro grito. Este es de una mujer. Y viene de la casa de los vecinos. Entonces, se escuchan los gritos de un hombre también.

—Oh, no —suspira Kristoffer—. No, no, no…

Está a punto de correr hacia la casa de al lado, esperando que aún pueda prevenir que el desastre se descontrole, cuando un sonido de la puerta de la terraza lo detiene. La silla finalmente cede, la puerta se abre de golpe, y el zombi sale tambaleándose.

56

Frida observa el helicóptero descender lentamente sobre el tejado. El viento del rotor hace que su cabello se agite violentamente, y el ruido es ensordecedor.

Alguien le aprieta el brazo. Frida mira a Aksel.

—¿Estás bien? —le pregunta en voz alta.

Ella asiente.

—Estoy deseando salir de aquí.

—Sí, yo también. Y hablando de salir… —señala la puerta de barras metálicas—. Realmente se están acumulando, ¿eh?

Frida tiembla al ver la escena. Docenas de brazos están atravesando las barras. Varios zombis han subido las escaleras, y solo puede imaginar cuántos más están esperando abajo, apretujándose e impacientes.

—Menos mal que llegamos aquí a tiempo —le dice a Aksel.

—Sí, no creo que nadie más salga de este tejado en breve. Oye, mira, nos estamos moviendo…

Frida se da cuenta de que la fila se está acortando. La gente está subiendo al helicóptero. Ella avanza, siguiendo al hombre delante de ella, que está empujando una silla de ruedas. Hay un niño en la silla, no tiene más de nueve o diez años, y lleva una venda rudimentariamente colocada alrededor de la cabeza. Parece estar durmiendo.

El soldado con el termómetro le hace un gesto al hombre para que se detenga, pero parece, por un momento, que intenta avanzar.

—¡Un momento, señor!

—¿Es realmente necesario? —grita el hombre—. ¿No deberíamos salir de aquí ya?

—Solo necesitamos comprobar una última vez, ¡luego pueden irse!

El hombre niega con la cabeza, molesto. Pero se inclina hacia adelante y deja que el soldado le revise con el láser. Luego, el soldado se agacha y apunta el láser al niño. Frida nota que la venda ha sido bajada completamente, cubriendo las cejas del niño.

—Un momento —dice, dando un paso adelante—. No se puede medir su temperatura así. No se leerá bien a través de la venda.

—¿Qué demonios te importa? —le gruñe el hombre. Frida se sorprende por la rabia en su rostro. Incluso muestra los dientes—. ¿Por qué no te metes en tus asuntos? ¿No ves que mi hijo ha pasado por una cirugía?

—Sí, y… lo siento —tartamudea Frida—. Pero… soy enfermera, y yo…

Una mujer dentro del helicóptero grita. Frida mira y ve que está

señalando algo detrás de ellos.

—¡Oh, mierda! —exclama Aksel.

Frida gira la cabeza, y se le cae el alma a los pies. La puerta de barras metálicas ha cedido ante la presión pura de los muertos empujando contra ella. Ahora están saliendo en masa, todos dirigiéndose hacia ellos.

—Están todos limpios —grita el soldado—. ¡Avancen, por favor!

El hombre corre hacia el helicóptero con la silla de ruedas, y los otros soldados comienzan a ayudarlo a él y al niño a subir a bordo. El soldado mide la temperatura de Frida, Aksel y Jakob. Todos están limpios, y el soldado corre con ellos hacia el helicóptero.

—¡Rápido! ¡Suban a bordo!

El helicóptero ya está lleno. La gente está sentada unos encima de otros.

—Primero las damas —grita Aksel, casi levantando a Frida a bordo —. ¡Date prisa!

Ella se aprieta junto al niño, que ya no está en su silla de ruedas, sino durmiendo en el regazo de su padre. Aksel ayuda a Jakob a subir, y luego sube él mismo.

Los soldados están a punto de cerrar la puerta. Frida echa un último vistazo a los muertos cruzando el tejado. Hay muchos de ellos: viejos, jóvenes, hombres, mujeres, doctores, enfermeras, civiles. Todos con la cara verdosa y los ojos negros.

Entonces, siente una mano agarrar su muñeca con fuerza, y gira la cabeza para mirar al niño, que le sisea. La venda ha caído por completo, cubriendo uno de sus ojos. El otro es apenas visible. Y está completamente negro.

Frida grita cuando el niño se lanza hacia su garganta.

57

Ocurre tan rápido. Aksel no lo ve hasta que es demasiado tarde. Está ocupado mirando con la boca abierta a todos los zombis que tambalean por el tejado.

Entonces, de repente, Frida grita. Ella se choca contra él, aparentemente tratando de alejarse de algo. Cuando Aksel se da la vuelta, su grito se convierte en dolor, y Aksel ve con horror al niño, el del vendaje, aferrándose a la suave piel del cuello de Frida. Esa misma piel suave que Aksel estaba besando tiernamente hace solo unas horas, ahora está hecha jirones, mientras el niño echa la cabeza hacia atrás, tragándose con avidez el gran trozo que ha arrancado.

El grito de Frida se convierte en un gorgoteo cuando la sangre llena su tráquea, y ella agarra desesperadamente a Aksel. Aunque Aksel sabe de inmediato que es demasiado tarde, que ella morirá en segundos, la agarra y la tira hacia atrás con fuerza.

—¡Salid! ¡Salid! —grita alguien, y Aksel se da cuenta de que es él

mismo.

Arrastra a Frida, que está ahogándose, gorgoteando y sujetándose la garganta sangrante, y a Jakob fuera del helicóptero, justo cuando el niño se vuelve hacia su padre y le arranca la nariz de un mordisco.

Cuando caen al tejado, Frida se desploma de lado. Aksel intenta levantarla, pero ella se ha quedado inerte.

—No, no —grita, agachándose junto a ella, girándola suavemente para ver sus ojos—. No, por favor...

Pero ningún "por favor" podrá deshacer lo que acaba de suceder. Frida le mira, el miedo y el shock se ven en sus ojos, e intenta hablar.

—Está bien —le dice Aksel, sin estar siquiera seguro de lo que dice —. Lo siento.

Luego se levanta y, al girarse, ve a Jakob mirando de Frida al helicóptero y luego a los zombis que se acercan.

—Estamos muertos... —dice.

Su voz se ahoga por el rugido del helicóptero, pero Aksel lee sus labios.

Entonces, echando un último vistazo dentro del helicóptero, Aksel ve su salvación. Corre y coge la mochila de la pared. Luego, agarra a Jakob y corre alrededor del helicóptero, justo cuando los zombis más cercanos los alcanzan y tratan de atraparlos. Aksel siente sus dedos rozar su brazo. Entonces, ya están al otro lado, corriendo hacia el borde.

—Vale, escúchame y escucha con atención —grita Aksel mientras siguen corriendo—. Esta maldita cosa solo está diseñada para llevar a una persona, pero no tenemos opción. Vamos a saltar.

Jakob se detiene abruptamente. Se ha puesto aún más pálido.

—No —dice, mirando con los ojos muy abiertos de Aksel al borde del tejado—. No, no puedo…

—¡Claro que puedes, idiota! —le regaña Aksel—. Es fácil. La gravedad hace todo el trabajo.

Intenta llevarse a su hermano, pero Jakob se resiste, sacudiendo la cabeza.

—¡Solo vete! ¡Solo vete, maldita sea, ¿vale?! ¡Yo me quedo!

Aksel se detiene y lo mira, incrédulo.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡No hay manera de que te quedes!

—Dile a papá que... lo siento por lo del camión.

—Díselo tú mismo —dice Aksel, tirando de él—, porque te vienes conmigo.

—¡No! —Jakob se suelta—. No nos soportará a los dos, Axe. Tú mismo lo dijiste.

—Lo hará. Estamos por debajo del peso medio. Solo tendremos que…

—¡No! —Jakob sacude la cabeza con firmeza, las lágrimas empiezan a formarse en sus ojos ahora—. Ya jodí todo. No voy a causar también tu muerte.

—¡Oye! —le corta Axe, agarrando el hombro de Jakob con fuerza. Pone su cara tan cerca de la de Jakob que casi se tocan las narices. Dispara fuego con los ojos como solía hacer cuando eran pequeños y Jakob estaba a punto de recibir una paliza—. Deja de decir tonterías. O nos vamos juntos o nos quedamos juntos.

Jakob vuelve a sacudir la cabeza, esta vez con resignación. Ahora está llorando desconsoladamente.

—Todo es por mi culpa, Axe. Toda esta gente está muriendo… Frida… está muerta… por mi culpa.

Aksel no puede evitar echar un vistazo al helicóptero. Tienen unos minutos. La gente está tratando de salir del helicóptero, y los zombis están ocupados atacando a todos los que tienen a su alcance.

—Sí, la cagaste —admite Aksel, mirando de nuevo a Jakob mientras se pone la mochila y la ajusta—. ¿Quieres intentar arreglarlo? Bueno, no lo haces tirando la maldita toalla. Lo haces viviendo para luchar otro día.

Sin más discusión, sube a Jakob al borde, colocándolo con la espalda hacia la caída vertiginosa. Jakob empieza a hiperventilar.

Tres zombis tambalean ahora alrededor del helicóptero, dirigiéndose hacia Aksel y Jakob.

—Ahora, agárrate con todo lo que tengas —dice Aksel al oído de Jakob, su voz aún decidida, pero también muy tensa—. En menos de veinte segundos, estaremos en el suelo, sanos y salvos.

Jakob intenta decir algo, pero lo único que consigue es sollozar. Rodea con sus brazos la cintura de Aksel y lo abraza con fuerza. Detrás de ellos, Aksel puede oír los gemidos de la multitud de zombis. Aksel mira hacia atrás una vez más, solo para comprobar cuánto tiempo les queda.

Se arrepentirá de haber hecho eso el resto de su vida.

—¿Listo? —grita.

—¡Lo siento! —grita Jakob de vuelta.

Y, justo cuando Aksel está a punto de decirle que lo deje, su hermano pequeño se suelta y se lanza al vacío.

—¡Nooo! —grita Aksel, mientras ve a Jakob girar por el aire, sus ojos encontrándose por última vez antes de que Jakob se dé la vuelta.

Aksel no quiere mirar, pero no puede evitarlo. Simplemente, se queda allí, siguiendo la caída de su hermano. Hasta el final. Hasta que choca contra el suelo.

La cabeza de Aksel, de repente, está completamente vacía. Todos los pensamientos se han ido; los sonidos, también. Sus oídos zumban. Apenas está allí.

Entonces, justo cuando unos dedos palpadores rozan su espalda, Aksel salta.

* * *

¿Quieres leer el cuaderno de Halgrim y descubrir cómo comenzó todo?
Lo encontrarás en la precuela gratuita, *Draug*, que recibirás al unirte a mi boletín en:
nick-clausen.com/draug-es
O bien, continúa con el libro 2:
nick-clausen.com/cada2